This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Digitized by Google

Oc 8111.12

Harvard College Library

FROM THE GIFT OF

JAMES LLOYD DERBY

(Class of 1908)

OF NEW YORK

FOR BOOKS ON THE PHILIPPINES

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

59/12

Oct 11.12

MEMORIAS
DEL
CAUTIVERIO

(Páginas de la revolución filipina)

POR EL

P. GRACIANO MARTÍNEZ

RELIGIOSO AGUSTINO

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MANILA

Imprenta del Colegio de Sto. Tomás

1900

Digitized by Google

Oc 8111.12

OCT 25 1911
LIBRARY.

Gift of
James L. Derby

BOUND. 11 JAN 1912

Digitized by Google

Al que leyere

DESALIÑADAS y sin orden, como fueron sentidas por el corazón, como brotaron de la inexperta pluma, ahí van esas memorias de la desgracia que á la sombra de cárceles insalubres, por espacio de tanto tiempo sentó sus reales en nuestra frente. Nadie admire que se nos haya escapado alguna frase cáustica, algún alarido maldiciente, algún anatema, reñido quizá con los sentimientos del hombre, principalmente en alguna que otra página engendrada en la prisión y bajo el influjo del dolor escrita. En aquella marea creciente de amargadas ondas, en aquel contínuo sacudir de tristezas desatadas á veces ni la razón era señora de sí misma: desalojada de su puesto por los empujes del dolor, absorvida por la fiebre, el vivir concentrábase todo en el sentimiento, y el sentimiento no piensa ni ra-

Digitized by Google

13/11

ciocina: sólo llora ó canta, sólo impreca ó bendice.

Dicen que en la adversidad es cuando la razón discurre más fría y serena, y vigorízase el corazón y toma temple de acero el espíritu. Pero ¿quién se atreverá á negar que en la adversidad acontecen ciertos desmayos, en los cuales, acometida el alma de improviso por rachas bruscas de dolor, semi-aliénase el pensamiento y hasta el sentido íntimo desaparece, ó por mejor decir, truécanse uno y otro en vértigo y locura? Y en esos plazos de desaliento ¿habrá de parecer extraño que se escapen sollozos y gemidos donde alguna fibra desgarrada palpite?

Al ver cuán á vuela pluma tocamos ciertos puntos, acaso alguien anhelara que profundizásemos algo más y descorriésemos el velo que nos esconde las intrigas y trabajos de zapa que prepararon y desenvolvieron esta truhanesca revolución. Aun no juzgamos llegada la propicia coyuntura: las heridas abiertas aun están chorreando sangre; todavía las pasiones no se han calmado. Dejemos que los telares de las logias sigan adelante con sus tramas y urdimbres, donde por despiadada manera ha comenzado á cebarse la carcoma. Cuando la revolución concluya su obra mal-

Digitized by Google

dita, cuyo objetivo, diríase que es el acabamiento de una raza, no faltarán bien cortadas plumas que tracen la verdadera filosofía de la historia de este alzamiento separatista que arrió de estas bellísimas playas la más noble y victoriosa de todas las banderas.

Entre tanto confórmese con esta prosa de la desgracia, que ningún interés puede ofrecer á sus ojos; como no sea el despertar la simpatía que inspira el infortunio ajeno, y que hace que en lo profundo de nuestro ser vibre esa cuerda —la más harmoniosa de cuantas componen la lira del corazón humano—de amor ardiente hacia el que sufre, de compasión profunda hacia el que llora.

No dudo que, haciendo más de *conteur de fantaisie* que de rígido narrador, haya podido exornarlas con cierto arte melodramático, muy propio para excitar pasiones y sentimientos; pero ¿á qué derrochar filigranas retóricas, en un drama, cuyas escenas son de suyo tan trágicas y sugestivas? Harto habremos hecho, si al modo que la haz tersa de un río trasparenta el pedregoso cauce, estos desgarbados apuntes traslucen con claridad aquel cúmulo de privaciones y tormentos; aquel estado angustioso de tantos infelices que, nuevos Damocles, por espacio de tantos meses vieron colgada de un

Digitized by Google

hilo, pendiente sobre su cuello, la espada asesina.

Quizá alguien, al través de los anatemas con que abomino de esta menguada revolución, espantajo caricaturesco donde el espíritu de secta parece haberse complacido en sacar á la vergüenza pública los engendros y vaciedades del más necio de los separatismos, se maraville de sorprender cláusulas encendidas por el amor hacia este paraíso, desolado por sus muchas serpientes; arranques de simpatía que arrebata á un corazón generoso el ensangrentado lienzo de la ajena desgracia. Quizá alguien se escandalice, pareciéndole cuasi monstruoso que aun en las entrañas de un ex-cautivo lata un sentimiento de compasión hacia este país, cuyo pecado contra España, tan madre y tan buena, para estos desnaturalizados hijos, ni un mar de arrepentimiento borraría.

Quien así sienta y piense, tienda conmigo una mirada por la sobrehaz de este suelo. De distancia en distancia, al lado de un convento y una iglesia espaciosos, surge la torre cristiana con la enseña de la Cruz en la frente. En torno de estos monumentos, petrificaciones eternas del apostolado de cien generaciones religiosas, extiéndese el caserío, que hoy acaso llora reveses y desventuras; pero que

Digitized by Google

ha vivido luengos años próspero y sonriente bajo la santa egida de la Cruz redentora.

Pues bien, todos esos pueblos son fruto del trabajo de nuestros mayores: tras de costosísima labor evangélica, tras de grandes derroches de abnegación y heroísmo, consiguieron arrancarlos á la barbarie en que vejetaban en el fondo de sus rancherías. Cuando la Cruz y la espada, desposándose en los patrios altares, se internaron, animadas ambas del mismo espíritu, por el bosque virgen de estas tierras remotas, sinnúmero de reyezuelos, jefes de las diversas tribus, hacíanse mútua y contínuamente la guerra más implacable, embriagándose los vencedores en la sangre de los vencidos. El campo que se desplegaba ante los ojos de los primeros varones apostólicos, casi todos ignorados para la historia, era vastísimo y de conquista difícil. Mas ¿cuándo conoció la Cruz arredramientos ni cobardías?.... Desde entonces acá la historia de las Corporaciones religiosas es un poema de oro, cuyas brillantes estrellas son todos esos pueblos que ya no viven la vida salvaje de sus mayores, y saben que tienen su destino en la sociedad, su bienestar y grandeza en la virtud, su porvenir y su gloria en el cielo... ¿Cómo no hemos de sentir amor profundo hacia esa

Digitized by Google

grande obra clásica de la religión y el patriotismo?

Que esto mismo agranda y horroriza la monstruosa ingratitud, recientemente por esos pueblos cometida; que la dejadez y ¡acaso la impasibilidad! con que miraron á la revolución, gozándose en nuestra desventura, los hace aparecer más punibles é indignos ante el veredicto de toda conciencia honrada..... ¡Ay, es verdad, verdad que no tiene vuelta de hoja! Pero; ¿no podría hallarse en las condiciones etnológicas del país y de la raza algo que atenúe y disminuya lo nefando de semejante proceder? Esos fenómenos bruscos que con harta frecuencia arrastran á los indígenas, de una vida pacífica y religiosa á un exaltamiento tal de las pasiones, que los fuerza á perpetrar y aplaudir los más espantosos crímenes, ¿no podrían tener su clave en algo ingénito y como ineludible, que induzca á perdonarles la historia de estos últimos dos años? Esa timidez, atributo consustancial al indio, que lo induce á ponerse siempre del lado del poderoso: lo contrario de lo que sucede con nuestra estirpe, la más hidalga y caballerosa de cuantas pueblan el mundo; (pues no sé qué ley psicológica, tan civilizadora como simpática nos pone siempre de parte del des-

Digitized by Google

valido) ¿no podría desennegrecer un tanto el borrón de ignominia que hoy tizna y afea la frente de esta raza? Donde no, esperémoslo todo del Jordán del arrepentimiento, y haga Dios que esa esperanza no sea de las que dice el Sabio que afligen el corazón. La reacción religiosa comienza, aunque todavía no trasciende del seno de los hogares, fiscalizada y perseguida—¡pequeñeces humanas!—por quienes más la debían favorecer.

Si después de tan vergonzosos escándalos, el triunfo le sonríe; si lo que hoy no pasa de tímida aurora, logra tornarse en día vívido y luciente, las Corporaciones religiosas acaso reanuden el poema roto de sus grandes é ignorados sacrificios. Ninguna granjería les auguro, como no sea la de aumentar el catálogo de sus mártires anónimos, regando una vez más con olas de sangre inocente la superficie de este suelo; pero ¡ganarían tánto, tánto estos malhadados indígenas!

El autor.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO I

Preludios de la desgracia.—La Providencia no olvida.—Grandeza de nuestra raza.—Pueblos así, no mueren.

Ya hasta los más optimistas vislumbraban en lontananza nubes anunciadoras de grandes infortunios. Las risueñas esperanzas que, al rumor de imaginarios triunfos conseguidos por nuestras armas, habían brotado en nuestro espíritu, íbanse poco á poco disipando, como ténues espirales de humo. Con febril impaciencia esperábase el amanecer del día siguiente por si, más venturoso que los pasados, colmaba de quietud y alegría los corazones intranquilos con la confirmación oficial de alguno de los prósperos sucesos que, ecos de generales rumores, halagaban nuestros oídos, lisonjeando nuestro orgullo patrio.

Y los días deslizábanse, unos en pos de otros, con la misma monotonía, con las mismas ilusiones, si bien cada vez más borrosas; y unà angustiosa perplejidad, una impía zozobra extendíanse por el azul de la imaginación en forma de tupida niebla, queriendo como envolver de una vez todos los ensueños de gloria y de grandeza que pudiesen aún anidar en nuestras almas.

Digitized by Google

La correspondencia epistolar—sin la periódica y telegráfica estábamos hacía ya meses—era devorada por nuestros impacientes ojos que siempre chocaban con los mismos sucesos optimistas; pero cuya base era un «se dice», un «se cuenta», un «álguien que ha llegado de tal parte asegura». Nunca una noticia fehaciente, nunca la realidad. Y es que la realidad era aterradora, es que su soplo huracanado había de ahuyentar para siempre, de los pechos españoles toda esperanza de porvenires gloriosos: y esa realidad parecía tener conmiseración de la desgracia y resistíase á surgir ante nosotros, por no cubrir de luto tanto corazón esperanzado, tantos espíritus, llenos de ilusiones, que solazábanse en inquirir la manera más digna de celebrar la cuasi milagrosa victoria de nuestra bandera que se había desplegado para luchar con un coloso. ¡Donosa victoria nos había dado el cielo!

La tarde del 10 de Agosto un hombre sudoriento y jadeante, que acababa de apearse de un caballo, puso en mis manos un volante urgentísimo. Todavía en mí alentaba la ilusión y pensé un momento, que allí vendría la tan suspirada nueva que había de ser el colmo de nuestras esperanzas y el desbordamiento de nuestras alegrías. Leí con ansiedad y... sentí como que moría algo muy querido dentro del alma, como que se desgajaban pedazos del corazón, y permanecí algunos instantes inmóvil y como presa de un síncope; aunque me parecía ser arrebatado por un torbellino de tristezas. Aque-

Digitized by Google

llos instantes fueron siglos. Por mi fantasía rodaron sin número de imágenes abrumadoras, flotando entre los girones de mis ensueños desgarrados y dejando en pos de sí huellas de desolación suprema. ¡Pobre España! ¡En qué apostura se representaba á mi imaginación! Parecíame verla sentada sobre una roca del Pirene, dormido, casi muerto á sus plantas el león simbólico; caída de su cabeza la corona, de la cual con las perlas de Cuba y Puerto-Rico, estaba desengarzándose el hermoso florón magallánico; apoyada su abatida frente en aquella diestra que vibraba en no remotos días el cetro de dos mundos. ¡Sus hijos rotos y vencidos en tierra, extrañas y élla sumida en pesadillas de muerte!

Desde aquella escarpada cima tal vez engolfaba sus tristísimos ojos al través de las brumas de los mares, y veía los despojos de sus deshechas escuadras y los cadáveres de sus heróicos marinos, bogar de playa en playa, cantando, ó mejor dichos llorando la ruina de nuestro colonial imperio. ¡Sí! Ya en aquella Cuba, empapada mil veces en española sangre, ondearía para siempre advenediza bandera; ya en el rico Archipiélago filipino no sería más acatado nuestro nombre; ya todas nuestras tierras del mar no servirían al mundo de remembranza de nuestras pasadas glorias. No extrañé no, que derramase arroyos de lágrimas y mesara desconsolada sus cabellos y sintiese fibra por fibra desgarrarse todas las de sus entrañas.

Digitized by Google

¡Desventurado el pueblo que no tiene por juez de sus acciones á la conciencia colectiva! Para pueblos así, hay un tribunal inexorable, el de la Providencia. He pensado muchas veces con honda melancolía: esa Providencia que con fuerza y con suavidad encauza é impulsa todos los acontecimientos humanos á la realización de sus justos designios, no envía jamás sobre un pueblo sino el castigo que se merece. Las grandes catástrofes son hijas de los grandes delitos; y la historia del pueblo español, desde aquella epopeya titánica que tiene por prólogo el Dos de Mayo, casi sólo registra en sus páginas una cadena continuada de crímenes y prevaricaciones. El «gran pecado de sangre», como un ilustre pensador francés apellida á la matanza de religiosos del año 35, no se ha expiado aún; aún claman al cielo las mil revoluciones que se tramaron para derribar el alcázar de nuestras tradiciones venerandas; aún la sangre de nuestras guerras fratricidas humea sobre nuestros valles y nuestros montes; aún, al ver su gran unidad católica rota y barrenada, los manes de Recaredo conmuévense en su tumba....

Teníamos algo grande que purgar, y el cielo derramó en nuestros párpados soporífero beleño y nos echamos á dormir, creyendo soñar prosperidades y grandezas; y he aquí que al despertar nos vemos maltrechos y rotos, nuestras colonias perdidas, mancillado nuestro honor, blanco de las befas y desprecios de los que nos temblaron un día. ¡Po-

Digitized by Google

bre España! ¡A qué extremo de postración y decadencia ha sido arrastrada por las torpezas y desaciertos de sus gobernantes; de aquellos á quienes en mal hora confió la prosperidad de su pueblo y sus grandes destinos en el concierto de las naciones! ¿Para que sirvió toda aquella efervescencia de amor patrio, cuando en vísperas aún de la ruptura de hostilidades con los pérfidos Estados Unidos, los españoles todos sin distinción de clases, le ofrecieron incondicionalmente su cooperación al feliz éxito de la guerra? Cuando el rico le abrió las arcas de sus tesoros y el pobre corría afanoso con el holocausto de su vida? cuando el anciano le consagraba sus postreros esfuerzos y el joven las primicias de su juventud y sus amores; cuando, en la ciudad y en el suburbio y desde el llano á la montaña, resonaban mil gritos de bendición y mil explosiones de ardimiento, que, concertados en gigante harmonía, formaban un himno patrio de sentimiento y grandeza, como pocas veces había resonado en los españoles ámbitos?

Cúbrese el alma de vergüenza y estremécese de indignación al ver cómo se sustrajeron á nuestro cetro en tan cortos días nuestras prósperas y florecientes colonias. Por lo que á Filipinas respecta, (en cuyas prisiones trazamos estas desgarbadas páginas, á veces con llanto amargo humedecidas,) todo el mundo sabe que nuestros soldados fueron entregados ¡hasta por miles! á las filas insurrectas. ¡Qué ardor patrio el de sus caudillos! ¡Qué convenci-

Digitized by Google

miento del deber sagrado de vencer ó morir, impuesto á nuestras tropas, más bien que por códigos y reglamentos militares, por fuerza secreta, pero imperiosa y tradicional de nuestra bélica estirpe! Mas ¿qué podía esperarse de quienes jamás sintieron el fuego del patriotismo en sus corazones? Cuando en los altares de Vesta extinguíase el fuego sagrado, peligraba la salud de la gran República: y extinguiéndose en los pechos españoles la llama santa del amor patrio ¿no habían de correr inminente riesgo la honra y el honor de España? ¡Manes divinos que pusísteis el valor ibero sobre las más altas cumbres del heroísmo: bien hacéis en no alzar la frente del fondo de vuestras tumbas; que parece como que ya se ha extinguido vuestra raza, y ya no arde en nuestras venas aquella sangre, ávida de derramarse, fecundando pródiga las palmas de las lides! Ya hemos olvidado los rumbos de la gloria, por donde en otros días nos enseñásteis á caminar; y hoy andamos á tientas y á oscuras por los derrumbaderos del deshonor y los precipicios del envilecimiento.

Lánguida ó casi muerta aquella fe ardentísima que, fundiéndose con el sentimiento patrio, como en el rayo se funde el calor con la luz, alentaba potente en vuestras almas; olvidándonos adrede de nuestra unidad de creencias, de intereses y de aspiraciones, los que nos llamamos herederos de vuestras mitológicas hazañas y vuestras inmarchitas glorias; sin aquella fuerza de cohesión que en ter-

Digitized by Google

ribles crisis hacía un solo hombre de nuestra complexa raza, á veces en mis largos insomnios se ofrece á mi fantasía el mutilado cadáver de la infausta Polonia, y casi llego á creer en la muerte de nuestra gran nación, la avezada á cobrar tributo de otras naciones y á hollar con sus pies los cendales de extrañas banderas. Y sublévanse de súbito contra tan pesimistas delirios todos los alientos del alma, porque repugna la muerte á una nación donde en páginas de oro fulgece eterno el idioma más grave y majestuoso que hablan los hombres; en cuyos gloriosos fastos brillan, como las constelaciones en el fondo de los cielos, acciones y epopeyas que asombran al mundo; donde el valor para los combates rayó á cien codos sobre las cimas de la espartana bravura y donde duermen, al arrullo de los himnos que la posteridad les entona, las venerandas cenizas de mil mártires de la religión y de mil paladines de la patria. Una nación así no puede morir. Estará condenada á vivir de las añoranzas de lo pasado; de los recuerdos de antiguas glorias; pero vivirá. ¡La tierra toda sería pequeña tumba para tanta grandeza! Y agítome y revuélvome convulso y furioso contra los que no aciertan á herir con la varilla mágica de nuestros antiguos gobernantes las fibras de nuestro gran corazón donde, como el grano comprimido en el seno de la tierra, duermen los gérmenes de titánicas empresas, de fecundos desenvolvimientos, de trascendentales evoluciones.

Digitized by Google

¡Líbreme Dios de llevar con estas páginas pesimismos ni desalientos á ninguna alma española! Duélome hondamente de los reveses con que Dios nos castiga; dejo escapar algún desahogo que revela el silencioso martirio que todo buen hijo sufre ante las desventuras de su madre; pero aún no ha señoreado mi pensamiento la duda de que esa madre adorada se reponga y regenere. Algun aviso han de sacar nuestros gobernantes de las enseñanzas de la fortuna. De algo nos han de servir á todos las aplastantes lecciones de la experiencia.

Nuestro sentimiento de patria es muy grande. En el naufragio donde han desaparecido muchas de nuestras mejores creencias, de nuestras más sanas costumbres, de nuestras más robustas instituciones, el sentimiento de nación sigue aún viril y triunfante, tan fuertemente arraigado en nuestras entrañas como los robles en la sierra. Y mientras ese gran sentimiento no se extinga, hayamos fe viva y ardiente en la patria. No nos persuadamos nunca de que hemos degenerado de tal modo que no quepa la esperanza de reconstituirnos. Ni demos en la flor de cacarear demasiado nuestra grande senectud y nuestra escasa valía. En el plan curativo de un enfermo, debe entrar para muy poco el hablarle de su postración y enfermedad.

De lo que sí debemos persuadirnos, es de que necesitamos fe, mucha fe en los grandes destinos de la Nación y en los favores augustos del cielo. Cuando esa fe alentaba poderosa en nuestras almas

Digitized by Google

nuestros prestigiosos generales eran videntes de la guerra que no cosechaban en los campos de Marte sino victorias y laureles. En los más terribles apuros, cuando ya en las mermadas filas de nuestros soldados iba á declararse la derrota, hasta bajaban paladines del cielo, que combatían y lidiaban de nuestra parte, hasta que el triunfo nos sonreía. Tornemos á aquella fe, precioso legado de nuestros moyores; y si

l' antico valore
negl' ispanici cor non é ancor morto,

nuestro gran sentimiento de patria hará prodigios, recobrando nuestra hegemonía en el mundo, y restaurando ante las naciones atónitas la España de los días antiguos.

Porque no es España, por más que haya quien lo diga, yerto cadáver cuyos miembros sea preciso galvanizar. Por las arterias de nuestro gran pueblo circulan aún torrentes de plétora de vida. De lo que se ha menester es de una providencia acertada que explotando esas grandes fuerzas vitales y distribuyéndolas sabiamente por ramas, tronco y raices haga que el árbol secular de nuestras glorias, torne á retoñar en pompas y lozanías, proyectando otra vez su benéfica sombra hasta los últimos linderos de la tierra. No somos no, edificio en ruinas cuyos ciclópeos muros sea imposible reparar: arránquese la yedra que brota de grietas y desmanteladuras, esa yedra de vividores de oficio, de políticos de merodeo que merma su robustez y abate

Digitized by Google

sus altiveces y el vetusto alcázar de nuestra grandeza, adquirirá consistencia por sí solo, y besando los cielos su peregrina frente irradiará de nuevo sobre el orbe esplendideces épicas y legendarias valentías.

Vibra la pluma irritada en la mano al recordar el cuadro histórico de esta agonizante centuria. Desde que el verbo «libertad» resonó con ecos de revolución en los ámbitos de nuestro pueblo; desde que los nuevos dogmas políticos empezaron á socavar nuestras robustas instituciones, desde que, arrancando á nuestros reyes el heredado cetro de oro, se les puso en la mano una caña irrisoria; desde que las leyes mal aguisadas en la arena del parlamento han venido á sustituir á las pragmáticas y ordenamientos antiguos, donde encarnaba y resplandecía el eminente sentido práctico de un gran pueblo; desde que la verdadera democracia castellana que nunca necesitó de revolucionarios atavíos para ornarse de lauros y palmas mucho más gloriosos que los de Platea y Salamina, se vió suplantada por esa peste de liberalismo satánico que todo lo corroe y desconcierta; en suma, desde que se les arrebató á nuestros monarcas las riendas del Estado para hacer que las llevasen gentes impías dadas en cuerpo y alma á las exigencias de las logias no hay que preguntar por la historia de España; no tenemos historia ó es un montón de ruinas, un río de lágrimas, que aún está pasando, cada vez más desbordado y crecido.

Digitized by Google

¿Cuándo será que esa España adorada, tan digna de mejor fortuna, recapacite y pese atentamente las desventuras sin cuento que le ha acarreado ese impúdico liberalismo que tanto tiempo há, no sirve para otra cosa que para malversar las energías y virtudes patrias, ahogándolas en un piélago de abusos y desafueros? Cuándo será que España rompa las cadenas, ya casi seculares, con que aherrojan su cerviz las mal entendidas libertades modernas y enquiciando su gobierno y administración haga que sus hijos tornen á respirar los aires de gloria que en áureos días respiraron? Haga el cielo que ese día amanezca pronto, dando á la patria el puesto que le pertenece por el lugar donde la naturaleza la ha colocado, por su grandiosa historia y por la regia alcurnia de sus heróicos hijos.

Mas ¡ay! mientras, no haciendo efectivo el principio de la responsabilidad, permanezcan impunes los autores de tantos desastres, quienes acaso sigan apercibiendo nuevos y más grandes infortunios á la patria; en tanto una política inepta é irrisible siga desrobusteciendo nuestras veneradas instituciones; en tanto un verdadero espíritu económico, natural exigencia de los estados pobres, no escatime los derroches y despilfarros que postran y desangran aún á los ricos; mientras no proporcionando los gastos del fisco á las fuentes de la riqueza, continúen desequilibrados impuestos y capacidad contributiva, y en todos los organismos del Estado no torne á imperar el sentimiento del deber, como

Digitized by Google

se implora á grito herido desde todos los ángulos de la española tierra, apuremos hasta las heces la copa de la indignación divina que al volcarse sobre la patria, cubre con brumas de oprobio nuestras enaltecidas frentes.

Digitized by Google

CAPÍTULO II

Vergüenzas y Despedidas.—Al través de la montaña.—De un Pueblo catipunesco.—D. Enrique Polo de Lara en escena.

No es para dicha la amargura que nutrió mi pensamiento, al leer aquel volante de marras. Jamás tan cortas palabras me sugirieron tan profundas tristezas. Y es que son horriblemente dolorosos los primeros ecos de la desgracia. «Si quieres poner en salvo tu vida—se me decía—no lo retardes un punto. La bandera insurrecta arrollando do quier nuestras escasas tropas, ondea ya triunfante en las fronteras de la provincia. La Colonia de Bangued ha huido ya en pos de la de Vigan con dirección á Lauag. Dícese que nuestra escuadra fué toda deshecha en las aguas de Cuba... Huye á toda prisa y ¡Dios sobre todo!»

Cuando salí del paroxismo desconsolador en que me había sumido tan infausta noticia, el caballo esperábame impaciente á la puerta. Monté y sin fijarme en los barrancos y fangales que en tiempos de lluvias forman el camino desde la Paz á la Cabecera, salí á todo galope, atravesé el río Abra que, á causa del baguio de los días pasados, venía cre-

Digitized by Google

cidísimo, y á la media hora de jornada, pasaba por delante del cementerio de Bangued. Al detenerme un punto, como solía siempre, á hacer la señal de la Cruz y rezar un *paternoster*; ¡qué pequeño me pareció aquel cementerio comparado con el que acababa de surgir dentro de mi alma!

Al verme cruzar á escape tendido, los niños y mujeres (eran los únicos que se habían quedado en casa) agolpábanse á las ventanas y dejaban caer sobre mí sus ojos preñados de lástima y de simpatía. Yo me sentía anonadado. Cuando dí vista á la plaza que se extiende entre el convento y la Casa-gobierno, la impresión fué abrumadora. Hervía allí un gentío inmenso. Delante del cuartel, en formación y dispuestos á emprender alguna marcha, había unos veinte soldados de infantería. La Guardia civil, también con todos los avíos de guerra revolvíase agitada como preparando los últimos pertrechos. Unos y otros, al pasar, me saludaron cariñosamente, dirigiéndome palabras sugestivas de ánimo y confianza.

En uno de los ángulos de la plaza, á la sombra de árboles añosos, y donde había pasado amenísimos ratos, departiendo amistosamente con la colonia sobre la situación crítica del país; donde se habían forjado hermosas ilusiones sobre el porvenir de España y donde nos reuníamos á fantasear acerca del banquete que el elemento español pensaba costear, convidando á toda la Provincia; sentados en sendas butacas, contemplando el hervoroso ondular de la muche-

Digitized by Google

dumbre que se disponía á morir en nuestra defensa, estaban cinco ó seis españoles que se apresuraron á estrechar mi mano con la frente envuelta entre sombrías pesadumbres. En sus miradas latía toda la inmensa desgracia que acababa de estallar sobre nosotros. Allí me enteré de todo; allí supe que Manila, sitiada por mar y por tierra, estaba en vías de rendirse acosada como se veía por el hambre y sin esperanza de recibir auxilio de ningún género; que en casi todas las provincias de Luzón daba al viento sus pliegues triunfadores la bandera del catipunan; que toda resistencia de nuestra parte era un desatino, y que iríamos todos á Lauag en busca de una embarcación que pusiere á salvo nuestras vidas. Allí supe que en Vigan no quedaba más que D. Mariano Arqués, Comandante de la Guardia civil, quien á retaguardia con un par de docenas de fusiles protegería la fuga de las colonias de Ilocos.

—¿Y el Gobernador? les pregunté.

—En Telégrafos, conferenciando con D. Mariano. Le acompañaremos á V. allá.—En aquella casa no se sentía otro ruido que el producido por el aparato, borrajeando las tirillas de papel azul, donde el telegrafista iba leyendo lo crítico de la situación. Entramos, nos saludamos con los ojos y con una inclinación de cabeza y nos pusimos á escuchar. De punta se nos ponían los cabellos, al ver que, según el juicio de D. Mariano, al cabo de tres ó cuatro horas podían estar tomadas por los insurrectos las riberas del río, imposibilitando

Digitized by Google

nuestra bajada á Vigan; razón por la cual debíamos atravesar la cordillera de montañas entre Abra é Ilocos Norte. Molina, como llamábamos todos al simpático Capitán de la Guardia civil de Bangued, exclamó con arrojo. «Yo con los pocos números que tengo á mi mando bajaré á Vigan. Me abriré camino á balazos si es menester. Yo no abandono á un comandante amigo que, si bien no me llama, comprendo que me necesita».

Nos despedimos de D. Mariano, mandándole un abrazo estrecho de parte de todos.

—Y yo, Molina bajaré con VV.?

—De ningún modo. Tiene V. que volver al pueblo, preparar la maleta y cuando V. regrese ya quizá no estemos aquí. Debe V. tomar por las sierras de Dingras, y ver si en Lauag alcanza á sus compañeros que ya van todos por delante. Sin embargo, V. comprenderá que en circunstancias como esta, un consejo acertado es muy difícil. Por un punto y por otro puede tropezar uno con el sepulcro».

Determinéme á seguir el parecer del Capitán. Despedíme de todos profundamente conmovido y emprendí la vuelta á la Paz, á disponer el viaje. Serían las ocho de la noche. En el camino se me juntaron otros dos Padres que como yo, habíanse rezagado por falta de oportuno aviso.

Durante mi ida á Bangued, ignoro por qué conducto, cundió por el pueblo la para él infausta noticia de que su misionero había marchado para

Digitized by Google

no volver; asi que no bien se notó estaba de regreso, fué la casa-convento invadida de gente. Renuncio á pintar aquella triste escena, aquella angustiosa despedida. El corazón embargado de pena ni sabía qué decirles. De muchos labios brotaban espontáneas promesas á la Virgen de la Paz porque volviese pronto. De muchos ojos, como el último tributo de afecto que se me ofrecía, rodaban lágrimas abundantes. ¡Cuánta gratitud en aquellos pobres indios!

—Pero de veras VV. se van? se nos preguntaba con extrañeza.—¿Qué va á ser entonces de nosotros? añadían al saber nuestra determinación irrevocable.—Quédense VV. replicaban con ansiedad suma; quédense y verán de lo que es capaz nuestra fidelidad no desmentida. Moriremos todos juntos.—¡Imposible, imposible! Nuestra suerte está echada. Vuestro desamor nos arroja.

Y aquella buena gente protestaba de nuestra dura expresión con mal veladas lágrimas y mal reprimidos sollozos... Pasarán los días, cubriendo de canas y desilusiones nuestra frente; llegará, preñado de tétricos barruntos ese supremo instante en que se confunden las indecisas sombras del crepúsculo de la vida y de la aurora de la muerte, y aun en nuestro corazón palpitará pujante el recuerdo de aquellas demostraciones de sincera lealtad. No significaba duda ni desconfianza la dureza de nuestra expresión: queríamos sí, herir aquellos pechos ilocanos en sus fibras más hondas, porque

Digitized by Google

sabíamos que habían de responder unísonos y ansiábamos que sus vibraciones envolviesen en ecos de amor el costoso sacrificio de una despedida eterna.

Los ojos humedecidos de lágrimas y el alma henchida de tristeza, dimos á todos nuestro amargo adiós. Aquellos apretones de manos que nos daban, al besárnoslas, nos inundaban de consuelo. Sentíamos que se nos quería, que se lamentaba nuestra suerte, que no sería pronto olvidado nuestro nombre. Séanos permitido lisonjearnos un poco al vernos tan rodeados de aprecio.

El reloj marcaba ya la mitad de la noche.

Cuando la aurora comenzó á bañar las nubes con sus tintas rosadas, ya nosotros íbamos muy entrados en los montes. No era aquella sazón oportuna para dar libre curso á los sentimientos de la naturaleza, y abrir el corazón á impresiones gratísimas, explayando la mirada por las ondulaciones de aquellas sierras, coronadas á trechos de pinares vírgenes, á trechos cubiertas de abundantísimos herbazales, sin huella alguna de humano viviente. Lo que importaba era ir dejando tierra detrás de nosotros, á lo cual no se mostraba nada propicio aquel sendero de venados, lleno de derrumbaderos, precipicios y hondonadas de donde había que apartar la vista porque causaban vértigo. La sed que hubimos de padecer fué tanto más penosa, cuanto que, nuevos Tántalos, íbamos escuchando continuamente los rumores de las cascadas que desde lo alto de inaccesibles cimas despeñábanse platea-

Digitized by Google

das y radiantes en los valles profundos, para deslizarse después tranquilamente yendo á regar ignorados valles.

No dejará de parecer extraño que siendo como era el tiempo de las aguas, y trepando por entre elevados montes, no halláramos algún raudal cristalino donde apagar nuestra sed y refrigerar nuestros labios ardorosos; y no obstante así es la verdad pura y neta. Para caída iba ya la tarde cuando llegamos á un río que calmó con sus ondas nuestras mortales ansias. Los ojos tuvieron ya fuerza para mirar y ver esbozarse, allá muy lejos, en el seno de las nieblas, la Iglesia de Dingras que por lo blanquecino de su techumbre de hierro, semejaba un buque de guerra, en tiempo de paz, recostado perezosamente en el regazo de los mares.

La distancia era inmensa y el camino cada vez mas áspero y dificultoso. Ocho ó diez kilómetros y por el cauce de un río, lleno de enormes cantos rodados, tuvimos que andar aún, para llegar á la primera ranchería de infieles, perteneciente á la jurisdicción de Dingras. Como los caballos iban ya muy extenuados por el hambre y por el consiguiente cansancio de la jornada, y la noche cerrábase á toda prisa, negra y tempestuosa, resolvimos pernoctar en medio de aquel salvaje vecindario, reponernos un poco de nuestras fatigas y reemprender con mas brío la marcha, cuando aún el alba no hubiese despuntado.

Con efecto, sembrado aún el cielo de estrellas

Digitized by Google

y después de una noche en que los breves instantes que pudimos conciliar el sueño—por lo menos para el que esto escribe—discurrieron entre tediosas pesadillas y melancólicas representaciones, cabalgábamos ya por entre unos *cogonales*, donde no había otro sendero que el que las cabalgaduras iban marcando con sus cascos.

Por fin, después de seis horas de caminata y enlodados de los pies á la cabeza, siendo el espectáculo de los que pasar nos miraban, penetrábamos en Dingras, pueblo de los más cultos de Ilocos y que, acaso á esa misma cultura debía su fama de levantisco y anti-español. Dirigímonos al convento, y como el Padre hacía ya dos días que había marchado, recibiónos en él el P. Coadjutor, cuyo nombre siento no recordar; pues rodeónos de agasajos y puso á nuestra disposición cuanto en el convento había.

Dejamos dicho que Dingras tenía fama de antiespañolismo y como en tan triste coyuntura visitábamos por vez primera aquel pueblo, no sin cierto recelo y desconfianza nos decidimos á quedarnos allí hasta la tarde. La Principalía que supo habían llegado al convento tres padres, vino enseguida á visitarnos y á ofrecernos, gustosa, cuanto menester habíamos. Todos sentían nuestra desgracia como suya propia, condoliéndose de no poder remediarla. Lejos de revelar la fama que se les atribuía, rebosaban en españoles sentimientos, manifestando disgusto de los sucesos que en tan terrible aprieto nos ponían á todos. Ellos mismos nos sirvieron á

Digitized by Google

la mesa con esmero sumo y ellos mismos arreglaron los catres para que durmiésemos sosegadamente la siesta, que harto lo necesitábamos. Mientras viva en este mundo no se borrará de mi memoria la de aquel pueblo donde sin conocernos se nos colmó de cuidados y cariños. ¡Y tenía fama de anti-español y catipunero!

Ansiosos de incorporarnos á los demás españoles que, siguiendo las huellas de las Autoridades, estaban ya en Lauag, salimos para esta cabecera hacia las 4 de la tarde en un quiles tirado por tres briosos caballos.

A la caída del sol entrábamos por una de sus espaciosas calles. El rostro se nos caía de vergüenza. La gente que bullía en todas direcciones quedábase como atónita contemplándonos. Desde balcones y ventanas, hombres y mujeres, algunos asestándonos los gemelos, penetraban con la mirada dentro del quiles como ganosos de ver nuestra desgracia agobiadora. Pero no era esto lo que más hacía crispar nuestros nervios: lo que más temíamos era vislumbrar en alguno de tantos como nos miraban un gesto, una sonrisa de satisfacción, viéndonos abandonar tan precipitados su territorio al empuje de un torbellino de desventuras. Esto hubiese sido torcedor insufrible que nos desgarrara sin piedad el pecho. Gracias á Dios no nos abrumó con su pesadumbre semejante desgracia. Los mismos del Abra eran los ilocanos del Norte. Todos lástima y simpatía, al ver el huracán arreciando sobre nuestras

Digitized by Google

cabezas. Aquellos ojos que espoleados por la curiosidad fijábanse en nosotros, participaban de nuestra desdicha. No hablamos á humo de pajas. Por varias familias que luego nos visitaron, lo supimos; que al oir de sus labios tantos votos de adhesión y tantas frases de consuelo, el corazón se nos dilataba y robustecía, sintiéndose más crecido en medio de la desgracia.

En el convento nos encontramos con dos padres misioneros de Abra. Dijéronnos que todos los demás estaban en la playa consumidos de hambre y de calor, con esperanza de embarcarse en un pontín que allí había completamente desvencijado.

—No caben arrriba de treinta, y esperan allí más de un centenar. Dos veces allá hemos ido y dos veces nos hemos vuelto, desesperanzados de que embarque nadie. Los más avisados empiezan ya á desfilar, tomando el camino de Bangui, donde susúrrase que hay otros pontines destinados á recogernos. Nosotros pensamos salir para dicho punto esta misma noche.—

Estuvimos largo rato cambiando impresiones, todas tristísimas, y algo entrada ya aquella, los despedimos y nosotros nos acostamos á descansar un momento con intención de salir muy de mañana, el día siguiente que era Domingo.

Imposible conciliar el sueño un sólo instante. Los alertas de los soldados sucediéndose sin interrupción, no hacían otra cosa que acrecer la alarma pública ante la eventualidad de podernos asaltar los insurrectos aquella misma noche.

Digitized by Google

La mitad sería de ella cuando empezó á sentirse ruido dentro del convento. Eran los Padres que se habían pasado el día en la playa, quienes desesperanzados ya de su embarque, iban llegando unos en pos de otros, como una esponja de calados y perdidos. Al ver que resultaba filfa todo aquel aparato de embarque, determinaron ir por tierra á donde se decía haber pontines; y metiéndose unos en una balsa de caña y otros, mitad á pie y mitad andando, se encaminaron hacia el convento, aguantando pacíficamente la lluvia, que á eso de las nueve empezó á desatarse, y que, aunque ténue, duró hasta bien altas horas. Los hombres á más de mojados venían hambrientos; pues en todo el día habían llevado á la boca cosa de sustancia. Pena daba verlos, tirarse impacientes á cualquier corrusco de pan, que encontraban sobre la mesa del comedor. ¡Tales empezaban á ser los primeros pasos por la abrojosa senda del infortunio!

Entonces supimos el porqué del abandonamiento de Vigan, tan precipitado y sin orden, sin pasar siquiera aviso á los misioneros de Abra que tan descuidados vivíamos en nuestras respectivas misiones, ignorantes en absoluto de lo que en el resto de Luzón estaba aconteciendo; aquel cúmulo de pequeñeces y ruindades con que el Gobernador les estuvo engañando á todos, ocultándoles lo crítico de la situación, y haciendo creer que corrían para España tiempos muy bonancibles, á juzgar por las

Digitized by Google

funcias y bailes que hacía celebrar á diario, imponiendo casi como forzosa la asistencia; cómo mientras él se evaporaba y desvanecía en juergas y banquetes, las huestes insurrectas habían rebasado la línea de Tagudín, punto muy estratégico y dificil de tomar, y cómo, juzgándose impotente para enfrenar el embate arrollador de los tagalos y puestos en evidencia sus trapazas y ardides, (que el enviso señor diz apellidaba astucias diplomáticas), resolvió salvar su personita dándose á la fuga sin que nadie se percatase de ello, còmo no fuese el buen Sr. Obispo, á quien creo comunicó su decisión, eso sí, en el momento preciso de huir.

No quiero entretenerme en hacer la crítica de las miserias, que el interés egoista y rastrero, hizo saltar á los ojos de toda la colonia en aquellos supremos instantes. No hago más que apuntar datos muy ciertos para que el que leyere vaya haciendo los lógicos comentarios. Bien público es que muchos padres estaban tan quietecitos en sus pueblos, enardeciendo el ánimo de los voluntarios locales y disponiéndose á caer en la batalla envueltos en los pliegues del pendón hispano, cuando incidentes casuales les hicieron sabedores de que el puntoso D. Enrique había puesto los pies en polvorosa.

Es verdaderamente notable lo ocurrido á este propósito con el digno párroco de Santa. Toda la colonia de Vigan sabía que era Santa un pueblo de cuya fidelidad se podía esperar mucho en pro de la patria, dados los sentimientos de españolismo

Digitized by Google

que, al par que la fe viva en nuestra augusta religión, sabía inspirar á sus feligreses el conocido y querido de todos, españoles é indios, R. P. José Prada. El mismo Gobernador que conocía bien el espíritu del pueblo, deshacíase en elogios de Santa ponderándole á todo el mundo, con aquella su fraseología pomposa de que tanto se pagaba: «Vigan no tiene que temer mientras Santa subsista»: Santa es la válvula de seguridad de Vigan.» Efectivamente los moradores de aquel pueblo, henchidos del mejor ánimo y orgullosos con la confianza que en ellos se tenía, (muestra patente de la cual eran los cien fusiles y los muchos miles de cartuchos que les habían confiado, distinguiéndoles honrosamente de todos los demás pueblos de la Provincia,) á percibíanse de herramientas y utensilios necesarios para trabajar en el atrincheramiento de Picdet; paraje sumamente estratégico desde donde podíase contener á las huestes insurrectas.

Pues bien, el mismo día en que el P. Prada por consejo del propio D. Enrique, se preparaba para ir á las trincheras con mil hombres que hervían de entusiasmo en torno de su Cura, el ínclito Gobernador fugábase de Vigan sin tener la amabilidad de envíar al P. Prada, no obstante pregonarse muy su amigo, un despachero que lo avisase. Acciones son estas en las que huelga todo comentario; pues harto trasparentan de suyo la pequeñez y la falsía.

Bien sabido es también lo que sucedió con el joven misionero P. Jesús Delgado, encargado acci-

Digitized by Google

dentalmente de la parroquia de Tagudín, quien confiado en las palabras del Gobernador, recorría el pueblo, levantando el espíritu decaído, y animando en su convento al puñado de valientes que lo guarnecían. Después de mucho tiroteo, las avanzadas catipunescas tomaron la Iglesia, trabándose entonces entre esta y el convento reñidísimo combate en que el capitán Sr. Almaraz y el teniente señor Montero, junto con el P. Jesús, realizaron prodigios de bravura, hasta que al día tercero de ataque continuo, cuando ya el convento se desplomaba á los disparos de dos piezas de artillería emplazadas á la puerta de la Iglesia, y el bravo Sr. Montero, bañado en su propia sangre, amagaba exhalar el último suspiro, (1) cayeron con honra en manos de las desarrapadas turbas sitiadoras.

—Con la escapatoria á la sordina de la autoridad un pánico horroroso sobrecogió al elemento español. Algo muy grave y muy inminente ocurría. Y sin cuidarse para nada de intereses, dióse prisa todo el mundo á meter cuatro trapos en la maleta y salir á marchas forzadas tras de las huellas del gobernante.

Y ¿porqué no se habían embarcado aún? Nuevo cuadro de miserias que el egoismo individual iba pintando de relieve aquel vergonzoso día del sábado. Todos habían salido de Lauag, con intento de darse

(1) Murió este héroe en el convento de Tagudín, al tercer día de haber sido atravesado por una bala.

Digitized by Google

á la vela enseguida; mas una serie de órdenes y contra-órdenes de D. Enrique y del Capitán del puerto, compinche suyo, los retuvieron todo el día en la playa, recibiendo tranquilamente los abrasadores rayos solares. Las menudas arenas, reflejándolos en mil direcciones, hacían casi irrespirable el ambiente, á pesar de las constantes emanaciones salinas. Cuando ya se avecinaba la noche, llega un volante del Gobernador, mandando que se embarquen inmediatamente el Sr. Obispo, los Padres y las Monjas: que para el servicio de ellos está el Pontín *San José* y que no se demore por más tiempo la salida. Efectivamente ya estaban todos á bordo con su correspondiente equipo, cuando el Cabo de mar recibe una orden del Capitán del Puerto en que le conmina con la pena de muerte si admite en el barquichuelo á alguien más que el Sr. Obispo y las Monjas. Y vuelta los Padres á desembarcar y á hallarse en la playa á la intemperie.

Mísera trama era la que se estaba urdiendo, indigna, no ya sólo de españoles, sino de todo hombre que abrigase un sentimiento noble y generoso. Si algún soplo de confianza se tenía aún, después de lo acaecido en Vigan, en la Autoridad, disipóse aquí completamente, desecho entre el chubasco de tantas ruindades. El grito de «¡sálvese el que pueda!» no dado aún al viento, acababa de resonar en todos los corazones. Por eso de aquella facha tan lastimosa iban llegando los padres al

Digitized by Google

convento, lo mismo que los particulares á sus respectivas casas, lanzando pestes contra los autores de tan villana jugarreta.

El tiempo era oro que no había que desperdiciar. Decidimos marchar á toda prisa á Dirique, pueblo, más de 20 kilómetros al Norte de Lauag y en cuya playa se decía estar el pontín, donde el Gobernador pensaba embarcarse. La dificultad era la carencia de vehículos suficientes para trasladarnos al referido punto; pues mientras se perpetraba la inmunda treta de la playa, D. Enrique estaba *acaparando* todos los medios de locomoción, dándose hasta el caso de que al mismo Cura le arrebatasen los caballos de su propia caballeriza.

Ante villanías tantas el digno párroco hizo un llamamiento á los principales, poniéndose completamente en manos de ellos, é inmediatamente empezaron á venir *quiles* y carretones, tanto que hubieron de sobrar; pues algunos, no teniendo ya paciencia, habíamos salido en el caballo de S. Francisco, con la esperanza de encontrar en el camino algún carretón que nos condujese al lugar deseado.

El que esto escribe y otro compañero tuvieron la suerte de hallarlo á la salida del pueblo. Nos embanastamos allí como pudimos, y recostados en las maletas, llegamos á Dirique á la caída de la tarde. Ya muchos españoles se habían adelantado en la jornada. Dirigímonos á la playa, llamada de Nagabungan, desde donde se daba vista

Digitized by Google

al pontín *Ntra. Sra. del Rosario;* y allí nos fuimos reuniendo hasta ciento y tantas personas, anhelosas de que llegase D. Enrique, sin orden del cual nadie podría irse á bordo. Llegaría dicho señor como á las siete de la tarde. Todos esperábamos se emprendiese el embarque á su llegada; pero húbose de esperar todo el lujo de carretones atestados de equipaje, que él y ciertos congéneres suyos traían. Tal fué la causa porque no pudimos hacernos á la vela con el viento próspero del siguiente día, circunstancia que ruego se tenga muy en cuenta por la cola de desgracias que trajo consigo.

No cerraremos este capítulo sin consignar un dato de trascendencia suma, que deberes de justicia y reconocimiento nos vedan omitir. ¿Qué importa que sea un borrón más en la pérfida conducta de D. Enrique? Es una gloria y una alabanza justísima del digno gobernadorcillo de Lauag, D. Aguedo Agbayani, quien haciendo ante todos los españoles reunidos en aquella cabecera, fervientes protestas de españolismo sincero, suplicaba al Gobernador, que no nos marchásemos; que era una vergüenza para Ilocos, que huyésemos de aquella guisa; que él, D. Aguedo en persona, saldría con diez mil indios, y los cazadores que hubiere, á impedir el paso á las hordas catipunescas; y que no temiésemos hasta tanto que, tras de aquellos diez millares de indios, fuesen también cadáveres otros diez mil que se comprometía á reclutar en pocos días.

Digitized by Google

Los arranques generosos de este hombre sincero fueron despreciados por D. Enrique. Mas, sepa el digno Sr. Agbayani, cuyo afecto á España mostróse aún más puro durante el período álgido de la revolución, y sigue mostrándose todavía á mal grado de persecuciones y vejámenes, que hay españoles que no echarán nunca en olvido su nombre; antes bien lo acariciarán en su memoria, como se acaricia el recuerdo de lo que más se aprecia y se quiere.

Digitized by Google

CAPÍTULO III

Las Lindezas de á bordo.—Caricias de un baguio.—¡A la mar!

La noche habíase cerrado húmeda y negra. Entráronse cuantos pudieron en las tres ó cuatro míseras chozas, que allí se levantaban á la sombra de los cañaverales, y los más tuvimos que aguantar en nuestras espaldas las caricias de la intemperie; pues no hubo otro remedio que tumbarse en la playa, envuelto en el capote—el que lo tenía—y recostado sobre alguna maleta ó algún envoltorio de ropa.

A eso de la media noche corrió la especie de que el Gobernador no permitiría embarcarse á los padres y á varios *castilas* que no estaban apadrinados por el dinero. Bien poco faltó para que aquella playa no fuese testigo de un sangriento tumulto; pues exacerbáronse los ánimos de tal modo que no faltó quien dijo que se embarcaría quien más pudiese; pues se disputaría el billete de pasaje á tiro limpio, si menester era. La inquietud empezó á calentar las cabezas y á agitar los corazones, y esperábase impacientemente el alborear del día en que se diese la orden de embarque.

Por fortuna los rumores aquellos no se confir-

Digitized by Google

maron, y el Sr. Polo mandó que se embarcara toda la gente por este orden: señoras y niños, Padres, caballeros que tuviesen familia y los últimos quienes no la tuviesen. Como se ve, la disposición no estaba mal tomada. Sin embargo algo de fundamento debió tener la especie aquella, pues no bien nos vimos á bordo, le dijo á un religioso un peninsular, su amigo: «padres, bien pueden VV. dar gracias al santo del día, porque hasta última hora prevaleció la creencia, fundada en frases de don Enrique, de que VV. no serían admitidos en el pontín». Aquel día era el de Ntra. Señora de la Asunción. El religioso aquel elevó á la Vírgen su espíritu en acción de gracias, atribuyéndole la que acabábamos de recibir. No estará demás consignar que el armador del pontín, D. Agustín Távora, había advertido que no consentiría se quedasen los padres en tierra.

Como hasta pasadas las nueve de la mañana no se pudo trasladar al barco tanta impedimenta como algunos traían consigo, no se aprovechó la hora de viento favorable que en aquel lugar sopla periódicamente todas las mañanas, y que es un requisito sin el que á los barcos veleros les es imposible hacerse á la mar. Hubo que someterse á pasar el día, aguantando la mecha de un sol abrasador, haciendo mil comentarios diversos sobre los egoismos y miserias humanas en una situación tan crítica en que debiera reinar la harmonía más perfecta. Dicen que la desgracia une en dulce con-

Digitized by Google

sorcio á los desgraciados; aquí esta hermosa ley psicológica, grabada por Dios en nuestro ser, brillaba por su ausencia. Y es que el ruin egoismo con su corte de instintos plebeyos reinaba á sus anchas en algunos corazones.

Hacia las cuatro de la tarde de este día una embarcación velera apareció en el horizonte con rumbo hacia donde nosotros estábamos. ¡Qué de negras suposiciones surgieron en un punto en todas las fantasías! Allí venía indudablemente una barcada de insurrectos, con objeto de echarnos el guante. Algunos hasta requirieron los fusiles y escopetones que andaban tirados por los rincones del barco, preparándose á hacer fuego sobre los presuntos enemigos. Las señoras llenábanse de desconsuelo y de tristeza y en todos los corazones aumentábanse por momento los latidos hasta que, ya encima de nosotros el barquichuelo, pudimos distinguir claramente algunos hábitos blancos, ¡A nadie se le había ocurrido que aquella embarcación pudiera ser el destartalado pontín *San José,* á bordo del cual venían el Sr. Obispo, las Madres del colegio de Vigan, y varios padres y *castilas*, que se habían quedado en Lauag cuando el famoso *dispersit!*

Con la noche de aquel día quince, que iba por grados entenebreciéndose, íbase la gente acomodando, como podía, tendiéndose sobre cubierta, alguna maleta por almohada, invocando el pícaro sueño que siempre ha gustado de volar muy lejos de tumultos y de comedias.

Digitized by Google

Ya ni un punto de luz brillaba en el cielo. Ya el silencio más hondo reinaba sobre el mundo. De repente bruscas rachas de viento huracanado, acompañadas de abundante lluvia, despiertan á los dormidos. Amanecía.

El barómetro acusando una enorme depresión atmosférica, intimidó un tanto los ánimos, haciéndonos temer algún desastroso frangente. Veíase á la exigua dotación del barco tender amarras con toda premura á diversos puntos de la costa, sujetándolas á haces de arbustos que arraigaban espesos en la marisma. Arriáronse á prisa todas las lonas que pudiesen ofrecer alguna resistencia á los recrudecimientos del vendaval, y no bien terminada la faena, dejóse ya sentir el baguio con imponentes y tremendas acometidas. ¡Imposible! imaginar de dónde saca el viento la enorme cantidad de fuerza que se desarrolla en sus furibundos aletazos. No andaban muy desorientados los griegos antiguos en poner en una deidad el imperio de los vientos; deidad que los ataba ó desataba á su merced, ora convirtiéndolos en aquilones de destructoras embestidas que dejaban arrasados llano y montaña, ora en refrigerantes brisas que, besando las frentes con aromados ósculos, llevaban á los espíritus los encantos de una placidez deliciosa. Solo un Dios puede imperar á la atmósfera que ruede y destruya en borrascosos torbellinos ó bese y acaricie en céfiros regalados.

Los cordajes de los mástiles crujían y chas-

Digitized by Google

queaban imponentes. La frágil embarcación, arronzando á veces de sotavento, reaccionaba tan rápida de vabor á estribor que sepultaba sus bordas en el hervor de las aguas, amenazando volcarse entera en uno de los horrorosos sacudimientos. Las olas, convertidas en hirvientes cordilleras, estrellábanse terribles y majestuosas contra los costados de la nave, como queriendo hacerla añicos ó envolverla en sus cóncavas sinuosidades. De súbito estalla un chasquido colosal, como si una roca, herida por un rayo, se hendiese. Y el barquichuelo finge correr vertiginoso á hacerse pedazos en el arrecife. «¡A la mar!» grita el Arráez á los grumetes—«¡á la mar!» «¡anudar de nuevo esa amarra que se ha roto, ó somos perdidos!»

Por fortuna no advirtieron las señoras el riesgo inminente que se corría; con lo que pudimos hacer todos de grumetes, cobrar la rota amarra, tender y atar otra más fuerte, todo en el breve espacio de algunos minutos. El peligro quedó por entonces conjurado si bien el temporal siguió azotándonos con furia hasta que á las nueve de la mañana las rachas empezaron á ser menos bruscas, cesaron las nubes de mandarnos aguas y el mar iba enronqueciendo su desesperado rebramar. A las diez la calma era abrumadora. A no ser por las revueltas olas que arrollábanse aún espumantes por las caricias del baguio, dijérase que ningún trastorno atmosférico acababa de desatarse sobre la tierra. Los que tenían alguna ex-

Digitized by Google

periencia en achaques de baguios, temblaron ante aquel reposo tan profundo. «El temporal repetirá por la tarde redoblando sus furores»—decían. Así sucedía siempre que repentinamente cesaba el baguio.»

Tomáronse pues todas las precauciones posibles para evitar una catástrofe, y anudáronse las murmuraciones y bisbiseos que no tenían otro objeto que roer los zancajos del eterno D. Enrique de la manera más despiadada. ¿Cómo sino se iba á matar el tiempo?

Algunas señoras, temiendo como era natural los augurios del segundo baguio, queríanse ir á tierra y esperar allí que pasara la tarde. Súpose entónces que el Gobernador lo prohibía; que él sólo pensaba desembarcar y acompañándole los ya *sabidos congéneres*. Las sospechas de que trataba de fugarse por tierra, cundió rápidamente como cunden todas las malas noticias. «Este, se decían todos, ha sabido que los insurrectos están encima, prevee que no podremos salir de este arribaje y trata de evadirse, dejándonos á los demás en la ratonera. ¡Qué caiga tambien ya que tiene la culpa de todo,»—decía el Sr. Luna, uno de los empleados en el Gobierno de Vigan.

Montaron los ánimos tan en cólera que todos preveíamos no llegaría la noche sin algún incidente dramático. Con efecto cuando el Gobernador se disponía á bajar, ciérrale el paso una señora cuyo marido toma en seguida cartas en el asunto y

Digitized by Google

mientras ella le increpa rudamente por su ruin comportamiento, este echaba centellas, dispuesto á cogérselo y tirárselo al mar. Hasta que interviniendo D. Ricardo Ricafort, Presidente de la Audiencia de Vigan, hizo ver con su autorizada palabra al bueno de D. Enrique lo desacertado de su conducta. Huelga decir que, durante la reyerta, de los diversos grupos de señoras surgían cada reproche y cada grito de ira que debían levantar ampollas en las entrañas del Gobernador, quien concluyó por retirarse al camarote, agriado y furioso ante el poco caso que se hacía de sus ínfulas y mirlamientos.

Al poco rato de pasadas estas miserias llama á su camarote á la gente de más viso entre el pasaje y les dice que hay que pagar por el viaje del pontín siete mil pesos. ¡Tocábamos á setenta y tantos cada uno! ¡Nada! que aquel hombre se había propuesto tomarnos el pelo y por eso no tenía frenillo en la lengua. ¡Setenta y tantos pesos por un viaje que en tiempos normales se hacía con dos solamente! La maledicencia semejó entonces un desbordamiento: «¿cómo era posible que tantos peninsulares juntos sufriesen tantas cabronadas de un mandria infame? Pero todo se quedó en murmuraciones: y dióse el escándalo de que varias familias que no tenían aquella desmedida cantidad, optaran por bajarse y que Dios dispusiese de éllas como le placiese en sus altos juicios. Y aquellos que veíamos irse á tierra eran españoles! y los que

Digitized by Google

quedábamos en el barquichuelo éramos españoles. ¡Cosas veredes el Cid...

Y llegó la tarde y deslizóse tan tranquila sin que el meteoro repitiese, sorprendiéndonos la noche en murmuraciones y cuchicheos, en chismes y pequeñeces.

El día 17 y á la hora de costumbre, sopló un viento hermoso que no pudimos aprovechar por ser tantas las amarras tendidas y tener que emplear varias horas en la tarea de recogerlas. Y vuelta la chismografía á entretener en todos los corrillos el ocio y el aburrimiento.

En tanto que á bordo éramos á la vez protagonistas y espectadores de tan bochornosas comedias, en donde á la perfección ejecutaban su papel los más villanos sentimientos, dos españoles que se dirigían huyendo á Bangui, trajéronnos la noticia de que D. Mariano, con las exiguas fuerzas que le acompañaban, había llegado ya á Lauag y estaría acaso en Bacarra. Desde este pueblo á la playa de Nagabuñgan no había más que un pueblo intermedio: el de Pasuquin. Dicho se está con esto que no había que esterilizar un minuto, que era forzoso partir á todo trance.

Es el lugar en que estaba anclado nuestro pontín una reducida ensenada, fronteros á la cual se veían diseminados aquí y allá por entre las espesuras de los cañales, los pobres *calapaos* que componen el barrio de Dirique. A un lado y otro en sedimentos madrepóricos, que inúndanse en las al-

Digitized by Google

tas mareas, alzan sus pequeñas copas, oreadas por las brisas marinas, millares de arbustos de distintas clases. Y mirando mar adentro, extiéndese de Norte à Sur, casi formando línea recta, una como crestería de rompientes, cortada en la mitad por un canal estrecho, por donde las embarcaciones se internan en alta mar. Viento muy próspero se necesita para que una embarcación por pequeña que sea, se haga á la vela, sin exponerse á ser estrellada en las rompientes. El que en la tarde del 17 reinaba favorable nos era por cierto; pero soplaba tan blando que apenas henchiría levemente las lonas. Así y todo era preciso salir. No había que esperar nos sorprendiese el enemigo.

Desplegáronse pues las velas, levóse ancla, dirigióse la prora á la pequeña garganta que forman las rompientes y comenzó á moverse lentamente el pontín. A medida que á las escolleras nos aproximábamos, crecía el balanceo brusca y violentamente Nunca se ofreció á nuestra vista espectáculo de la naturaleza tan majestuoso, como el que por espacio de diez minutos que se tardó en atravesar el bajo, se desplegó á nuestras miradas. Los pequeños remolinos de espuma que en la dilatada extensión de los mares, blanqueaban hirvientes, revelaban bien claro que los tremendos empujes dados por el pasado temporal al líquido elemento, estaban aún produciendo sus influjos alborotadores. Las maretas bramaban, chocando contra las rompientes con vehemencia tan espantosa, que, rom-

Digitized by Google

piéndose en bullidoras cascadas, subían al cielo en lluvia de argentadas perlas. Las túrgidas olas azotaban á veces tan reciamente la nave, que arrojábanla con ímpetu á las nubes; en tanto que otras veces creyérase como que desaparecían debajo de la quilla, despeñándola hasta profundidades que daban vértigo. ¡Magnífica perspectiva para soltar las riendas de la imaginación y remontar á Dios el espíritu, cantando los esplendores de su poder y las magnificencias de su gloria!

Muy atónitos debíamos andar algunos, sumergida la mente en ese adormecimiento de los sentidos que produce la contemplación de las grandes cosas, cuando apenas nos percatamos del inminentísimo riesgó que se había corrido, de hallar sepulcro entre las olas. Habíamos sí, oído algunos alaridos de dolor, lanzados por alguna señora invocando la protección de lo alto; veíamos al armador que forcejando por sujetar una de las escotas del velamen, miraba sin cesar con ojos un tanto extraviados, ya á proa, ya á la rompiente, exclamando con grito que arrancaba del alma «¡viento! Señora! ¡Ntra. Señora del Barco, viento! ¡viento!» y esta breve plegaria, henchida de esperanza y amor me estremecía; pero ni un momento imaginé que aquellos turbiones embravecidos que hacían dar á la nave tan vertiginosos tumbos, tuvieran otro final que embebecernos en aquella como inmersión del alma en lo sublime. Así que nos admiramos grandemente cuando, pasada ya la

Digitized by Google

barra, nos contaron que había habido un momento en que el arráez, convencido de que el barco se hacía añicos entre las rocas, había exclamado con honda desesperación: «¡Aquí morimos todos», y que sobre la cubierta del otro pontín veíase al Señor Obispo dándonos la que él creía postrera absolución mientras á su derredor los padres y las monjas, puestos de rodillas, imploraban sobre nosotros las misericordias del cielo. ¡De tantos apuros debió sacarnos la Estrella de los mares, prestando atento oído á los ecos de aquellas plegarias!

Lejos ya de la barra, hendíamos lentamente las olas, dejándose por lo mismo sentir más violento el balanceo producido por la mar de fondo. En vano los indios que componían la dotación del barco con supersticioso silvar invocaban el viento para que con soplo bienhechor hinchese las velas. Sordo á los conjuros, el viento negábase á sernos propicio.

Ya tendida la noche sobre los horizontes del mar, allá á lo lejos con rumbo contrario al que nosotros llevábamos, roja columna de fuego y humo, esparciendo en torno suyo siniestra claridad, dejaba ver la silueta de un vapor. Nuevos sobresaltos al corazón y nuevo apresuramiento de latidos. ¡Teníamos á los yankees encima!

Apagáronse todas las luces del pontín con objeto de hacernos invisibles en el seno de la oscuridad, y no nos abandonó el miedo hasta que, ya detrás de nosotros la columna aquella de humo

Digitized by Google

enrojecido, vimos que el vapor desaparecía al través de las nocturnas sombras. ¡Y aquel, según supimos más tarde era el vapor *Triunfo* que había de recogernos en Aparri, si los desaciertos del Gobernador no nos hubiesen detenido tanto tiempo en la playa de Nagabungan!

Durante los días pasados á bordo nadie se acordó de limpiar el pontín, echando unos cuantos cántaros de agua; bien que era casi imposible por ir materialmente atestado de bártulos y equipajes. Así que toda la cubierta era un asco. Asfixiaba aquel ambiente, casi falto de oxígeno, y saturado en cambio de las mefíticas emanaciones de tanta porquería como se iba aglomerando por los rincones, donde, efecto del calor y del agua, pasaba en seguida á vías de putrefacción. No he visto nunca lugar más hediondo y más apto para el desarrollo de una peste que nos inficionase á todos en breves horas. Contribuirían sin duda á la formación de aquella deletérea atmósfera las quinientas ó mil tinajas de *bagón* que llevaba el pontín en sus bodegas. Lo cierto es que aquello no era para resistido varios días. Y no hubo otro remedio que pasar de aquella traza hasta la madrugada del día 20 en que hicimos tierra en Aparri; pues si bien se llegó á este puerto la tarde precedente, tan sumo interés se tomó el Sr. Polo y y con tanta fortuna, que no hubo modo de sacarnos sino con la dicha tardanza, de aquel inmundo pudridero. ¡Con qué alegría abandonamos aquel sucísimo barco donde, entre un puñado de españoles que

Digitized by Google

debió unir muy estrechamente la común desgracia, se desenfrenaron tan ruines sentimientos, tan pérfidas falsías y tan desencarados egoismos!

Digitized by Google

CAPÍTULO IV

Por huir de Escila....—Rendición de Aparri.—Los mausers de nuestros soldados.—Pesadillas y realidades.

Y hétenos ya en Aparri, en ese pueblo de comerciantes y pescadores que en arenoso ángulo formado por el río y la mar, alza su entreverado caserío de hierro y nipa, indefenso á los furores de tormentas y tempestades. Muy honda debió ser la impresión pesimista, experimentada por aquel vecindario, al ver cruzar á tantos *castilas*, casi en traje de pordioseros, por aquellas calles, á hora en que ya en aquella atmósfera se caldea el ambiente y mendigando, como quien dice, una sombra de tejado donde cobijarse. Sin embargo todas aquellas fatigas soportábanse con paciencia porque todos abrigábamos la ilusión de que fueran efímeras. De un día para otro vendría un vapor de Hong-kong á recogernos á todos y llevarnos á puerto seguro.

Pasaron varios días y el barco no llegaba. La inquietud nos traía á todos desasosegados y harto natural era. Estábase jugando la vida ó la muerte. Los jóvenes particularmente nos indignábamos al ver la irresolución de los llamados á ponernos

Digitized by Google

cuanto antes fuera de todo riesgo. ¿Por qué no se compraba un pontín, pagando el doble de lo que valiese, si era preciso, para hacernos á la vela lo más pronto posible? Nos dirigiríamos á las Islas Batanes, nos aprovisionaríamos allí y partiríamos después con rumbo á cualquier parte, donde pudiésemos juzgarnos en salvo. Pero éramos jóvenes y por inexperiencias juveniles fueron tomados todos nuestros clamores. Debíase dejar obrar á los sesudos y provectos, quienes estaban tan confiados de que no había porqué apurarse, que hasta llegó á ocurrírseles la idea de celebrar en aquel pueblo la solemnidad de N. P. S. Agustín, y tomar algunas medidas para que hubiese en ella algún lucimiento. ¡Y que no iba á haber poca solemnidad aquel día!

No diré yo que no se hizo absolutamente nada para evadirnos de la desgracia que se nos echaba encima. Sé que hubo conatos de ajuste con el dueño de un pontín; pero entonces no había que fijarse en triquiñuelas de ochavo más ó menos. La vida vale más que todo.

Mientras tiempo tan precioso se esterilizaba, amaneció el día veinticinco. En las lejanías del mar divisábase claramente la columna de humo de un vapor cuyos contornos esbozábanse cada vez más distintos entre las brumas marinas. La inquietud de los espíritus empezó á calmarse: aquel vapor era sin duda por el que tanto se suspiraba. Efectivamente: la bandera española arbolada en el palo mayor ondeaba juguetona á las caricias del viento,

Digitized by Google

¡Cuántas ilusiones, muertas ya, renacieron á la sola vista de la enseña patria! ¡Cuántos ensueños, ya inhumados en el fondo de la desventura, resucitaron radiantes de vida, al ver que nuestra bandera atrevíase aún á desplegarse ufana en la inmensidad de los mares! Todos sentimos dentro del corazón como un rompimiento de alegría y nos impacientábamos con la tardanza de aquel vapor, á la vista del cual, habíamos abierto el alma para recibir grandes sensaciones.

Así sucedió en efecto: las sensaciones no pudieron ser más grandes, cuando después de abordar á él la barquichuela del práctico, arrió nuestra bandera, izando otra cuyos colores hasta para el Capitán del Puerto eran desconocidos. Sobre cubierta bullía un hervidero de gente de atezado rostro, en cuyo vestuario divisábanse muchas bandas encarnadas. Aquel vapor era el *Compañía de Filipinas*. Aquella bandera la del catipunan..... La red enemiga acababa de hacer una gran presa envolviéndonos á todos en sus mallas opresoras. ¡Plúgole así á Dios! Por huir de Escila habíamos caído en Caribdis.

Detúvose el vapor, acercándose lo más que pudo hacia la ribera contraria; desamarró dos barquillas y en una media hora desembarcaron cien hombres que arbolaron á la otra parte del río la bandera catipunesca. Con ser tantos los que desembarcaron, en la cubierta no se notaba ningún vacío. Aun hervía la gente apiñada. Diríase que hasta las

Digitized by Google

bodegas venían atestadas de soldados. El vapor echó á andar pausadamente, río arriba. Veíase claro que iba á hacer otro desembarco para cercar el pueblo en caso de resistencia y arrasarlo entero.

A todo esto en el pueblo había un pánico espantoso. Emisarios insurrectos habían intimado la rendición so pena de entrar al día siguiente, bombardeándolo y pasando á todos por las armas.

Las fuerzas españolas que había en Aparri no pasarían de 40 fusiles entre Guardia civil é infantería marina. La resistencia juzgábase una barbaridad. Los españoles iban y venían aquí y allá procurando cerciorarse de la actitud del pueblo que no quería resistir de ningún modo, no obstante hacer protestas de españolismo. Con esto y con saberse que el pueblo inmediato de Camalaniugan estaba ya tomado, lo mismo que Lal-loc, túvose por acertado rendirse, poniendo bandera de parlamento. Llegó entónces un teniente que se decía, secretario del coronel jefe de las fuerzas revolucionarias, y con él un sargento y algunos soldados. Fueron á la Casa-Tribunal donde estaban el Capitán del Puerto, D. Mariano Pérez de Guzmán, el teniente de la Guardia Civil, D. Salvador Piera y varios otros españoles. Discutiéronse las cláusulas de rendición y convínose en que serían entregadas todas las armas de cualquier género que fuesen á las fuerzas sitiadoras; que serían respetadas las vidas, alhajas y haciendas de todos los peninsulares y que á nadie se haría el daño más leve. Hemos visto el

Digitized by Google

pliego de condiciones y podemos afirmar que estaba concebido en estos y no en otros términos que susurraba el público de Aparri.

Para honra del Sr. Piera debemos consignar que de ningún modo quería rendirse. Todas las súplicas de españoles y filipinos no hubiesen obtenido nada de la voluntad de hierro de aquel pundonoroso oficial, decidido á derramar su sangre, antes que consentir en una vergüenza, si un grupo de señoras peninsulares, inspiradas por el Sr. Polo de Lara, no se lo hubiesen pedido, hasta con lágrimas en los ojos. «Bien, me rendiré, ya que todos en ello se empeñan; pero conste que voy á firmar mi sentencia de muerte.» ¡Tan persuadido estaba aquel valiente de que en su persona se ensañarían ruines venganzas!

Quisiera que mi pluma tuviese el don de trasladar al papel, de encarnar en palabras y en ideas lo angustioso de aquella noche infausta, pasada la cual habíamos de ver entrar en el pueblo al ejército revolucionario. ¡Ni un sentimiento brotó en el corazón que no fuera de congojosa amargura! La cabeza ardía hecha un volcán de pensamientos desgarradores. ¿Dormir? Era pedir cotufas en el golfo; y además temíamos que los sueños fuesen más horribles que la misma realidad. ¡Mañana! mañana veremos el honor patrio escarnecido; el orgullo español rodará por los suelos; abrumarán nuestra frente la vergüenza y el sonrojo y será hecha girones nuestra bandera y resonarán en el aire mil espantosos gritos, quizá

Digitized by Google

algún ¡muera! aterrador, mil veces más duro que la misma muerte. Batallando con tan terribles presentimientos; mejor dicho, sintiéndonos arrebatar, á modo de brizna que el viento arrastra, por aquella desencadenada tempestad de imágenes insufribles, sorprendiónos la aurora desmazalados, abatidos, hechos una alheña, como si toda aquella noche la hubiésemos pasado, forcejando por desasirnos de las garras de una euménide.

Muy de mañana comenzóse á coronar de banderas blancas desde la torre de la iglesia y la espaciosa casa, techada de hierro, hasta el último casucho, cuyos únicos adornos eran el *cogon* y la nipa. ¡Qué espectáculo tan triste para un corazón donde latía potente el santo amor de la patria! ¿Pero qué habíamos de hacer?... Así lo disponía Dios en la alteza de sus inexcrutables designios.

Mas cuando el alma padeció más honda amargura, cuando llegó á parecerle imposible apurar las heces de cáliz tan acerbo; cuando casi llegó á desear el aniquilamiento de su ser, fué cuando á los ecos sonoros de las bandas de música y al son de las campanas que henchían el viento y al clamoreo ensordecedor de abigarrada muchedumbre, que vitoreaba frenética al «ejército libertador», éste, desplegado en compañías de cuatro en fondo, con aire marcial y victorioso, comenzó á desfilar por delante del convento en dirección al tribunal, donde les esperaba entusiasta acogida. ¡Con qué dolor contemplábamos aquellos mausers, que llevaban al hombro y

Digitized by Google

que á costa de tantos sacrificios habíamos adquirido en nación extraña! Y aquellas armas preciosas no habían sido arrancadas de las manos de nuestros soldados muertos en el honroso campo del combate; no significaban otras tantas vidas inmoladas en los altares patrios: aquellas armas habían sido entregadas cobarde ó traidoramente—si es que no andan siempre juntas la traición y la cobardía—por los que tenían en sus manos el honor de Iberia y que lejos de conservarle ileso, ya que no acrecieren la prez de sus timbres, atreviéronse ¡hijos espúreos! á amasar con sus felonías el cieno de la deshonra que había de salpicar el cielo de la historia patria.

Un pelotón de soldados precedidos de un oficial, que empuñaba una bandera, destacóse de una de las columnas y cruzando al través del gentío, subióse á la torre, arbolando, al lado del signo redentor, su victoriosa bandera. Jamás con tanto aceleramiento latió nuestro corazón, temiendo repercutiese en su fondo algún espantoso ¡muera! que hubiese desgarrado sus fibras todas. Y cosa notable y digna, de encomio y ejemplo: aquel muera fatídico no brotó de ningún labio. ¡Nadie por entonces osó manchar tu nombre, madre España!

Aquel día 26 de Agosto, comenzaba para todos los prisioneros el drama trágico donde, unas tras otras, habían de ir cayendo tantas víctimas, sin que entre la complicación progresiva del enredo fulgurase un solo rayo de luz que nos hiciere ver próximo el desenlace. Bien habíamos menester de

Digitized by Google

la ayuda del cielo para sobrellevar con resignación la tempestad de desdichas que tronaba sobre nosotros.

Una hora después de las escenas que acabamos de borrajear, empezó á llenarse el convento de soldadesca. Recogieron todas las armas que en él había, é inspiráronnos confianza de que no se haría con nosotros ningún atropello. Lo tenían terminantemente prohibido—decían—por su Honorable Presidente D. Emilio Aguinaldo. Hemos de decir la verdad: más desmanes y travesuras esperábamos todos de aquellas hordas semi-inconscientes empujadas sin saber á dónde por la traidora masonería.

A las cinco de la tarde, vino á visitar al Señor Obispo, el coronel D. Daniel Tirona, acompañado de varios oficiales. Precedíale un soldado tocando á cada instante un silbato de igual modo que si anunciase el paso de un Gobernador general. Detrás venía apiñada muchedumbre, ansiosa de saciar su mirada sobre aquel hombre que debía aparecer á sus ojos lo menos como un Julio Cesar. Saludónos á todos cortésmente, é indicó que nos retirásemos, pues quería hablar á solas con el Sr. Obispo. Mientras duró la conferencia algunos oficiales nos pidieron todos los relojes y joyas que tuviésemos, en tanto que otros hacían un minucioso escrutinio de maletas, robándonos el dinero á título de que todo el de los frailes era dinero del país. La teoría no dejaba de ser muy hermosa para acallar remordimientos de conciencias acorchadas.

Digitized by Google

Algunos de aquellos oficialetes entreteníanse hablando con nosotros, contándonos prodigiosidades inauditas. Para España había concluído todo. Con la rendición de Manila á las fuerzas americanas, que era ya un hecho; con la derrota completa de nuestra escuadra en las aguas de Cuba y la independencia de este Archipiélago, habíanse excitado los humos carlistas y, echándose á la calle, habíanse apoderado del Palacio de la plaza de Oriente en muy pocos días. Las huestes republicanas ante la reacción retrógrada que se les echaba encima, lanzáronse al combate y expulsaron á D. Cárlos de Madrid, haciendo cruel matanza en las casas religiosas. El pueblo español, fracasado en las esperanzas que le habían hecho concebir sus costosos sacrificios, hallábase totalmente poseído de furor, y el puñal y la tea resplandecían por todas partes. En suma, que España desaparecía de aquella fecha. ¡No sería difícil que los filipinos hiciesen en ella un desembarco! Poco seso era preciso tener en la cabeza para asentir á tan mal fantaseados dislates. No obstante lo del saqueo y carnicería en los conventos hubo quien se lo creyó á pies juntillos. Cual si la cultura española hubiese retrogradado por maravilla, nada como quien dice: «sesenta y tantos años»; como si el pueblo español no estuviese ya persuadido de que ningún daño le amaga desde las soledades de los claustros; como si la reacción hondamente cristiana que se nota en todas las clases sociales hubiese sido barrida en un

Digitized by Google

momento por la grosera calumnia de imputar á los frailes la pérdida de nuestras colonias. Ya han pasado los tiempos de comulgar con ruedas de molino. La sensatez y el buen criterio del pueblo español saben perfectamente que el dominio de España en estas islas naufragó en el piélago de impericias y desaciertos de los que eran llamados á hacer que en este hermoso país ondulase siempre nuestra sagrada bandera.

No seré yo quien trace el capítulo de tropelías y desafueros que en estas tierras remotas acarrearon nuestra ruina: no me ha gustado nunca revolver fango, me inspiran demasiada repulsión los pestilentes efluvios de las ciénagas. Pero no dudo que alguien lo trace. La materia préstase abundantemente y está al alcance de toda persona imparcial que conozca, mas que sea solamente á medias, nuestro gobierno y administración en Filipinas.

En los altos puestos de esta floreciente colonia, hacía ya tiempo que no se miraba mucho por la honradez tradicional de España. ¿Cómo sino el cáliz de las iras divinas rebosase oleadas de cólera en nuestra frente?

Y no se vaya á creer que exima de toda responsabilidad á las corporaciones religiosas. Soy más imparcial que todo eso. Bien que muy poca, alguna culpa les cabe. Viéndose como se veía con luz clarísima el sesgo que iban tomando las cosas de algunos años á esta parte por la vista de ciego que respecto de ciertas campañas, tenía la vigilan-

Digitized by Google

cia pública, las Corporaciones, pensamos humildemente, debieron elevar un manifiesto á la Nación donde, al par que se patentizasen los ataques desembozados y las tenebrosas urdimbres con que las autoridades de aquende empujaban al genuino amante de la patria hacia la sima del descrédito, y la actitud amenazadora y levantisca que, en vista de tamaños excesos y de tan insidiosas cruzadas, iba tomando el trabajado pueblo filipino, se plantease el siguiente dilema: ó la Nación envía á estas islas hombres decentes que practiquen y hagan practicar la justicia, ó nosotros estamos demás en el archipiélago. Y ó hubiéranse corregido los abusos, estabilizando nuestro dominio, ó hubiesen podido los frailes erguir muy alta la frente, pura y limpia de la más leve mancha. Gobernando como se gobernaba aquí, no se necesitaba tener ojo muy avizor para ver que esto se nos iba de entre las manos.

Las dificultades que el susodicho dilema podía acarrear á las Corporaciones, (caso que el Gobierno, haciendo oídos de mercader á los incesantes lamentos del país, optase por el extrañamiento de los frailes) fácilmente las hubieran resuelto los Generales residentes en Roma, buscando en cualquier rincón de la tierra colocación para sus súbditos. El mundo es muy grande y la honradez y el trabajo en todas partes hallan cabida. Por lo que respecta á los intereses ¿qué importa hubiesen sufrido mermas considerables? En lances de honor, el honor es lo primero. Lo que importaba era

Digitized by Google

que los gloriosísimos anales de las Corporaciones en Filipinas no hubiesen tenido otra sombra que la ténue é indecisa que dejan en el camino por por donde pasan las groseras calumnias, forjadas por la fiebre sectaria. Si al Gobierno de Madrid se le hubiese puesto en brete con la susodicha alternativa, el mundo hubiese admirado nuestra previsión y nos hubiese prodigado copiosos plácemes la historia. (1)

Al hórrido panorama que durante el día se había desplegado ante nuestros ojos, sucedió otro más terrible durante la noche. «¡Qué noche, válgame el cielo!» La imaginación arrebatada por un huracán y envuelta entre negruras, como que se desasía del

---

(1) Escritas ya estas Memorias, hemos sabido que las Corporaciones Religiosas de Filipinas presentaron al Sr. Ministro de Ultramar una elocuente exposición donde después de pintarle la situación ruinosa de nuestro dominio en el Archipiélago, y suplicarle dé lectura de dicho documento á las Cámaras, para que sepan á qué atenerse los representantes de la Nación, concluyen por pedir que de una manera clara, sin ambajes ni paliativos, se les diga, ó que ha terminado ya su misión apóstolica en estas islas, ó que por medios prontos y eficaces se procure dar nuevo rumbo á la política desastrosa que aquí se venía siguiendo.

Es imposible decir las durezas que allí se dicen, envueltas en términos más blandos y con más reposados giros. En sus líneas trazadas todas con valentía cristiana, no se nota la mas ligera sombra de ataque ó rebelión hacia el Gobierno y hacia las instituciones. Vése bien claro que, colaboraron en sus páginas la madurez y el buen juicio, el amor entrañable y desinteresado al país, el celo ardiente de la Religión y el sublime sentimiento de Patria.

Queja sentidísima que se escapa como sin querer, de nobles pechos heridos al considerar las desgracias que se cernían sobre Filipinas, repercutió algo tarde en los ámbitos de España y no pudo conjurar la terrible catástrofe que, españoles é indios, hoy todos lamentamos. Bien es verdad que aun presentada á tiempo, no hubiera dado los frutos que eran de esperar; pues el ministro no tuvo valor para leérsela á las Cortes, previendo sin duda tempestades parlamentarias, cuya trascendencia al público pudiera haber ocasionado revueltas y trastornos.

Digitized by Google

alma y tomaba forma y consistencia, trasladándose no sé dónde. Parecía aquello un delirio. Las fuerzas americanas con admirable orden y compostura desembarcaban en puntos diversos de las playas de Manila, y en medio de un silencio que ponía verdadero espanto, dirigíanse con paso marcial hacia nuestros cuarteles. Las calles por donde pasaban, aquellas calles donde con tanto frenesí habían sido vitoreadas las tropas españolas, yacían tristes y silenciosas como un sepulcro olvidado.

Los balcones que otras veces, engalanados con flámulas y colgaduras habían llovido flores, palomas, laureles y poesías, permanecían entornados. Doquiera elocuentes indicios de duelo. Los hijos de América avanzaban ya por el magnífico puente de España. ¡Y aquel monumento no se hundía y prestaba dócil sus espaldas á las plantas del extranjero que, callado y sombrío, destellaba á un lado y otro del camino, relámpagos de orgullo satisfecho! Llegaron por fin á sus destinos y ¡horror! nuestros soldados iban saliendo y entregando sus fusiles, aquellos fusiles con que cien veces habíanse batido como leones. ¡Pobres hijos de España! cuán mustios y apesarados, contemplaban á los vencedores, ir posesionándose de aquellos hermosos edificios, en tanto que éllos se retiraban á algún *silo* de una casa, á un bodegón vacío, al sótano de un convento, á cualquier parte donde poder ocultar tanto oprobio y tanta vergüenza. ¡Viéranlos sus madres en aquellas tétricas mansiones, lí-

Digitized by Google

vidos y macilentos, sin un átomo de fuerza en aquellos sus antes acerados músculos, escapándose quizá inconscientemente de sus labios, trémulos de furor, terribles execraciones y aterradoras apostasías; y cuál hubiesen flagelado el honor de algunos caudillos que á tal abismo de abyección y deshonra los habían empujado . . . .

. . . .

Las causas remotas son muchas y complicadas, pero la próxima no la busquéis en ninguna parte. Interrogad á Biac-na-bató y por las grietas de sus peñascos rotos os gritará que en sus enmarañadas espesuras se labró la gran aureola de deshonor de la Metrópoli. De aquellas maldecidas escabrosidades desgajóse la piedra que derrumbó el secular imperio. Cuatro días más de asedio y de combate á la célebre montaña y el *atleta* legendario de la revolución caviteña hubiese caído con los escasos restos de sus hambrientas y desarrapadas turbas en las garras de nuestros soldados que hubiéranse cubierto de gloria.

¡Sí! no busquéis el secreto de lo repentino de la catástrofe en la creación de las milicias filipinas; en el brillante armamento de que se las dotó; en la autoridad omnímoda de que se invistió á sus comandantes—en general los más significados como traidores y filibusteros,—todas estas incalifables torpezas fueron engendradas en Biac-na-bató. Hé aquí la clave de todo: Biac-na-bató que como padrón de infamia, alzaráse eterno, envuelto en sus húmedas

Digitized by Google

nieblas, para narrar á las generaciones que vayan surgiendo la desventura inmensa de una metrópoli y la ingratitud horrenda de una colonia. Sí, Biacna-bató: de tus entrañas resquebrajadas, como indica tu nombre, ha brotado esta vida agitada que nos trastorna, esta vida de convulsión que nos estremece, esta vida de vértigo que nos asusta, este arrollador torbellino de escándalo que, ¿cómo no augurarlo? Habrá de concluir con toda alegría y con toda esperanza en el seno de este país desventurado. Llegará, llegará un día en que por la sobrehaz de este hermoso suelo, alfombrado de ruinas y de escombros, no se oirá otra cosa que la endecha de la muerte, entonada plañideramente por vientos calcinados.....

Digitized by Google

CAPÍTULO V

Un acta de martirio.—Valentía de la religión.—Farsa diabólica.—El primer día de hambre.

Las primeras descargas de la tormenta, cuyos estragos tanto se temían, eran ya pasadas, gracias á Dios, habiendo dejado en el alma bien hondos surcos. El peligro parecía estar conjurado. Hasta había quien abrigaba esperanzas de que no correrían quince días, sin que estuviésemos navegando con rumbo á España. Después de todo, casi tenía uno que congratularse de haber caído en manos de los insurrectos, y haberlos conocido tan á fondo. No hay mal que por bien no venga y lo que estaba acaeciendo á nuestra vista nos había servido para rectificar conceptos errados. Cuántos abrirían un palmo los ojos, viendo que habían vivido equivocadamente durante muchos lustros!

El día 27 por la tarde corrió por dentro de convento el rumor de que un padre anciano había tenido la debilidad de no entregar algún dinero en oro que poseía, habiéndolo escondido en un sitio que no es del caso mencionar. Disgustónos á todos acción tamaña, temiendo la eventualidad de que lle-

Digitized by Google

gara á conocimiento de la gente insurrecta y nos costara la broma algún serio atropello. Muy fácil hubiese sido evitarlo si alguien de nosotros, cerciorando al comandante de aquella tontería, atenuárada lo más que pudiese para que ni al culpable, si es que había culpa, le hubiese sucedido nada que lamentar. Pero en aquel entónces, no sé si porque el pánico pasado había entumecido la sustancia gris en toda las cabezas, la verdad es que ni se pensaba ni se discurría. Nada pues se hizo, y los soldados que husmeaban por todos los rincones y escondrijos del convento, creyendo hallar tesoros escondidos, dieron con alguna moneda del oro aquel y faltóles tiempo para denunciar á sus jefes lo que á ellos les parecía áureo filón inagotable.

Lo sucedido sería tortas y pan pintado respecto de lo que iba á suceder... Ellos, los hijos de Lacandola, que andaban á caza de socolores y pretextos para saciar en nosotros la más implacable saña.

A la manera de esas cerrazones siniestras que se forman en un instante bajo un cielo clarísimo y prorrumpen enseguida en relámpagos y truenos espantosos, formóse sobre nosotros una tempestad horrible, cuyos posibles estragos no era hacedero calcular.

Con los consiguientes temores pasamos la noche, víspera de N. P. S. Agustín y amaneció el día de su solemnidad, que con tanta pompa acostúmbrase á celebrar por sus amantes hijos todos

Digitized by Google

los años. Al presente le estaban reservados otro fausto y otra pompa que seguramente habrán sido más aceptos á los ojos del Santo; pues desde la cumbre de los cielos donde se sienta al lado del Altísimo, habrá visto arrebatado de gloria que aún alienta en sus hijos su espíritu gigante y que aún corre por sus venas aquella sangre, caldeada por el sol de África, y tan despreciadora de los tormentos y de la muerte.

Nunca, nunca se borrará de la memoria de los hijos de S. Agustín aquella solemnidad gloriosa. Mientras haya un latido en su corazón, desplegaráse ante su fantasía aquel pavoroso cuadro, tan recargado de sombras, y donde el espíritu religioso, coadyuvado de la gracia, parecía escalar con banderas desplegadas las cimas sacrosantas de la virtud.

Serían las tres de la tarde, hora en que los religiosos en grupos de cuatro ó cinco, recogíanse en un rincón del coro para rezar las vísperas y los maitines. De improviso sintióse un ruido desusado en el umbral del convento. Un pelotón de soldados con mucho estruendo de armas, precipitáronse escalera arriba, siguiendo á unos cuantos oficiales. Ya en la caída, uno de estos mandó á todos que cargasen los mausers y dió la orden de que todos los religiosos nos reuniésemos en la última habitación que estaba contigua al coro y donde como éramos tantos apenas de pie se cabía. Cuatro centinelas nada menos nos pusieron á la puerta con prohibición absoluta de permitirnos salir.

Digitized by Google

—Donde está el ex-provincial? preguntó uno de aquellos con aire insolente. ¡Qué venga!—y nuestro P. Zallo, acompañado de otros cuatro religiosos, que requirieron por sus propios nombres, fué donde le indicaban, escoltado por mucho lujo de bayonetas. Mientras nos retirábamos á la habitación aquella, pudimos advertir, que varios otros soldados, también con los fusiles á bayoneta calada, se habían dirigido á la habitación donde estaba el Sr. Obispo.

Deslizáronse unos cuantos instantes en sepulcral silencio. Nuestros centinelas apenas respiraban, cambiàndose miradas de temor y de extrañeza. De súbito la detonación de una descarga nutrida en los sótanos del convento, repercutió por todos los ángulos, conmoviendo el edificio. «Alguien ha dejado de existir»—pensamos todos. Y quién dejaba escapar alaridos de dolor; quién caía de rodillas, implorando de sus hermanos la absolución postrera; quién elevaba sus manos juntas hacia una imagen de María que se destacaba en un cuadro, pendiente de la pared; quién murmuraba alguna frase, saturada de unción religiosa, enardeciendo los ánimos de todos para sobrellevar con valentía el martirio.

Una segunda descarga, quizá más nutrida que la primera, explotó, confirmándonos en nuestros fatales presentimientos. ¡Era de presenciar aquel cuadro sombrío donde en medio del más profundo dolor, reinaban tanta resignación y conformidad! ¿Qué digo: resignación? tanto anhelo de que llegase pronto el dichoso instante en que corriésemos la

Digitized by Google

misma suerte, que creíamos habían corrido ya el señor Obispo, N. P. Zallo y los otros cuatro religiosos sus acompañantes.

Respirábase allí un ambiente de heroísmo santo que embargaba el alma de todos en espirituales arrobamientos. Y es que la mente rebasando los límites del mundo, veía desplegarse aquel paraíso de gloria que tan de mano maestra nos ha trazado S. Gregorio en una de sus hermosas homilías. ¿Porqué aquel odio infernal se embravecía sobre nuestras frentes, relampagueando en ansias de nuestro exterminio? No había otra explicación posible. Porque éramos ministros del altar; porque asistíamos al solio del Altísimo; porque éramos soldados de la cruz redentora... Viniera cuanto antes la ola sangrienta del martirio y lleváranos en su corriente hacia las playas seguras donde empieza lo que nunca acaba; aquel torrente de gloria que mana fecundísimo, brindando á las almas justas eternos inenarrables goces. ¡Ah cómo la esperanza dulcísima de una vida futura cubre con sus alas de amor el pensamiento del creyente! Ella alienta purísima dentro del alma, difundiendo en sus ámbitos aromas del paraíso; élla muestra al espíritu en las lejanías del horizonte la puerta diamantina que se abre á los buenos; élla sostiene el corazón que flaquea y esfuerza la voluntad que cede; sonríe y á sus sonrisas fulgura sobre las frentes ínclitas la aureola imperecedera! Pero muere élla en un alma y desvanécese el cielo en los espacios, y cruzan nubes

Digitized by Google

siniestras el entendimiento y brota el despecho en el corazón y cíñese con la victoria la cobardía del suicidio!

En aquellos trágicos instantes, con qué íntima delectación veíamos todas las ilusiones de la vida, todas las esperanzas del mundo, desvanecerse como la niebla que vela apenas la cima de los montes, como los efímeros copos de nieve que no cuajan en la llanura, como el impalpable aroma de una flor, como el aliento vaporoso de un lago! La gracia de los cielos derramándose con plenitud sobre nuestras almas, dotábalas de varonil esfuerzo para batallar vencedoras contra los sentimientos de la carne, que trataban de sofocar nuestra resolución de abrazarnos con el martirio. Jamás nos habíamos imaginado que la religión pudiera hacernos tan dulce la muerte; que con tanta calma del espíritu y tanta placidez de la conciencia viésemos romperse los más estrechos lazos y desatarse las más íntimas aficiones. El alma aceptado ya el sacrificio y derramándose como un vaso de esencia sobre lo que iba á ser el altar sangriento de tantas víctimas, parecía sentir ya en sus oídos los cánticos de la gloria, y la fantasía, lanzada á los cielos, veía brillar ante sus ojos asombrados aquellos resplandores eternos, que en breve iban á henchir nuestro espíritu, bañándolo en torrentes de bienandanza infinita. Un poco más, y estaríamos en aquella «alma región luciente» de nuestro Fr. Luis de León viviendo la vida inefable de la eternidad, donde no acometerían al

Digitized by Google

alma, ni remordimientos de lo pasado, ni turbaciones de lo presente, ni inquietudes de lo porvenir.

La escena que acababa de representarse en los sótanos del convento, había durado próximamente una hora. Volvió á percibirse un horrible estrépito, de gritos de rabia, taconeo de zapatos, martillear de gatillos y chocar de aceros. Los centinelas que teníamos á la puerta, pusiéronse en aire marcial y precipitáronse en la habitación varios oficiales y algunos soldados; uno de ellos con un pistolón enorme en la diestra. Como al entrar, los soldados todos habían cargado sus fusiles, creímos ya llegado el instante supremo. Caímos todos de rodillas, como movidos por un resorte, ante la imagen de María, ofreciéndole el sacrificio de nuestra existencia. Uno de aquellos oficiales, desenvainó entonces su sable y blandiéndolo dijo: «En nombre de Dios Omnipotente, les mando á VV. se callen y se levanten». Levantámonos, y el que tenía la pistola en la mano «Venga aquí el padre que escondió el oro en la casilla»,—clamó con voz enronquecida por la furia. Presentósele el pobre anciano, y sin respeto ni á su sacerdocio, ni á sus canas le abofeteó, le acoceó, escarneciéndole y llenándolo de ultrajes. Jamás con tanta vehemencia habíamos oído velipendiar á ningún hombre! Nunca escandecida la pantera se habrá cebado con más ensañamiento en la inerme víctima.

Mandóle retirarse á un rincón y que se preparase para ser fusilado á las dos horas, y llamó á

Digitized by Google

otro de nosotros. Presentósele el P. Mariano Ortiz con toda la valentía de los antiguos mártires.

—Venga el oro que has robado desde tu permanencia en el país.

—Ni yo tengo oro ni he robado nada en toda mi vida.

—Te mato ahora mismo si no me entregas tu oro—repuso, poniéndole los cañones de la pistola en la frente.

—Máteme V. cuando guste: ya le he dicho que no tengo ni oro ni plata.—Y aquel hombre que parecía engendrado por una hiena, empezó á maltratarle, tirándolo al suelo, acoceándolo por todas partes. Recrudecíase su furor á medida que atormentaba á aquel infeliz. El que lea podrá muy bien imaginarse los vuelcos que daría nuestro corazón dentro del pecho, al ver á un inocente ser tratado como el más indigno de todos los criminales. Más que él quizá padecíamos, pues presenciábamos su martirio y esperábamos que aun fuese mayor el nuestro. La verdad; muchas veces habíamos oído hablar de la complacencia íntima en que el odio se embriaga, cuando contempla al sujeto odiado, sumido en un piélago de males. Hasta en páginas de brillantes escritores habíamos leído tan inhumana sentencia; pero siempre habíamos rehusado creer que hubiera en el mundo seres tan malhadados que osaran cifrar su dicha en las desventuras ajenas. A lo más—pensábamos—habrá un paréntesis de quietud en el desplacer contínuo que

Digitized by Google

el odio engendra; mas ante el espectáculo que estaba hiriendo nuestros ojos donde cebábanse complacidos los instintos más feroces, casi llegamos á convencernos de que nada había más positivo que aquella máxima aterradora.

Sucedieron al martirio del P. Mariano varios otros muy parecidos ó iguales en que dominicos y agustinos revelaron que aun latía muy potente en sus almas el espíritu gigante de sus Fundadores; donde se desarrolló más que emulación santa, un como combate de virtud entre unos y otros, que debió ser aceptísimo á los ojos de Dios. Y aunque renunciamos á describirlos; pues harto monótona es de por sí la desgracia, hemos de mencionar uno de éllos, en que si hubo exquisitez y refinamiento en la tortura, también hizo brotar en nuestra alma un manantial de consuelo. Nos referimos al martirio de nuestro P. Zallo. Fué el caso que, habiendo hecho mención de él una de las infelices víctimas, encaróse Villa,—que este era el bárbaro atormentador,—con los soldados que lo observaban todo desde la puerta, y les dijo: «¡qué venga ese provincial», y á los cuatro minutos tuvimos la satisfacción inmensa de que aun vivía y que como el vivirían el Sr. Obispo y los demás religiosos. Todas aquellas detonaciones no habían sido otra cosa que un espectáculo terrorífico para causar en nosotros la desesperación de la vida y hacer que soltásemos de una vez no sé qué imaginarios tesoros. ¡Mentira parece que se nos juzgase con

Digitized by Google

tanto apego al vil metal, donde con tanta indiferencia lo habíamos hollado!

Desfallecido aquel hombre de tanto herir, escarnecer y maltratar dejónos por fin hacia el caer de la tarde. Retiróse con él toda la patulea de oficiales y soldados y nosotros apresurámonos á dar la enhorabuena á los que, como éllos mismos decían, habían tenido la honra de padecer por Jesucristo. Supimos entonces que con el Sr. Obispo no habían pasado de colmarle de insultos; y que á Nuestro P. Zallo se le había maniatado brutalmente y arrojado al suelo, boca abajo, donde sin poderse mover, le habían maltratado horrorosamente, como asimismo á los cuatro religiosos que le acompañaron; que los tiros oídos por todos habían sido disparados sobre éllos, habiendo quitado previamente las balas á los cartuchos. ¡Qué entretenimientos de gente culta y civilizada, como ellos se proclamaban á voces!

Tal es la fiel pintura de aquella verdadera acta de martirio, con que Dios fué servido de templar nuestras almas para sufrir por su amor el sinnúmero de vejaciones y tormentos que todavía nos aguardaban.

Con no haber cenado aquella noche, pues el tribunal que era de donde nos venía el suministro, no se desvelaba por unos cuantos infelices, durmióse no obstante tranquilamente, debido sin duda á la quietud interna que la pasada tempestad había dejado en todas las almas. Es una de las satis-

Digitized by Google

facciones más puras la del cumplimiento del deber, cuando éste impone la abnegación y el heroismo. ¡Bienvenido aquel huracán que si amagó acabar con nuestra existencia, también templó el acero de nuestros corazones para que no se arredrasen ante los golpes repetidos de la desgracia! Después de todo, aquella como visita de Dios á nuestras almas, habíalas regalado con rastreamientos del paraíso.

Al día siguiente tampoco el tribunal trajo socorro ninguno y gracias á los soldados que teníamos de guardias y que se enternecían al vernos en tan completo abandono de los hombres, pudimos tomar de desayuno un poco de pan y mantequilla. Aquellos buenos muchachos, saliendo por las tiendas de los chinos, lo habían comprado con su dinero, ó lo habían pedido de limosna para nosotros. Quisiera recordar el nombre de un sargento de la provincia de Cavite, que repetidas veces practicó con nosotros esta obra caritativa y á quien en cierta ocasión vimos derramar lágrimas, condoliéndose de nuestra miseria. ¡Cuántas veces oímos de boca de aquellos infelices, á cuyo corazón generoso aun no había llegado la labor sectaria, protestas de compasión y de cariño asegurándonos que ninguna culpa les cabía en lo que se estaba haciendo con nosotros! Que no tuviésemos miedo por nuestra vida; que no se daría el caso de que les mandaran hacer fuego sobre nosotros; pero que si se diese, arrojarían el fusil al

Digitized by Google

suelo antes de cometer tamaño delito! Y no se crea que estos eran uno ni dos; eran varios de las provincias tagalas y casi todos los de Ilocos y Pángasinán.

Y decíase que el indio nos odiaba y aborrecía con todas las energías del alma! Ah! si la opinión del país, cuya encarnación eran los sentimientos de aquellos soldados, arrancados á viva fuerza de sus hogares, prevaleciese y fuera la directora de la revolución filipina, ¡en qué honroso puesto habían de quedar esos *odiados frailes*, contra cuya pretendida ambición ha forjado la envidia, espoleada por bastardías de secta, tan espeluznantes versiones y tan inverosímiles novelas! Pero volvamos la hoja, y dejemos que mejor tajada pluma se abra paso por entre las pasiones humanas, poniendo las cosas en su debido punto y disipando con ráfagas de verdad las manchas y lobregueces de la mentira. Ya hemos dicho que sentimos mucha repugnancia en remover fango y que no sabríamos hacerlo con la serenidad y delicadeza que el asunto requiere, sino lanzando á roso y velloso anatemas y maldiciones, hiriendo por ventura á determinados indivíduos.

El día 29 de Agosto fué la vez primera en la vida que sentimos hambre. Y hambre tuvieron también todos los compañeros de desventura, incluso el Sr. Obispo. Ninguna cosa de alimento nos remitió el tribunal aquel día, y nada permitió que se nos trajese de casas particulares; antes bien publi-

Digitized by Google

cóse un bandillo, prohibiendo que nadie se acercase al convento. ¡Día fué terrible! El cuadro del hambre que con tan vivos colores acertó á trazar uno de nuestros poetas, desplegábase ante la fantasía en todo su terrorífico aspecto, excitándola febrilmente; pues no era aquel hambre de las que esperan harturas. A veces hasta apretaba convulsivamente los párpados, creyendo que por los ojos entraban aquellas acongojadoras representaciones, y una luz vivísima las ofrecía entonces á la imaginación en sus más desesperantes pormenores. Compañeros hubo que recogían del polvo los pellejos de los plátanos, y los comían con avidez como si fuesen regalados manjares...

Y la sangre llegaba hasta helarse en las venas, presintiendo ya encima el azote y sin poder abrigar más esperanzas de auxilio que las del cielo. No fueron estas vanas: el cielo vino en nuestra ayuda, pues el día siguiente 30 de Agosto, el muchacho del Sr. Obispo, andúvose todas las horas del día, merodeando para nosotros de casa en casa, y al oscurecer llegó con recursos suficientes para acallar por entonces los escozores del estómago que iban creciendo como la espuma.

Divulgóse rápidamente por el vecindario de Aparri el rumor de que padecíamos hambre, y algunos personajes influyentes debieron hablar con el comandante de las fuerzas, allí destacadas, para que no tuviese efecto el susodicho bandillo. Lo cierto fué que en los días consecutivos ya empezó

Digitized by Google

á acercarse la gente al convento, cuando con racimos de plátanos, cuando con una fuente de pescado frito, una sopera de tinola ú otro cualquier condumio, con que junto á la escasa ración de carne y morisqueta que nos mandaba el tribunál, pudimos ir trampeando, con los estómagos nada llenos en verdad, pero sin sentir las agudas dentelladas del hambre.

Entre todos los que contribuyeron con sus limosnas á aliviar nuestra aflictiva situación, merecen un lugar distinguido D. Lorenzo Dehesa, Magistrado de la Audiencia de Vigan, que dócil á generosos impulsos de su corazón, nos mandaba todas las mañanas cincuenta y tantos panecillos que sabían á gloria, y la familia de D. Antonio Pablo que entónces y después, ingeniábase de modo que todos los días tuvimos que agradecerle nuevos beneficios. Favores son estos que no se borrarán de la memoria; pues si los favores deben ponerse siempre sobre el corazón, mucho más cuando se hacen sin miramiento ninguno de recompensa, como entonces sucedía.

Ni un solo día de cuantos en Aparri permanecimos dejóse de molestarnos; cuando no era el comandante, era algún oficialete. Después de habernos robado dinero, alhajas y ropas, ya solo nos quedaban las maletas medio vacías y hubiéronse de encariñar con nuestras maletas. Un día venía un sargento y decía que de orden del jefe le prestasemos una de tales cualidades; el mismo por la tarde, ó el siguiente venía un cabo y decía que de parte del

Digitized by Google

oficial zutano le diésemos otra de cuales condiciones. Estas comisioncitas duraron mientras hubo maletas de algún valor. Luego que ya no había qué quitarnos, no se asomaba nadie al convento, con lo cual dicho se está, que nos bañábamos en agua de rosas. Maldito el agrado que nos causaba tanto ir y venir con exigencias de unos y otros; pues excepción hecha de los centinelas que solíamos tener de guardia, nadie se acercaba para bien á nosotros. Cada vez que veíamos á alguna persona desconocida subir los tramos de la escalera, parece que se nos clavaba una espina en el corazón.

Digitized by Google

CAPÍTULO VI

Vía dolorosa.—Un hombre que era un oro...—Los Misioneros de Batanes.—El Capitán lavandero.—Recuerdo del claustro.

Permitíase ya, como dejamos dicho, á los pobres indios acercarse á nosotros con alguna cosilla que agradecíamos infinito por el generoso afán que mostraban en hacer nuestra penosa vida más llevadera. Ya por lo tanto el espectro escuálido del hambre que erguíase ante los ojos de la imaginación, parecía haberse desvanecido. Mas hé aquí que una tarde el Comandante de la fuerza intima al Sr. Obispo la orden superior de que nos dispusiéramos todos para á la mañana siguiente embarcarnos, con destino á algún pueblo de arriba. ¡Cuán honda impresión causó en todos la inesperada nueva! Sobre todo para los que acariciaban la ilusión de poderse embarcar en el «Clara» que era esperado de un día á otro, debió ser dolorosísima. Su castillo de risueñas esperanzas acababa de dar en tierra, socavado por los cimientos.

¿Qué se querría hacer de tantos desgraciados? Todo se volvía conjeturas, á cual más pesimistas, abrevando los ánimos en acibaradas corrientes. Sin

Digitized by Google

embargo, así le placía al cielo, y la conformidad surgía entre las inquietudes del alma, llevándonos hasta á bendecir aquel cúmulo de tribulaciones y pesadumbres, crisol de donde nuestra paciencia saliese pura y acendrada.

Con el alborear del día 15 comenzó el ruido en el convento. Dudábase que se nos permitiese llevar más ropa que la que uno á hombros pudiese, así que cada cual hateó lo más que pudo en su respectivo envoltorio; y á las nueve de la mañana, con un calor de justicia diósenos la orden de partir.

Era de ver á cada religioso con su hatillo de ropa á cuestas marchar por la plaza y calles del pueblo, llenos de santa resignación y tan contentos de verse de aquella facha por las semejanzas de aquella vía dolorosa con las escarpadas cuestas del calvario. ¡Y cómo los santos recuerdos de la Cruz aligeraban la carga que pesaba sobre nuestros hombros!

La gente, agolpándose en las encrucijadas del camino, tendía sobre nosotros miradas compasivas, en muchos ojos humedecidas con llanto. «No lloréis, no lloréis sobre nuestros actuales infortunios—pensábamos tristemente:—llorad más bien por vosotros, llorad más bien por vuestros hijos. Ved que sobre los techos de vuestros hogares cerniéndose está ya una tempestad de desventuras. No os fiéis del bullicio y algazara que hoy se nota por doquier, celebrando lo que llamáis vuestra redención. Ese día risueño con que soñáis, y cuyo sol centellea ya en vuestra fantasía con reverberos de gloria ¿amane-

Digitized by Google

cerá? La manera como el sol se pone, coloreando las lejanías del cielo, presagia distintamente lo que ha de ser el siguiente día. La manera cómo España desaparece de este país ¿augura nada bueno? Esa por vosotros tan suspirada hora, que tan locas esperanzas os hace concebir, ¿habrá ya sonado en el reloj de los tiempos? Habéis roto una coyunda que nunca ha sido gravosa, por más que vociferéis, pero quizá aherroje vuestro cuello otra, cien veces más terrible».

Abismada la mente en estos fatídicos presentimientos, llegamos á orillas de río, frente al vapor «Antonio López» que, arrastrando en pos de sí larga hilera de *biráis*, debía conducir, se ignoraba dónde, á todo el elemento español que había en Aparri.

Aglomeróse allí un gentío inmenso, llevado de esa curiosidad que, contradiciendo la naturaleza, ha excitado y excitará siempre la desgracia. Con harta confusión fuimos trasladándonos á bordo, del vaporcillo el Sr. Obispo y varios personajes de representación, y de los *biráis*, todos los demás, señoras chiquillos, religiosos y militares. Enbanastósenos allí de igual modo que si fuésemos vil mercancía, púsose á cada embarcación de aquellas una guardia de seis ú ochos soldados, porque diz que se temía una conspiración, pitó el «Antonio López» y río arriba todo el mundo.

Antes de despedirnos de Aparri es preciso confesar que varios habitantes de este pueblo, los ilo-

Digitized by Google

canos especialmente, nos llevaron á bordo cuanto pudieron: pan, latas de sardinas, plátanos y tabaco. Y gracias á estas limosnas comimos los religiosos aquel día; pues si bien se dijo que había para todos abundancia de carne y morisqueta, la verdad es que de los que íbamos en los birais nadie se acordaba.

En Lal-loc donde había fijado su residencia el coronel, jefe de las fuerzas revolucionarias, consiguieron quedarse algunos españoles, entre ellos Polo de Lara y su consabido cortejo. Mientras desembarcaron éllos con su impedimenta echósenos la noche encima, y, qué noche aquella, tirados en el fondo de los *biráis*, cual si fuésemos desecho inservible de cualquiera cosa! La humedad, que penetraba hasta los huesos, impidió que el sueño plegase sus alas sobre nuestros ojos, y esperábamos con avidez la mañana para emprender de nuevo la subida á donde á Dios le pluguiese llevarnos. Llegó por fin envuelta en tupidos cendales de niebla, que se plegaban sobre la llanura del río, dejando caer sin cesar á modo de desmenuzada nieve. Aquel rocío nos helaba. Pitó el vaporcito de nuevo y después de una mañana humidísima en que no cogimos una fiebre palúdica que nos llevase al sepulcro, acaso porque Dios nos reservaba para penar más hondo, llegamos á Alcalá, hacia la mitad del día, cuando era el ambiente un haz de rayos abrasadores. Dijéronnos que habíamos llegado al término de nuestro destino y que desembarcásemos inme-

Digitized by Google

diatamente, porque queríase llegar á Tuguegarao con el resto de los españoles aquel mismo día.

Y héteme de nuevo á los religiosos, con su envoltorio de ropa á cuestas, trepando por una rápida pendiente con casas á ambos lados, en alguna de las cuales leíase el rótulo «Calle de la Escolta.» Aun estaba engalanada con los arcos triunfales erigidos para recibir al catipunan, llenos todos de rimbombantes letreros muy coloreteados, alusivos á los flamantes redentores. Bien menester habíamos de resignación por aquella difícil calle, rendidos de cansancio y de sudor, sirviendo de espectáculo á las gentes ociosas que por desgracia en Cagayán abundan.

Condújosenos al convento en cuya caída estuvimos formados de dos en fondo, lo mismo que si fuésemos soldados, mientras se daba el recibo de nuestra entrega al oficial que nos acompañaba dándonos al fin el grito risible de «rompan filas.»

Nada halagador podíamos augurarnos, dada la manera bufa de recibirnos: y eso que el jefe local, alabando sus agujas, nos contaba que varios españoles que allí había tenido bajo su custodia sentían en el alma tener que subir á Tuguegarao; pues los había regalado á mesa y mantel en su propia casa; que á nosotros nos acontecería lo propio, pues harto habíamos ya sufrido y pasada era la época de los atropellos. Por el pronto serenóse un poco nuestra agitación: aquella palabrería venía al fin de labios de un hombre.

Digitized by Google

Con efecto llegó la hora de comer y vimos con verdadera satisfacción que al Sr. Obispo y algunos padres, sin duda recomendados, se les puso mesa aparte, sirviéndoles suculenta comida. La que se nos dió á los demás no fué ni abundante ni buena; pero como ya nos clareábamos de hambre, hubo de sabernos á gloria. ¿Sería que Dios, aplacado en sus iras, se habría ya compadecido de nosotros? Bien luego se hubieron de sentir algunos desengaños. Por de pronto la primera noche ya no pudimos dormir, debido á lo que no puede llamarse otra cosa que tontería. ¡Cuidado que eran ridículos los incesantes ¡alertas! con que nos atronaron hasta la aurora aquellos majaderos de centinelas, apostados como guarda-esquinas á cada una de las del convento! Ni que estuvieran ante las avanzadas del enemigo.

Una mañana, á las tres ó cuatro de nuestra permanencia en Alcalá un grito amenazador retumbó por los ángulos del convento, llamándonos á formar de dos en dos en la caída.—¿Qué ha pasado?—Nos preguntábamos al oído unos á otros. Nadie se explicaba aquel cambio tan brusco de decoración. Nadie esperaba que tan súbito se desatase aquel hombre en una ventisca de improperios contra nosotros. ¿Habríase vuelto venático? Mientras, á guisa de reclutas que aprenden la instrucción, permanecíamos en las filas de dos en fondo, unos cuantos soldados de policía nos registraban los envoltorios de ropa, arrebatándonos cuanto se les antojaba; y él, el hom-

Digitized by Google

bre de las promesas, que era un oro patitas y todo, agitábase como tribuno gárrulocuente y entre gestos y ademanes de energúmeno, vibrando muy ridículamente un puñal que tenía en la mano, decía que era masón, que alardeaba gloriosamente de serlo; que la masonería era la que había derribado á los frailes; que Moraita era un gran hombre, una lumbrera de Filipinas y que todos nosotros éramos unos hipócritas y unos bandidos y que él nos pasaba por.... ¡Habríase visto indecente!

Desde aquel día en adelante todas las mañanas venían dos parejas con un sargento carifruncido, de ojos ensangrentados y mirada amenazadora, que gritaba desaforadamente, llamándonos á formar. Nos contábamos militarmente, cerciorábase de que nadie se había fugado, y «¡rompan filas!»

Todas estas pampiroladas, dicho se está que eran tomadas á risa y á chacota: no podían ser tomadas de otro modo. Con semejantes comedias tomadas á pecho, había para morirse uno de asco.

Así, y comiendo un día mal y otro peor, lo fuimos pasando en aquel pueblo; donde alguien había imaginado encontrar el oro y el moro. De cuando en cuando una ventolera intempestiva de parte del *ínclito* Fernando, según los menguantes ó crecientes de sus lunas y á vivir, si vivir podía llamarse aquel monótono sucederse de aflicciones y pesadumbres.

Uno de los días últimos de Septiembre vimos que subían del río, conducidos hacia la Casa con-

Digitized by Google

sistorial unos cuantos compatriotas, que al poco rato vinieron á incorporarse con nosotros en el convento. Eran los padres misioneros de las Islas Batanes.

El día mismo de nuestra subida para Alcalá, el «Compañía Filipinas», el vapor de más negra historia que cruza estos mares, el mismo que allá por el mes de Junio había sido sangriento teatro donde se asesinó alevosamente y á traición al capitán y á los pilotos por ser españoles; el mismo que en Aparri nos había hecho prisioneros á nosotros, como anheloso aún de más fechorías, zarpó de este pueblo para las Batanes, llevando á bordo dos compañías catipuneras al mando de un comandante. El objeto de los expedicionarios era implantar en aquellos pequeños pedazos de tierra su dominación fugitiva.

El día 18 arribaba el «Filipinas» á aquellos oasis de paz y ventura, donde se ignoraba en absoluto, cuanto en el país estaba aconteciendo. No quiero detenerme á narrar los pormenores de la escena sangrienta ocurrida en la Casa-gobierno. Bien sabido es que el Gobernador estuvo batiéndose algún tiempo á tiro limpio, contra los voluntarios de aquella cabecera amotinados desde su entrevista con los catipunan, hasta que en presencia de su señora é hijos, cayó exánime, lleno de balazos, envuelto en un charco de sangre.

Los sencillos moradores de aquellas playas que, gracias á la posición geográfica, manteníanse puros

Digitized by Google

y limpios de toda levadura masónica, de mil amores conjurasen, si les fuese posible, aquella irrupción turbadora de la paz de sus hogares; pero no pudiendo hacer nada en este sentido, ciñéronse à dar muestras de amor ardiente hacia sus misioneros adorados, rodeándolos de cuidados y solicitudes, para que aquellos viles piratas no los maltratasen ni escarneciesen.

No puedo resistirme al bosquejo de alguna hermosa escena, por donde se ve muy á las claras lo muy queridos que eran los padres en aquellas islas.

Sucedió que el desarrapado catipunan, para cuya hambre de oro ni todo el de Tíbar bastaría, no encontró lo que soñaba en aquellos benditos padres, y amenazó al P. Mariano Gómez, que era el Vicario de aquellas islas, con terribles castigos si no soltaba más dineros. Súpolo el sencillo vecindario, y fué de ver á todos hacer ofrecimiento de cuanto tenían al P. Mariano. Mujeres hubo que se arrancaron de la garganta el rosario de oro que llevaban pendiente, alargándoselo al menguado jefe catipunan que tuvo la avilantez de aceptárselo. ¡A qué precio obtenían aquellas pobres mujeres que no fuesen maltratados sus queridos pastores: deshaciéndose de joyas heredadas que simbolizarían para éllas mil adorados recuerdos!

Cuando á los demás padres se les llevaba prisioneros para Sto. Domingo de Basco, ¡qué escenas tan hermosamente tristes—permítasenos la expersión, aun cuando no sea más que por lo gráfica—

Digitized by Google

acaecieron en los puntos de embarque! La playa cuajábase de gente. Iban á despedirse de los que eran la alegría y el consuelo de sus hogares. ¡Les llevaban á sus queridos misioneros! De improviso la playa convertíase en santuario. Muchas de aquellas almas sencillas caían de hinojos sobre la arena, y llorando á lágrima viva pedían á su padre que por Dios las absolviese; que acaso aquella fuese la última ¡la última absolución en la vida! El catipunan los dejaba completamente desamparados... Con qué abundancia llovería el cielo bendiciones sobre aquellas riberas donde los ojos de los prisioneros permanecían clavados, hasta perderlas de vista escondidas tras de la bruma!

—Divulgóse, un día á los pocos de haber llegado los Padres de las Batanes, el rumor de que dos barcos de guerra, recien llegados á Aparri, traían la misión de recogernos á todos los religiosos. Los que luchando contra la realidad, holgábanse todavía con lisonjeras esperanzas, ya casi se imaginaban libres de aquella angustiosa prisión. «Para la fiesta de Ntra. Sra. de la Merced, que estaba muy próxima, estaríamos sin duda en libertad», pensaban. ¡Dichosos los que se entregaban en brazos del optimismo, echando de este modo en olvido completo las actuales pesadumbres!

Llegó la esperada fiesta y muy de mañana corrióse la noticia de que estaba para llegar una compañía de insurrectos que bajaba de Tuguegarao. ¡Buena libertad nos van á dar los soldados

Digitized by Google

esos, pensamos los que teníamos los ojos abiertos á la desnuda realidad, sabiendo como sabíamos que siempre que pasaba algún oficialete, se creía con perfecto derecho á mortificarnos. Así sucedió en efecto: á las tres de la tarde de aquel día, el jefe de aquellas fuerzas que era capitán, y había sido lavandero de S. Agustín en Manila, vino á hacernos la visita obligada. «A formar de dos en fondo» se nos dijo, y nuestro capitán pasó con ínfulas de emperador por delante de nosotros. Terminada la revista, retiróse á una de las habitaciones del convento y mandó llamar al P. Florentino Fernández, religioso dominico, á quien pícaras lenguas habían levantado una grosera calumnia; y antojabásele al insigne ex-lavandero, oirla confirmada de labios del padre. Como éste naturalmente se resistía á proferir una mentira, mandó á dos soldados españoles, que traía de asistentes, que le azotasen hasta arrancársela á la fuerza.

Imagínese el lector el cuerpo que nos haría á nosotros, estar oyendo aquella nube de bejucazos que caía sobre el inocente religioso. Pero el mártir no cedió ante su bárbaro martirio, antes bien cada vez con más energía protestaba contra la burda invención con que se quería mancillar su honra.

«En cuanto digas que sí, no se te dará otro maltrato»—le decía el capitán. ¡Qué celo más original por la justicia! ¡Cuánto espíritu de rectitud!

Cansado de ver tanto tormento, y viendo que

Digitized by Google

el honrado religioso estaba dispuesto á recibir una bárbara muerte, antes que mancillar sus labios con una mentira grosera, atentatoria de su honor, mandó el ex-lavandero cesar de flajelarle y se dirigió á dónde nosotros estábamos, más pagado de su papel que un príncipe real. Encaróse con el Sr. Obispo, que este día ni al virtuoso Señor se le exceptuó de formar como un quinto en las filas, y en tagalog comenzó á increparle, sacando á relucir rancias historias y paparruchas añejas de cuando había sido párroco de Binondo. Contestóle el Sr. Obispo con energía, haciéndole ver la falsedad de aquellas cuchufletas: y entonces, nuestro capitán, «¿risum teneatis?» estrechóle la mano, obsequiándole con un tabaco, haciendo luego lo mismo con todos nosotros. El caso había sido hacernos ver que era capitán. ¡Ave Cesar...

Al soplo deletéreo de los desengaños íbanse unas en pos de otras marchitándose las ilusiones, y ya en los espíritus más soñadores surgía el más desconsolador pesimismo. Únicamente el Sr. Obispo, sin duda para calmar nuestros pesares, fingía pensar que nuestra prisión no podía alargarse mucho, que los cónsules de las naciones europeas tomarían cartas en el asunto y forzarían á Aguinaldo á concedernos la libertad. Así debiera suceder si el tan decantado espíritu humanitario de las naciones cultas fuese verdad; pero cuando de una manera fehaciente sabe todo el mundo, que la filantropía es una palabra rimbombante, inventada sólo para en-

Digitized by Google

gañar á ilusos; cuando el egoísmo vibra los mejores aceros en las batallas de la política; cuando en los altares del mezquino interés humea sin cesar el incienso que queman los Estados ¿qué importa la vida de un puñado de infelices, empujados por el torbellino de las patrias desventuras al abismo de la más honda miseria? Una ofrenda, un sacrificio más al dios interés, para en el día de mañana tenerlo propicio. ¿A qué forjarnos ilusiones desde el fondo de la desgracia? Ni vale siquiera pensar racionalmente: en cuestiones como la que nos tenía entre cadenas los Estados no discurren, obran nada más; y cuando la voluntad marcha delante del pensamiento, todo le parece poco para arrollado por sus insaciables concupiscencias. ¡Hiélase el alma, desgarrada de desconsuelo, al considerar estas enseñanzas de fin de siglo! Sin embargo nada hay más real en la vida. Todo el mundo las censura, es verdad, pero todo el mundo las practica.

En medio de tan angustiosa situación había un consuelo que esparcía en el alma efluvios de bálsamo dulcísimo, y era el ver aquella paciencia santa, aquella resignación profunda en sufrir y consagrar á Dios en expiación de nuestras culpas aquel cúmulo de tribulaciones. Por ninguna frente cruzaban nubes de abatimiento; antes bien asomaban á todos los rostros reflejos de aquel júbilo íntimo de que nos habla S. Pablo, cuando decía: que su pecho se inundaba de gozo en medio de toda tribulación. ¡Júbilo santo que el mundo ni comprende

Digitized by Google

ni concibe, porque ni concibe ni comprende el mágico influjo del cielo sobre las almas, cuando en lo más recóndito de ellas mora una tranquila conciencia! Muy mucho se nos hizo algunas veces sufrir por aquella santa conformidad con nuestra malhadada suerte; porque en los soldados de policía de Alcalá, despertábase encendida saña, siempre que nos veían riyéndonos ó solazándonos. Su mejor gusto era vernos abrumados de pesar; así que no cesaban de molestarnos con mil varias diabluras. Todos nuestros actos eran una ofensa para ellos. Nos veían pasear por la caída del convento y nos mandaban retirarnos á las habitaciones; nos veían aquí también divertirnos y nos obligaban á salir á paseo. Nadie sabía á qué carta atenerse: y era que en su afán de vernos caridolientes y contrariados no sabían qué hacer, ordenando y contraordenando mil tonterías que, si á ellos les ponían en ridículo, en nosotros excitaban la hilaridad.

Siendo como éramos tantos los religiosos allí recluídos, que formábamos una nutrida comunidad, ocurrió al Sr. Obispo y á varios padres la idea de implantar, en cuanto posible fuese, la vida religiosa de los claustros; idea que fué del agrado de todos, pues únicamente en el cielo poníamos nuestras esperanzas. Desde aquel mismo día rezóse en comunidad el rosario, mañana y tarde, y mañana y tarde se tenían también las meditaciones, estatuyendo ciertas horas de recogimiento y de recreo; por manera que nos vimos de improviso viviendo

Digitized by Google

la vida deliciosa del claustro que toda respira virtud. Aquella vida cuyo recuerdo vive perenne en la memoria, surgiendo á veces en medio del tráfago del mundo, como una imagen arrobadora que arranca al espíritu de lo caduco y perecedero, trasladándolo, siquiera sea breves instantes, á las etéreas regiones donde nada muere, donde todo es embriaguez eterna del alma que siéntese sumergida en un oceano de edénicas venturas. ¡Cuántas veces ese recuerdo embriagador dejó caer á manera de rocío de consuelo sobre nuestros hondos pesares, calmándolos de igual modo que las lluvias calman los mares embravecidos!

Titulábase el libro por el cual teníamos la meditación. «El Consolador de los Afligidos,» obra de oro del P. Lambillote de la Compañía de Jesús. El título pues nos venía de perlas; pero muchísimo mejor nos venía aún su sazonada doctrina, sembrada de máximas sublimes y pensamientos redentores. Nunca habíamos leído un libro en donde tanto se ahondase en el seno de la desgracia, haciendo ver de modo tan claro el hilo de oro por donde la Providencia desata sobre sus predilectas criaturas todos los dolores y todas las desdichas. Y todo enderezado á purificar las almas escogidas, y acendrar en ellas la virtud hasta hacerlas terrero de las finezas del Altísimo. Así que consolábanos sobre manera ver que los males que llovían sobre nosotros no eran sino dádivas y como visitas de lo alto. Bendito sea Dios que venía con

Digitized by Google

aquel cortejo de infortunios á recordarnos que la vida del hombre es un combate donde sólo los que luchan verán coronadas sus viriles frentes! ¿Qué valían todas aquellas actuales pesadumbres comparadas con la seráfica placidez que gozaba un alma, después de rumiar un rato alguna máxima redentora de aquel piadoso libro? ¡Santos infortunios que nos revelaban la nada de la vida y nos adiestraban para combatir y vencer por los lauros de la otra!

Digitized by Google

CAPÍTULO VII

Adiós á Alcalá.—Una verdadera madre.—Odisea famosa.—Episodios semi-impertinentes.

Con el alma hecha un sepulcro donde yacían muertas todas las ilusiones de la vida; pero iluminada á veces con vivos destellos de esperanza en la otra, connaturalizados con el padecer contínuo y á veces hasta anhelosos de que se recrudeciesen los padecimientos por gozar de esa deliciosa calma que, á guisa de exquisita esencia, espárcese en el espíritu, trás de algún gran revés de la fortuna, eran ya pasados treinta días de permanencia en el convento de Alcalá. Aquella manera de vivir remedando, siquiera fuese de lejos, la vida del claustro, iba haciéndose de día en día más llevadera. Las horas de silencio, de oración y de rezo del oficio divino esforzaban al alma á sobrellevar con hermosa resignación las acometidas bruscas de la desgracia. El espíritu como que sobrenadaba victorioso por el mar de tribulaciones que nos rodeaba, rugiente y amenazador, y respiraba auras de más gratos lugares, haciendo apuntar á nues-

Digitized by Google

tros labios una risa despreciadora de las pequeñeces de la tierra.

Cuando en grupos de tres ó cuatro, nos reuníamos en los ratos de recreo, para cambiar impresiones, bien monótonas por cierto, é impregnadas siempre de crudezas y pesimismos, brotaba á la postre de los labios de todos un «¡hágase la voluntad de Dios!» que sosegaba como por encanto todas las intranquilidades y esforzaba todos los desfallecimientos. En ninguna coyuntura de la vida se nota tan al vivo y como que se gusta y paladea la divinidad de nuestra sacrosanta doctrina, como en el seno de la desgracia.

Una tarde, después de la hora de siesta, vimos entrar á Fernando en la habitación del Sr. Obispo con un telegrama en la mano. «Algún notición desagradable tenemos, pensamos, al ver al Ilustrísimo señor algo cariacontecido. Con efecto, en aquel telegrama mandábase que evacuásemos el convento, con el pretexto de que en él iba á establecerse un colegio de segunda enseñanza: y á los frailes que se nos remitiese río arriba á las órdenes de la autoridad militar de la Isabela.

Lo desagradable que fué para todos aquella noticia, traducíase bien á las claras en el mirar de todos, que, si conformes y resignados, no podíamos sin embargo impedir se nos nublare el rostro con ligeras sombras de melancolía.

Aquella orden no podía ser íntegramente cumplida, sobre todo con la premura que requería el

Digitized by Google

telegrama, pues había varios padres enfermos y enfermos de gravedad. Telegrafióse pues al Jefe militar, poniendo lo que pasaba en su conocimiento y suplicándole nos permitiese continuar en Alcalá. El Jefe contestó que no estaba facultado para acceder á que quedasen allí más que el Sr. Obispo y los padres que por la gravedad de sus dolencias estuviesen verdaderamente imposibilitados para subir. Los demás que partiésemos lo más pronto posible.

Ni un punto dudamos, los que teníamos que marchar, de que el Sr. Obispo nos acompañara. El sabía muy bien que con sola su presencia sembraba en nosotros esperanzas y consuelos; que la santa resignación con que él soportaba sus desventuras, nos llenaba á nosotros de ánimo y esfuerzo para afrontar nuestro martirio; que la dignidad episcopal de que estaba investido, enfrenaba un tanto los odios y embotaba las ansias de maltratos y atropellos con que ciertas desalmadas gentes pretendían que sucumbiésemos. Calcúlese pues la tristeza que sobrecogería nuestro espíritu, cuando se divulgó la noticia de que dicho Señor se quedaba en Alcalá, debido quizá á exigencias de Fernando que quería seguir dándose pisto, teniendo á todo un Sr. Obispo prisionero á sus órdenes.

Nada bueno podíamos augurarnos, arrastrando nuestra vida por los pueblos de la Isabela; antes podíamos decir con el Apóstol: que nos esperaban en abundancia cárceles y tribulaciones. Lo que pudi-

Digitized by Google

mos eso hicimos: rendir humildemente nuestro cuello á los fallos de Dios, que sabe y quiere lo que más conviene al hombre y puede convertir las sombras en luz y en caminos llanos y andaderos los precipicios y las fragosidades.

Mientras llegaba de Lal-loc la gabarra—comodísima embarcación en que se nos pensaba hacinar, cual si fuésemos fardos de tabaco—diéronse prisa, los que debían, á disponer las cosas de modo que resultase lo menos angustiosa posible nuestra navegación. Mandóse á los chinos hacer algunos centenares de panecillos, compráronse algunas tinajas de panocha y galletas del país, llamadas *bodigos*, que así se parecen á nuestras galletas como se parece el jamón al más inmundo comistrajo, y con la carne de dos ó tres cerdos—dicho sea sin perdón de nadie porque así es la verdad—diéronse por finiquitados los preparativos de viaje.

Para que ningún pío lector sufra escándalo ante tanto acopio de pertrechos de boca para un viaje por el río de Cagayán, bueno será advertir que además de los prisioneros que ascendíamos á cerca de ciento, iba la escolta de policías compuesta de ocho números con su *célebre* sargento á la cabeza y buen contingente de bogadores, y que para llegar á Ilagán, cuya autoridad militar sería servida de disponer de nosotros, según le fuere en talante, tendrían que trascurrir dos ó tres semanas, bogando en sentido contrario al río, y aguantando guapamente cuantas caricias se le antojase hacernos á

Digitized by Google

la atmósfera, en tiempo como era aquel de lluvias torrenciales. Dicho sea en honor de la imparcialidad, que las Casas consistoriales de los pueblos sitos en las márgenes del río, tenían orden terminante de darnos el suministro que necesitásemos.

Llegó por fin la gabarra, arreglósela un poco poniendo á lo largo de sus costados sendos tablones que, sostenidos por varias cañas, nos sirviesen de asiento; desplegáronse en forma de techos de campaña varias lonas que nos guareciesen de la intemperie, ó atenuasen por lo menos las crudezas de la estación y el día 22 de Octubre muy de madrugada ordenósenos la salida para el río.

Desde el amanecer de Dios había empezado aquel día en el convento el traqueteo y la bullanga. Los que habíamos de partir, andábamos de la ceca á la meca, buscando cuerdas ó bejucos para liar el petate y husmeando dónde se caía alguna panocha ó alguna lata de sardinas con que regalar á deshora nuestros clareados estómagos; y los que se quedaban bullían también por todas partes, ayudándonos en nuestras serviles faenas y algunos—los dichosos optimistas—poniendo en prensa su caletre, á caza de alguna congruencia que nos calmase un poco, haciendo surgir en nuestro espíritu, no tan abierto como el de éllos á ilusiones y fantasías, la esperanza de que no llegaríamos á Ilagan, que algún buque extranjero vendría á reclamarnos; porque ya más retardo no era concebible, y que en algún pueblo de la travesía recibiríamos la orden de volvernos.

Digitized by Google

¡Cuidado que prestábase cuanto nos estaba aconteciendo á delirios y fantasías!

Los policías á quienes estaba confiada nuestra remisión, no cesaban de meternos prisa, voceando y haciendo mil imperiosas muecas, para que nos pusiésemos en marcha. Pusímonos en fila de dos en fondo, tomósenos revista y andando. En la escalera nos despedimos del Sr. Obispo y los padres que se quedaban, teniendo lugar una de esas tiernas escenas, que sólo suelen pasar entre religiosos y en que dando y recibiendo cariñosos abrazos y diciendo y escuchando embalsamadas palabras y bien sentidos afectos saltan por fin las lágrimas á los ojos, calmándose el apresurado latir del corazón que concluye por respirar conformado y sereno á despecho de luchas y contrariedades.

Íbamos á echar mano cada uno de su envoltorio correspondiente y el jefe local, el ínclito Fernando, fingiendo se le hacían las entrañas una lástima, mandó que dejáremos nuestra carga, que, sin faltarnos una tilde, nos la conducirían á la gabarra. ¡Válgame Dios y cómo aquel hombre se desgañitaba, tratando de sincerar sus bellaquerías, diciendo que cuantas molestias nos había causado procedían de orden superior, y que él, el panegirista de Moraita, las había sentido más hondamente que nosotros! A dónde llegaba la vanidad de aquel botarate: á juzgarnos atolondrados chiquillos sin pizca de discernimiento, que pudiésemos persuadirnos de que era un gran hombre por sus arrumacos y

Digitized by Google

garatusas. Si creería que al soplo de los infortunios habrían sido barridos de sindéresis nuestros cerebros.

Formando larga columna de desgraciados y entre mucho derroche de bayonetas caladas, nos encaminamos al río, cuesta abajo, por la misma que un mes hacía habíamos subido con nuestro hatillo al hombro, fatigados sudorientos y entre las miradas del populacho que con mucha extrañeza y no simulada compasión la nunca vista escena contemplaba. Ya á bordo, unos sentados y otros de pie por falta de sitio donde sentarse, permanecimos más de dos horas, mientras se trasbordaba nuestros bártulos á una de las bodegas, siendo blanco de los ojos de la apiñada muchedumbre que, parte por pícara curiosidad y parte por obsequiarnos con alguna cosilla de comestible, rebullían en la playa.

«¡A formar!» gritó el *amable* sargento ya dentro de la gabarra y con santa paciencia de nuestra parte y por tercera vez aquel día, tomónos lista, firmó el recibo que le entregó el jefe local, mandó que rompiésemos filas y los bogadores pusieron en movimiento sus *tequenes*. Ya era tiempo. La gabarra movida por hombros humanos hendía lentísimamente las las aguas y la gente de la orilla, agitando pañuelos, despedíanse de nosotros. Correspondímosles con cariño, y cada cual procuró acomodarse según las perras condiciones lo permitían. ¡Qué ansiosamente deseábamos perder de vista aquel pueblo, donde,

Digitized by Google

ya en el camino de la desventura, nos salieron al encuentro hombres de tan perversa entraña y tan viperinos sentimientos! Jamás habíamos imaginado que este hermoso país, tan merecedor de mejor suerte, pudiera ser asilo de semejantes alimañas. ¡Qué maravilla se escape á nuestra pluma algún reproche ó alguna crudeza, no obstante huir de mojarla en hieles? ¡Era cosa tan terrible ver que alguien se bañaba en agua rosada por mor de nuestros crueles torcedores!

Para bien nuestro y para calma de nuestros justificados enojos, acertamos á descubrir entre la gente aquella de la playa una mujer que con un pañuelo secábase las lágrimas que brotaban copiosas de sus ojos. Era la mujer heróica que, despreciando barbaridades é improperios, había acometido la empresa difícil de que en su pueblo no se nos matara de hambre; aquella mujer que constituyéndose por nosotros en esclava y hasta en pordiosera, había estado sirviéndonos con solicitud de verdadera madre desde el día que pisamos á Alcalá; así que un sentimiento de amor y gratitud brotó fecundo en nuestro pecho y una ardiente plegaria surgió de nuestro espíritu implorando bendiciones sobre aquella santa mujer. ¡Pobre Bárbara! ¡Qué triste de nosotros se despedía!

A qué cansar al que leyere con un minucioso diario de nuestra odisea fluvial, apuntando con escrúpulo todas las peripecias de un viaje mas monótono, que el chirrido de una cigarra en las ho-

Digitized by Google

ras caniculares de los trópicos? Yendo como íbamos escoltados por policía de Alcalá y sabiendo como se sabe el móvil que dirigía todas sus acciones, barruntaráse fácilmente que harían llover sobre nosotros cuantas molestias les fuere posible.

Algunas veces era un soldado que por una leve observación ó una caritativa advertencia, montaba en cólera y trémulo y descompuesto por la ira, corría al sargento, contándole alguna barbaridad y este se sulfuraba, voceando aparatosamente y lanzando amenazas á diestro y siniestro. Otras veces era él mismo que, tomando pretexto de cualquiera ridículez, con desaforado gritar se vengaba de nosotros, mandándonos formar y teniéndonos en aquella actitud á veces más de media hora. Había que verle, mientras así nos tenía, pasear por delante de nosotros con aires de desdeño, estropeando pasmosamente el castellano, pues apenas se hacía entender. Algunos días dejábase de tal modo sugestionar por la cólera que mandaba á los soldados, que cargasen los fusiles, y decía que nos iba á fusilar. Dicho se esté que, durante tan bufos espectáculos por no jugar con el fuego ni irritar los instintos de un salvaje, permanecíamos en actitud silenciosa y de respeto; pero ¡cómo después de pasado el arrechucho nos reíamos de aquel pobrete que con sus ademanes y descomposturas intentaba no respirásemos sino bajo la influencia del terror! ¡Qué lejos estaba aquel bobalías de pensar que

Digitized by Google

para ciertos miedos eran rocas inaccecibles nuestras almas!

No quiero pasar en silencio uno de los cuotidianos incidentes que más asco nos inspiraba y más incomodados nos traía. Siempre que los soldados pasaban por junto á nosotros, clavaban su mirada en nuestros zapatos: si les parecían mejores que los que ellos calzaban nos pedían que se los cambiásemos y si no accedíamos, armaban cerca del sargento la gran escandalera, hasta que conseguían arrebatárnoslos.

Ni fué el temporal á buen seguro lo que menos nos molestó en nuestra penosa *navegata.* Veces hubo en que, recrudeciéndose furiosamente, desmantelaba las lonas que de techumbre nos servían, cayendo á regajales las lluvias sobre nosotros. Algunas noches nos vimos en la precisión de descender á las bodegas, casi herméticamente cerradas, donde, efecto de la humedad y de los pestilentes hedores formados por las vaharadas de la brea y los residuos del tabaco en putrefacción, apenas había quien pudiese conciliar el sueño, teniendo en cambio todos la seguridad de levantarse con una cefalalgia. Añádase á lo dicho una alimentación escasa á veces y siempre sucia y desaguisada y podráse hacer el epílogo de todos nuestros sufrimientos y penalidades. Allí contrajeron algunos disenterías y catarros intestinales que, minando poco á poco su existencia, habían de acabar por borrarles de la lista de los vivientes, y darles sepultura en fosas mendigadas

*

Digitized by Google

á ignorados cementerios. ¡Dios se haga servido de coronar en su gloria aquellos compañeros de malandanzas y fatigas!

Para los pueblos de la travesía no hemos de tener sino loores y parabienes. De las Casas consistoriales se nos servía con la puntualidad posible cuanto á nuestros escoltadores se les antojaba pedir. Y muchas almas buenas venían á la gabarra, trayéndonos tabaco, comida, ropas y para algunos, á quienes conocían, hasta dinero. Así la caridad, dilatándose por los ámbitos de la tierra, hace brotar en todas partes veneros de piedad y dulzura.

Pasamos así doce mortales días antes de llegar á donde, no obstante no prometérnoslas nada felices, estábamos deseando llegar, siquiera no fuese más que por perder de vista á aquellos insufribles dadores de cédulas de vida, que serían todo lo zotes é idiotas que se quiera, pero que en inquirir exquisitos modos de hacer penar, no tenían porqué ser envidiosos de los atormentadores de los primitivos mártires. No hemos conocido gente más inmunda. Con las obscenidades y chicoleos que se permitían hacer y decir no bien divisaban una mujer en la playa, no seré yo quien mancille una sola página, aunque bien pudiera escribirse toda una novela Demi-monde. Había más que para ruborizarse un artillero. Dudo yo que el mismísimo Crates, aquel gran cínico despreciador de las riquezas que llegó á escandalizar con sus obscenidades á la licenciosa juventud ateniense, hubiera tenido

Digitized by Google

osadía y procacidad bastantes para hacer las porquerías indecibles que hizo alguno de aquellos canallas delante de nosotros. ¡Y aquellos hombres decíanse cristianos! Qué pésimo concepto se hubiera formado de los filipinos alguien que por vez primera los tratase! Pero afortunadamente todos los que allí íbamos, sabíamos bien que en este hermoso y cristiano suelo eran aquellos desgraciados una verdadera aberración, una odiosa monstruosidad: perfectas hechuras de la labor de Fernando.

Como en el mundo no hay amarguras que eternas sean; antes bien alegría y dolor, sino juntos y de la mano asidos, síguense mútuamente muy de cerca como queriendo evidenciarnos que la vida es raudal de risas y lágrimas que hacia playas ignotas enderézase, en nuestra penosa viajata á contracorriente del insalubre río, hubo también horas, sino de completo júbilo, por lo menos de calma y placidez, en que nuestra alma, como aligerándose de enorme peso, respiraba deliciosamente, casi olvidada de las desventuras, que, como las aguas á la embarcación, por todas partes la circuían. ¿Por qué no hemos de recordar aquí, aquellos fugaces plazos de los ocasos del sol en los días no lluviosos que, como arroyos límpidos al través de fragantes praderas, pasaban tranquilos y risueños por entre la selva de nuestros pesares?

Rezábase religiosamente el rosario; pura como un aroma volaba al cielo la salutación angélica y en aquellos misteriosos instantes en que abrazán-

Digitized by Google

dose la luz y la sombra, surgen doquier esos ruidos que semejan susurros de brisas y aleteos de pájaros; pero que son en realidad las postreras agonías de un sol que muere, los últimos suspiros de la tarde, rompíamos á cantar alguna plegaria, cuyas notas, al brotar de nuestros labios, remontábanse al etéreo azul, resonando en sus ámbitos como un eco de nuestro dolor que debía ablandar las entrañas del cielo; pues no sé qué de embriagador y divino suspendía nuestras almas, olvidándonos de que vivíamos en las estrechezes de la tierra. No lean esta página los que concibiendo apenas la influencia mágica del divino arte sobre el espíritu, son abiertamente refractarios á los cánticos religiosos: la música alcanza las cúspides del sentimiento, cuando pugnando por encarnar en sus acordes una idea santa y sugestiva, nos hace rastrear las harmonías de la gloria. La flauta de Orfeo atraía irresistiblemente las fieras y hasta los árboles á oir y saborear sus eróticas endechas; nuestras plegarias llegaban hasta enternecer á aquellos despiadados conductores más duros aún que las fieras y los árboles.

Un libro de memorias, como el en que vamos apuntando nuestras más vivas impresiones, no debe ser solamente traslado de penalidades y sufrimientos. Como en la tierra no se dan desiertos sin oasis, no se da el dolor en la existencia sin paréntesis de alegría.

Por más que no sea este lugar muy oportuno para reprochar á nuestros gobiernos su falta de

Digitized by Google

tacto, por no decir su torpeza, en el beneficio y explotación de nuestras colonias, y faltando al sabio consejo del maese Pedro de no meterse en dibujos «porque suelen quebrarse de puro sotiles», no dejaremos sin embargo de advertir que causaba lástima profunda contemplar desde la gabarra aquellas llanuras inmensas que dilátanse á entrambas laderas del río, cubiertas unas de *cogon* y otras de intrincados guayabales que maldito el fruto que reportaban ni al país ni á la metrópoli; pues sólo sirven de campo y madriguera á un mismo tiempo á las manadas de venados, que abundan bastante en aquellos contornos y son objeto de cinegéticas correrías en las que los *calingas* lucen su primor y destreza en el manejo del arco y el tiro de la lanza.

¡Cuántas poblaciones ricas y boyantes podrían alzarse en aquellos lugares fertilísimos si nuestros gobernantes se hubiesen tomado la molestia de hacer algún estudio serio sobre el modo de fomentar una inmigración europea! Esa tierra feracísima de Cagayán en cuyo pródigo seno, oro molido que se deposite, pienso que había de germinar! Porque pasma verdaderamente ver en tanto abandono los pocos terrenos en cultivo de maiz ó tabaco y las cosechas abundantísimas que no obstante se recogen. El día en que sus apáticos moradores, entrando por los caminos de la civilización, sepan crearse necesidades, teniendo como tienen tantos medios de satisfacerlas, no dudo que aquel valle sea

Digitized by Google

de lo más rico y próspero de los prósperos y ricos países orientales.

Y resaltan más la indolencia y la incuria de nuestros gobiernos, si se nota que sólo doscientos mil habitantes, y éstos pobres y andrajosos, vejetan en un territorio, donde podían vivir desahogados y felices cuatro ó cinco millones de humanos vivientes. Pero ya se sabe: en lo que menos se ocupaban algunos de nuestros prohombres, era en velar por el acrecentamiento de la riqueza común de España. Lo que necesitaban era hacer andar al bobalicón de pueblo español con un palmo de boca abierta, y para esto han tenido siempre un ardid y una artimaña ratoniles, rayanos en maravilla.

Digitized by Google

CAPÍTULO VIII

Insolación.—Frase de un yankee.—Cultura revolucionaria.—Esbozo de una tragedia.

Estamos anclados en el desembarcadero de Ilagán. ¿Qué dispondrá la autoridad militar de nosotros? El sargento que había ido á participarle nuestra llegada no acababa de volver. La mañana trascurría fresca y deliciosa, llevando en su regazo las monótonas conversaciones que brotaban de todos los labios, recargadas de colores sombríos. Del choque de impresiones tristes no surten nunca relámpagos de alegría. Las inquietudes y los recelos, al encontrarse por el mundo, son como cristales de diversos arroyos que se juntan y se acrecen.

«A formar y á la comandancia»—grita desde tierra el sargento, en ademán que nada grato nos augura. Calaron sus bayonetas los soldados, tendióse un ancho tablón, á modo de puente levadizo, entre la orilla y la gabarra, y de dos en dos comenzamos á desembarcar. Tomósenos la centésima revista y «marchen», gritó nuestro mal encarado *jepe*, como él mismo se apellidaba, cuando se ponía de mala luna. Y cátenos el que leyere, expuestos por

Digitized by Google

cuarta vez á la pública vergüenza, trepando por la cuesta no muy suave que separa á Ilagan del río. Muchedumbre de gente de todas edades agolpábase á las orillas de la calzada, por donde pasábamos, cuchicheando entre sí y aumentando con sus bisbiseos impertinentes nuestro rubor de contemplarnos en tan mísero porte.

Antes de llegar al edificio, que decían Comandancia, muchos sentimos frío en el corazón: á una de las ventanas estaba Villa, dirigiendo la palabra á dos caras blancas que se asomaban á la ventana próxima y que por el pronto creímos que eran las de dos españoles. Se nos intimó que nos detuviésemos, vueltos á Villa. Imagínese las proporciones que tomaría nuestra vergüenza, allí, á lo largo de una de las calles más céntricas de la población, desarrapados, sucios y tostados por el urente Febol que en todas nuestras confusiones por los lugares públicos, parecía haberse declarado nuestro irreconciliable enemigo.

«¡Qué cambio más atroz»--exclamó inopinadamente el que representaba más edad entre los dos presuntos europeos, rompiendo en seguida á cuchichear entre sí en inglés. Aquella frase sacudió en nuestro cerebro todas las ideas, haciéndonos apreciar toda la rudeza de nuestra desgracia. Fué como el barómetro que marcaba la altura de nuestra caída, caída espantosa, caída de ángeles. La cumbre del bienestar habíase hundido hasta el abismo de la miseria. Ayer erguíase nuestra frente á los cielos,

Digitized by Google

hoy estaba cosida con el polvo. Ayer sonreíanos halagadora la fortuna, hoy azotábanos humillante la desgracia. Ayer ministros del altar, hoy juguetes de la plebe... Pero huelgan las paráfrasis: la frase del americano es suficientemente sugestiva.

¡Y cómo se sonreía la catadura siniestra de Villa, aquel famoso desfacedor de entuertós que tan bravamente probaba las fuerzas de su indomable brazo en gentes inermes y desvalidas! Descoco era menester para tenernos de aquella suerte en una calle pública, axfisiados de calor, nada menos que dos horas cabales; hasta que la sed de complacencias en el ajeno infortunio quedó saciada. ¡Y cruzarnos todavía el rostro con la fusta del vituperio, sin respeto ni ancianidad ni á juventud, ni siquiera á la desgracia que hasta el igorrote respeta! ¡Cielo santo: y qué sierpes tan villanas se arrastran por el mundo!

Después de dos horas de freimiento al sol, y de confusión al desarrebozado insultar de aquel canalla, una clase de tropa leyó en una lista los nombres de cincuenta de nosotros y les mandó separarse de los demás. A los que no habíamos sido nombrados, condújosenos á la escuela pública; donde al poco rato de estar, vimos á nuestros compañeros que pasaban por delante en dirección otra vez á la gabarra. Estos iban á ser distribuídos en los pueblos de arriba y nosotros lo seríamos en los de abajo. Agolpámonos á la puerta, al verlos pasar por enfrente, y henchidos de pena, les dimos

Digitized by Google

y nos dieron un dolorido adiós. ¡Quizá fuese el último! En Alcalá se nos había permitido abrazarnos; aquí ni siquiera estrecharnos la mano, y á algunos ya nunca se la estrecharíamos sobre la tierra!

Era el edificio, donde se nos había recluído, de materiales ligeros: de un tejido especial de caña de Indias que se confecciona en el país; muy fresco para el tiempo de secas; pero muy húmedo y malsano para el en que estábamos que era el de lluvias. Por los millares de rendijas que lo estrellaban, colábasenos el agua algunas veces que era un primor, y otras, soplando el viento, formaba una simfonía capaz de romper el tímpano al más majo... En cuanto á local como se ve, estábamos en nuestras glorias!

Cinco días habitamos en aquel agujereado edificio, esperando la gabarra para conducirnos á Tumauini. El jefe local cuidóse de que nos suministrasen buena ración de arroz y carne de vaca, y lamentábase de no poder hospedarnos más cómodamente. Los soldados que hacían de centinelas, voluntarios de Ilagan, lejos de molestarnos, hablábannos con respeto y consideración. Así que no obstante las pésimas condiciones de nuestra desabrigada cárcel, sentíamos de veras tener que dejarla, cuando ya la gabarra estuviese de vuelta, por aquello de malo vendrá que bueno me hará.

En los breves días de estancia allí, bien por los soldados que nos custodiaban, bien por gentes caritativas que de vez en cuando nos socorrían

Digitized by Google

con alguna limosna, supimos todo lo que los *cati-punan* habían hecho en la Isabela. Aun cuando no sea más que por seguir la verdadera forma de memorias en todos los sucesos que vamos narrando, apuntaremos aquí cuanto por entonces supimos.

Sombra pálida fué cuanto los desarrapados hijos del *pacto de sangre* habían hecho en Cagayán, si se compara con lo acaecido en la Isabela. Aquí es donde la horda revolucionaria, abandonada á sus ferales instintos, cometió crímenes suficientes por sí solos, á atraer la venganza divina sobre una raza que así se dejaba empujar por los despeñaderos de la barbarie.

Había en Cabagan Viejo, primer pueblo de la provincia, un cura ejemplar de cuyas virtudes todos los fieles hacían cumplidos elogios. Pues bien no le escudó su virtud, ni le ampararon las recomendaciones que de él hacían hasta los más tachados de indiferentes é irreligiosos en el pueblo. Después de entrar á saco el convento y robar hasta las joyas sagradas de la iglesia, azotáronle brutalmente con lo primero que habían á la mano hasta abrirle alguna herida en el rostro, que bañó una de sus megillas en sangre. No se aquietaron con esto aquellas desencadenadas furias: querían que el pueblo lo viese en aquella mísera traza, y entre mucho ruido de bayonetas, obligáronle á recorrer las calles de la localidad y hasta alguna de los barrios. Creían de aquella manera llenarlo de confusión, cuando en realidad fué hacerle saborear las mie-

Digitized by Google

les de su martirio; porque ¿cuán hondo consuelo no sentiría en medio de su desventura, viendo que sus fieles, lejos de perderle un átomo de aprecio, al verlo en tan ridículo porte, condolíanse vivamente de la situación aflictiva de su querido párroco?

Las lágrimas que en presencia de nuestra desgracia derraman los que nos quieren, no pueden menos de caer sobre el corazón, á modo de gotas de bálsamo que alivien y endulcen nuestras amargas penas. Y por el P. Segundo Rodríguez, que es ya hora de decir el nombre del virtuoso mártir, sabemos muy bien que se vertió abundante llanto. Varias veces oímos hablar de él á sus feligreses y, lo decimos temiendo ofender su modestia, sólo escuchamos sinceros y acalorados panegíricos. Cuando maltratado y sangriento le vieron recorrer las calles, varias esforzadas mujeres, saliéronle al camino, increpando rudamente á aquellos esbirros desalmados, que ellas conceptuaban salidos del infierno, y tuvieron que acogerse á los hogares, acosadas más que por las bayonetas por el rubor que se les pintaba en el rostro á los rufianescos dicharachos y á los ultrajes soeces de aquella vil soldadesca.

Poco más ó menos sucedió con el párroco de Cabagan Nuevo, P. Deogracias García. Después de haberle abofeteado y acoceado durísimamente, expusósele, de guisa que el pudor se resiste á decir, por uno de los balcones del convento ante la plebe

Digitized by Google

que, aguijoneada por el escándalo, bullía en la plaza. En vano el silencio general de aquella muchedumbre avergonzada que veía á su amado pastor atormentado de modo tan inícuo protestaba enérgicamente contra aquel atropello salvaje, en vano se llevaban muchos las manos á los ojos por no ver aquellas fieras refocilar sus aviesos instintos en lacerar sin piedad á aquel inocente. Aquellos asalariados verdugos, cuanto más se entigrecían, más se les caldeaba la villana sangre, llegando hasta lanzar por los ojos, como llamaradas de infierno que á los pobres indios, tan tímidos de suyo, debían infundirles horrible espanto.

Escenas como estas desarrolláronse en Santa María de Luzón, en Tumauini, en Ilagan, en todas partes donde hubiese un sacerdote español que concentraba todas las aspiraciones de la vida, en inmolar su existencia en aras de la dicha y el bienestar de su pueblo. Así los hombres de la revolución, que no tenían en sus labios, sino las palabras «civilización y cultura,» premiaban el sacrificio de los pobres religiosos que, tan lejos de su patria, de su hogar y de sus amigos, vivían una vida triste y monótona, consagrada toda ella á labrar la ventura de sus fieles.

Cuando el día 15 de Septiembre hacían los catipuneros su entrada triunfal en Ilagan, sólo hallaron allí dos pobres frailes. Los pocos españoles que formaban la colonia oficial de aquella cabecera juzgando toda resistencia inútil, habían salido

Digitized by Google

algunos días antes para Nueva Vizcaya, llevándose el digno Gobernador D. José Pérez todos los fondos provinciales y municipales; fondos que en llegando á Bayumbón, distribuyó á los soldados que allí había, quienes llevaban ya varios meses sin percibir un céntimo. Esto fué lo que llenó de indignación á Leyva, jefe de las huestes revolucionarias: y no hallando á mano al Gobernador para en él descargar sus iras, mandó á Villa con una compañía al convento, y que se ensañase villanamente en los RR. PP. Romualdo Aguado y Domingo Campo. Aquí ya no hubo sólo palizas. Queriendo sacarles dinero que no tenían, infligióseles el tormento del agua, pero de un modo desusado y brutal.

Tendióseles en el suelo, arrojándose sobre éllos para sujetarlos un tropel de sayones, y mientras por medio de un cañuto, que les tapaba boca y nariz les echaron á cada uno un par de tinajas de agua, dos de aquellos infames con sendas candelas encendidas, apoyaban su mano en la frente de los mártires, dejando les cayese cera abrasada por los ojos. Al par que esto sucedía, la soldadesca y un puñado de imbéciles, salidos de las escurrimbres de Ilagán, rompían el moblaje del convento y arrojaban por las ventanas la preciosa librería del Cura. Y todo esto acaecía á sabiendas de Leyva, que no cesaba de hablar de «progreso y cultura», dándose porte de hombre civilizado. Mas la república que iban á fundar no necesitaba libros:

Digitized by Google

bastábale con el saber infuso que el espíritu de las logias derramaba á raudales sobre tantos cerebros en ebullición.

Dejamos apuntado que aquel jefe se había descompuesto y enloquecido, viendo que el Gobernador de la Isabela, había sabido cumplir con su deber. Pues bien en Gamut, donde, al frente de su mesnada de esbirros, entró dos días después, recrudecióse horriblemente su saña implacable.

No se contentó con atormentar de exquisitos modos al virtuoso P. Venancio Peña: exígele ante el pueblo atónito y espantado, que reniegue de su fe, que abjure las doctrinas del Evangelio, que se retracte de todas sus predicaciones; y avergonzado ante el heroísmo con que el Padre rechaza sus heréticas imposiciones, viendo que sus ademanes frenéticos, que sus puntapiés, que sus bofetadas, sólo sirven para enardecer el espíritu del mártir, que siente embelesamientos de júbilo, contemplándose maltratado por Jesucristo, dispárale dos tiros de revólver, haciendo la pamema de fusilarlo. ¡Vano empeño! Lo que desearía el Padre era que le fusilase de veras. ¿Cuándo se le ofrecería ocasión más propicia, para sellar con su sangre la fe de sus mayores? ¡Y allí! ante aquel pueblo que de sus labios había oído tantas veces la divina palabra! Mas era aquel cabecilla demasiado cobarde para hacer correr la sangre inocente de un digno sacerdote. Satisfízose con hacer en su sagrada persona mil agravios y porquerías que la pluma que quisiera contarlos, aun velándolos con todos los eufemismos de la

Digitized by Google

decencia, no haría sino dejar en el papel una estela de cieno, sucísima y nauseabunda. Quépale al P. Peña la satisfacción de que todas aquellas ofensas y maltratos son otros tantos timbres de gloria de que puede sentir legítimo orgullo.

Antes de que este día anocheciese, que era el 18 de Septiembre, fué el propio Leyva con un pelotón de soldados á la hacienda, llamada de S. Agustín, propiedad que los hijos de este Santo tienen, algunos kilómetros fuera de aquel pueblo. La hiel que no había derramado en Gamut, volcóla aquí toda, abrevando su sed de atormentar en los humildes religiosos PP. Francisco de la Banda, Gregorio Cabrero y hermano lego Fr. Venancio Aguinaco. No contentándose con los centenares de palos que les dieron aquellos impíos obradores de su maldad, impúsoles también el tormento del agua con nuevos embravecimientos de furor. ¡Triste debió ser aquel espectáculo! Los pobres colonos de la hacienda, unos dentro, otros agolpados á la puerta de la casa, llorando todos á lágrima viva, la soldadesca lacerando despiadadamente á los infelices religiosos y Leyva con toda la frialdad impasible de una raza primitiva, presidiendo la satánica escena!

—¿Cuántas mujeres teníais?—les preguntaba, lleno de furor.

—Ninguna—contestaban los desdichados.

—Decídmelo ó morís.

—Pregunte V. á todos los colonos y responderán lo mismo.

Digitized by Google

—Si decís que teníais alguna, mandaré cesar vuestro martirio.

Pero vano deseo: querer que aquellos religiosos mancillasen sus labios con una tan fea mentira. La muerte sería más dulce. Y aquel corifeo revolucionario se revolvía y agitaba frenético, al ver que toda su furia caía, malparada y deshecha, ante la valentía heróica de tres pobres *frailes*, no obstante hacer que se prolongasen las crueldades y torturas hasta bien avanzada la noche.

Dejemos á este *bravo* caudillo, después de borrar de la hacienda el rótulo «S. Agustín» y suplantarlo con el de su nombre, «José Leyva», continuar su carrera de triunfo Isabela arriba, repitiendo en todos los pueblos iguales ó parecidas escenas, y sigamos la narración de lo acontecido con los Padres.

Al partir dejó ordenado Leyva que todos los Padres prisioneros de aquella provincia fuesen conducidos á Ilagan. Y fué de verlos con su maleta al hombro, subir por la cuesta de Ilagan, que ya el lector conoce, formando un cuadro bien digno de lástima. Recluyóseles á todos en el convento, conforme fueron llegando, y los dos primeros días no tuvieron los infelices cosa de sustancia que llevarse á la boca, padeciendo un hambre horrible. ¿Quién había de cuidarse de éllos, estando como estaba allí de comandante, Villa, aquella sabandija de quien tan á menudo nos vemos obligados á hablar?

Con el pretexto de que había enterrado dinero

Digitized by Google

en la hacienda, mandó que se le repitiese al P. de la Banda el tormento del agua, añadiendo refinamientos de tortura que sólo á aquel diablete se le ocurrían. Lleváronlo á la cárcel y ¡cuál sería la impresión del buen religioso, cuando al entrar, lo primero que echó de ver, fué á sus dos muchachos pendientes de un travesaño, exhalando desgarradores alaridos! Colgósele también á él por los pies y, con la cabeza arrastrando, lleváronlo por diversos ángulos de la carcel, manchándolo todo de regajos de sangre; pues la cabeza llegó á desollársele casi toda.

El día 27 juzgó demasiado cómodo para los prisioneros el convento y ordenó se les trasladase á la cárcel. De aquí se les sacaba por las mañanas á lampacear los edificios públicos, á desbrozar las calzadas, limpiándolas de arbustos y hierbas, y hasta acarrear agua del río. Quien conozca el trayecto desde el río á la cárcel, lo áspero y cuesta arriba del camino, y lo vacíos de estómago que los pobres andaban, podrá imaginar sus fatigas y sudores. Yo les he oído decir que sentían verdaderas angustias de muerte.

Uno de estos días en ocasión en que la maestra de Echagüe se hallaba en Ilagan para asistir á no sé qué festival revolucionario, ordenó Villa por telegrama desde Caric, al capitán de las fuerzas de la cabecera, que encerrase al P. Campo con la susodicha maestra en una habitación para que con amplia libertad «hiciesen lo que quisieran.» Nunca

Digitized by Google

tal hubieran hecho, pues mientras el virtuoso Padre oraba, rocogido en el fondo de la estancia, la india aquella, herida en lo que más amaba, asomábase á un balcón poniendo cual digan dueñas á cuantos catipunan por allí pasaban. ¡Y qué sentidas crudezas no le sugeriría su honor ultrajado, nada menos que por telégrafo!

Da vergüenza tener que apuntar, siquiera sea pasando como por sobre ascuas, rufianerías por el estilo, pero la conciencia obliga á decir la verdad; y la verdad es que los cultos revolucionarios hasta hacían alarde de transmitirse, unos á otros, telegramitas como el de marras. ¡Oh! la educación y la finura y la galantería catipunescas!

Fué Villa á visitarlos el día tres de Octubre y los infelices pensaron que en presencia de tanto dolor aquel indio se enternecería; pero la fibra del enternecimiento estaba muerta en aquel hombre sin entrañas. Efectivamente, después de quinientos palos que unos tenientuchos, recien llegados de los pueblos de arriba, dieron á los PP. Domingo Campo y Eugenio Aguerrizábal, colmándolos de insultos y de injurias durante el apaleamiento, mandó Villa á los demás padres coger cada uno un instrumento de música de los de la banda de Ilagan y salir tocando á la orilla del río, para recibir dignamente á Leyva que regresaba victorioso de Nueva Vizcaya. Figúrese el que leyere con qué hermosos espectáculos se regocijaban los conspícuos héroes de la República! Hasta la misma plebe, á quien suele

Digitized by Google

siempre divertir el escándalo, esta vez se escondía avergonzada, dándose el caso de que al pasar los soldados, escoltando la triste *charanga*, se cerrasen de golpe muchos balcones y ventanas, como protesta contra aquel salvajismo desenfrenado que así sacaba á la vergüenza pública las lindezas de la revolución.

Cosa de dos días antes que viniese Leyva, habían llegado con las manos fuertemente atadas el Gobernador D. José Pérez, el P. Cipriano Diez, y el infortunado registrador de la Propiedad de Tuguegarao D. Facundo María de Soto. (1) Al primero traíanle para que rindiese cuenta de sus funciones en el gobierno de aquella cabecera y á los otros dos por haber huído de Cagayán, cuando aun no habían caído en las garras del catipunan.

Habían tenido ya que sufrir buenas palizas, donde fueron capturados; pero Leyva les había dicho que pensaba fusilarlos y en esta convicción entraron los infelices en la cárcel de Ilagán, donde por orden de Villa se les puso en el cepo, boca abajo, no sin propinarles antes en el convento una so-

(1) Este desventurado compatriota nuestro, fué reclamado por algunos revolucionarios de Tuguegarao, y junto con el P. Cipriano Díez, que también lo había sido, salió para dicha cabecera, cuando ya las furias de Ilagan parecían estar cansadas de martirizarlos. Allí se les encarceló en el colegio de los Padres Dominicos, á donde todos los días iban sin falta unos cuantos sicarios á complacerse en atormentarlos, hasta que el pobre Sr. Soto, saltado un ojo de la órbita, y llagado y contundido todo su cuerpo, viéndose claramente que sucumbía, víctima de tantos atropellos, fué conducido á una casa particular, donde al poco tiempo dejó de pertenecer al número de los vivos. ¡Dios le haya acogido en su seno!

Digitized by Google

lemne paliza. Lo que en el cepo hubieron de padecer los ocho días con sus respectivas noches que de aquella guisa se les tuvo, no es para contado en sucintas memorias, en las que sólo aspiro á reflejar, siquiera sea pálidamente el espíritu menguado de la revolución filipina. Mas sí diré, que unos salvajuelos, abortos de la naturaleza, pues en tan tiernos años tanta crueldad es inconcebible, se entretenían en saltar y remecerse sobre las pantorrillas de los pobres encepados, quienes sentían descoyuntárseles los huesos.

Lleváronlos á la comandancia varias veces para experimentar en ellos mil finuras de martirio. Huelga decir que al par los llenaban de groserísimos ultrajes. Uno de los días que más se encolerizaron con éllos, corrido Villa ante los heróicos ejemplos de virtud cristiana, que en el padre y el gobernador iba descubriendo, de tal modo le cegó la saña, que él mismo cogió un fusil y empezó á descargar en éllos tan recios culatazos, que ambos juzgaron llegada su última hora. ¡Fué entónces de ver á D. José postrarse de rodillas, pidiendo á su compañero de martirio la absolución y á éste dársela fervorosamente al compás de los golpes que recibía! ¡Qué escena tan dulcemente encantadora! ¡Qué virtud tan grandiosa la de nuestra fe para hacer contemplar con frente impávida el espectro horrible de la muerte! Precisa era toda la ruindad de alma de Villa para no conmoverse ante el cuadro que ofrecían dos infelices españoles, que

Digitized by Google

emulábanse mútuamente, derrochando tesoros de heroísmo cristiano!

Cuando de nuevo se les condujo al cepo, exclamó D. José, emocionado por la hermosa resignación que en su pecho sentía: «¡ahora se sabe lo que es ser católico!» Frase bellísima que nos complacemos en apuntar para honra de aquel gobernador, que era perseguido por defender hasta el postrer momento la bandera española; por no ser como los demás gobernadores, á quienes al decir de Leyva, se les ganaba enseguida con sólo meterles un «puñado de oro en los bolsillos.»

Molestados más ó menos todos los días y luchando á brazo partido con el hambre, retúvose á los padres en aquel matadero—que no otra cosa parecía la cárcel de Ilagan—hasta que el 12 de Octubre, día de Ntra. Sra. del Pilar, por influencia del capitán D. Sabas Horros, hombre que desde un principio reveló ahidalgados sentimientos junto á mucha sensatez de carácter y á quien estaremos siempre agradecidos, se les trasladó á una casa particular, dentro del casco de la población. Aquí ya cambió un tanto su manera de vivir. Una familia, la de D. Juan Claraval, de mucho arraigo entre los indios y general simpatía entre los españoles, rompió por respetos catipunescos y empezó á socorrer manifiestamente á los padres, llevándoles de madrugada todos los días un buen desayuno y cuidando les escasease lo menos posible la comida. No olvidarán nunca los padres la cristiana con-

Digitized by Google

ducta de esa familia, que llegó hasta meter á sus criados de voluntarios con objeto de poder más fácilmente aliviar la situación de los prisioneros.

Hacia los primeros días de este mes infausto, mientras los Padres gemían en la cárcel, en el convento desarrollábase un drama tenebroso, cuyas espeluznantes escenas al propio Montepín infundieran espanto.

El teniente de la Guardia civil don Salvador Piera, comandante del puesto de Aparri, el mismo que al ver inútil toda resistencia, y cediendo á insistentes ruegos de españoles y naturales, había rendido aquella plaza con honrosas condiciones, que después de firmadas el catipunan no respetó, había sido requerido por Villa, autoridad militar de la Isabela. Allí iba á suceder algo terrible que al mismo Piera no se le ocultaba, pues diz que al salir de Aparri corrió á postrarse ante un confesonario, donde con el representante de Dios ventiló cristianamente el importante negocio de su conciencia.

Con efecto, cuando hubo llegado á Ilagan,leváronlo al convento en una de cuyas habitaciones se le incomunicó. Al poco rato tres ó cuatro fieras vilísimas, que no merecen al dictado de hombres, amarráronle con fuertes ataduras y colgáronle de una viga. Entonces comenzaron á acriminarle

Digitized by Google

por haber perseguido á cierto *masón*, sujetándole á los torturamientos más espantosos. La pluma resístese á consignar tantas atrocidades. ¡Tres días se le tuvo en aquella postura, martirizándole sin cesar sus viles asesinos! Aun se nos erizan los cabellos con la representación de tantos crímenes. Los gritos desgarradores que exhalaba aquel desdichado, presa de tan bárbaros tormentos, oíanse en toda la población y llenaban de pánico todos los hogares.

En las altas horas de la noche que eran las escogidas por aquellos alevosos para darle el trato de cuerda; pero de modo tan horrible que todos los cuadros que de esta clase de tormentos, trazaron en patibularias narraciones los calumniadores del Santo Oficio, resultaban palidísimos en comparanza de los detalles atroces con que aquí se practicaba; á cada violenta sacudida, sintiendo desencajársele los huesos: ¡Por Dios, por Dios!—exclamaba aquel infeliz. Y este grito tremebundo repercutiendo en los ámbitos de la cárcel, cuentan los Padres allí prisioneros que les helaba la sangre en las venas.

Al tercer día, cuando aquellas hienas enfurecidas parecían haber saciado su furor satánico; cuando ya le habían metido por los ojos un hierro candente, teniéndolo en éllos hasta dejar las cuencas vacías; el pobre mártir, presa acaso del delirio, gritó que tenía hambre y...—hay que decirlo, porque más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón—uno de aquellos sicarios, cortándole un pedazo de carne

Digitized by Google

del muslo, atrevióse á llevárselo á la boca! Por fin la noche del día siete y ya á horas muy avanzadas unos cuantos miserables sepultaban en la huerta del convento un cuerpo que goteaba sangre caliente y de cuyos labios aun se escapaban gemebundos ayes...

Desde aquella noche las sombras, quizá espantadas de la realidad, corrieron un velo oscuro sobre el asunto—Piera. No seré yo quien lo descorra. ¡Quédense ocultos en el misterio los hórridos pormenores de aquella tragedia, baldón eterno de una raza, y anatema el más terrible de una revolución que no ha hecho otra cosa que sembrar á granel crímenes y salvajadas!

Digitized by Google

CAPÍTULO IX.

¡Otra vez al río!—Historias á vuela pluma.—Una filipina heróica.—Aguinaldos navideños.

La gabarra estaba ya allí esperándonos. Hateamos otra vez los cuatro trapos, que varios carretones condujeron al río, y escoltados como siempre que salíamos á la vía pública, descendimos la ya sabida cuesta.

Río abajo y en tiempo de crecidas, ninguna embarcación por pésima que sea, tarda desde Ilagan á Tumauini, arriba de cinco horas. Pues bien nosotros desatracamos bien de mañana y eran pasadas ya las seis de la tarde, cuando llegamos á nuestro destino. Abandonado el timón á merced de la corriente, la gabarra descendía virando en redondo. ¿Quién podía contar las vueltas que dábamos en cada hora? Añádase á esto que la ración para el día, que se nos había dado al salir de Ilagan, se la engulleron nuestros benevolentísimos conductores y se verá que fué este uno de los

Digitized by Google

más deliciosos días de nuestro cautiverio. ¡Cómo aquella gentezuela de Alcalá se complacía en hacer leña del árbol caído!

Mas respiremos. Estamos en Tumauini, antigua capital de la provincia. De su jefe local se hacen lenguas varios padres dominicos. Al parecer es todo un caballero. Tiempo es ya de que se alivien un tantico nuestros males. ¿Qué importa recorrer las calles de Tumauini en demanda de prisión? Nuestro rubor ya no es tanto como en las primeras exposiciones á la pública vergüenza. A todo se acostumbra uno ¡hasta á ver casi impasible el propio deshonor! Media hora de caminata, y ya estamos en el convento donde se piensa darnos hospedaje. Detuvímonos en el umbral un buen rato; se nos tomó lista, expidióse el recibo de cajón y desfilamos escalera arriba á las habitaciones á que se nos destinaba.

Bien pronto empezamos á ver las orejas al lobo, pues hay que confesar, pese á algunos padres, que aquel jefe local sino era un lobo, por lo menos lo parecía. El mes que hubimos de pasar en aquel pueblo fué mes de contínua prueba. Nuestra ración—la de unos cincuenta y tantos que éramos—reducíase á dos gantas diarias de maiz, medio molido y trece ó catorce libras de carne de cerdo, ensangrentada y mal oliente, como la que comíamos en Alcalá.

Para consuelo de nuestros males dióse una orden de que nos trasladásemos á la escuela, no

Digitized by Google

fuese que viviendo en el convento, no acabásemos de perder nunca nuestras aficiones á la vida regalona. Fuimos pues á la escuela y ¡madre mía! cuán desagradablemente nos impresionó aquel estrecho y destartalado edificio! A duras penas teníamos lugar donde extender los petates. Una de las noches rompió á llover á cántaros y como el techo estaba más agujereado que una criba, no hubo otro remedio que coger cada quisque su petate y rebujándonos en él, buscar los puntos donde fuesen menos persistentes las goteras. Dímonos pues, una ducha á destiempo que, maldita la gracia que hizo á nadie, á no ser que tal quiera llamarse el fuerte constipado que causó á algunos. Cómo estaríamos al día siguiente que el oficial, comandante de nuestros centinelas, sin encomendarse á Dios ni al diablo, dispuso que inmediatamente nos mudásenos á más cómoda vivienda....

Verdad que aquel pobre teniente era tan bueno como indicaba su nombre—llamábase Pío—y que no tenía más de catipunan que las estrellas de las hombreras. Siempre recordaremos gratamente que una tarde, habiendo caído enfermo uno de los religiosos y notando él—Pío—que la causa de la enfermedad no era otra que un hambre calagurritana, lanzó cuatro reniegos contra el jefe local que tan perramente se conducía, y cogiendo dos soldados, fusil al hombro, salió de la cárcel visiblemente indignado. A la media hora los soldados estaban de vuelta, trayéndonos cinco ó seis gallinas y dos api-

Digitized by Google

ñadas pencas de plátanos. ¡El bondadoso teniente lo había pagado todo con dinero de su bolsillo!

En tanto nosotros, cada día de mal en peor, andábamos arrastrados de cárcel en cárcel con un hambre canina, debemos advertir que Leyva y otros que no eran Leyvas glotoneaban de lo lindo, á costa de los pobres frailes, ó por mejor decir á costa de la ardiente caridad de algunas señoras de Manila. Fué el caso que D.ª Sixta del Rosario, mujer de bellísimas prendas, querida y respetada de todo el mundo, sintiendo su ánimo lleno de esfuerzo varonil habló con varias almas caritativas del mismo corte que la de élla, con objeto de allegar recursos para el Sr. Obispo y Padres prisioneros en el Valle de Cagayán. Ella, D.ª Sixta en persona se comprometía á ir al Valle, afrontando contrariedades y riesgos y mejoraría en cuanto pudiese nuestra aflictiva situación. Hasta treinta y ocho cajones de efectos de primera necesidad reunió en pocos días, con los que, á bordo de no sé que vapor, embarcóse para Aparri, más contenta y alegre que un cielo sin nubes.

Pues bien Leyva que no respetaba nada, como si fuese vástago ilustre de una tribu hotentote, la redujo á prisión en Aparri, robándole todos los ricos trofeos de sus heróicos sacrificios; y después de reprocharla insolentemente como si fueran crímenes, sus hermosas virtudes, remitióla de prisión en prisión hasta donde estaba la corte revolucionaria. ¡Tres meses de cárcel le costó á la pobre su caridad ardiente, durante los cuales bendijo á Dios

Digitized by Google

desde lo íntimo de sus entrañas, porque así se holgaba en probar su espíritu!

Rasgos como éste no se pueden alabar con el deleznable idioma de los hombres; porque sólo los puede justipreciar el cielo. No creo que haya nadie que nos censure por estas calurosas alabanzas en honor de esos ángeles de la tierra. Cuando el caminante recorre una senda áspera y cenagosa, castigado en todo el trayecto por hedores y pestilencias, ¿habrá de parecer extraño que se pare á respirar morosamente el aroma delicado de rosas y margaritas, que al azar encontró ignoradas en alguna revuelta del camino?

—Mientras á nosotros todos los percances dichos nos ocurrían en Tumauini, los otros cincuenta religiosos á quienes había cabido la suerte de tomar el pendingue río arriba, pasaban las penas del purgatorio en un gallinero (sic) de Gamut en donde por gran honra se había servido meterlos el jefe local del pueblo; pues tenía órdenes constrictivas de molestarlos cuanto pudiese. Renunció á describir á este gaznápiro, á quien andando el tiempo tuve el disgusto de conocer, porque sería preciso cierto gracejo para pintar la mollera vacía de indio tan romo. ¡Vaya por Dios, y de qué estiradas personas echaba mano el catipunan para desempeñar sus honoríficos puestos! Gracias que en este pueblo había un compatriota de algún ascendiente en el vecindario, quien valiéndose de los amaños é industrias que su compasión le sugería,

Digitized by Google

ingenióse para llevar á los prisioneros comida de su propia casa: de lo contrario acaso los infelices hubiesen perecido de hambre.

Pasados ya varios días en aquella zahurda, llegó—lo mismo que para nosotros en Tumauini—orden del jefe provincial para que fuesen repartidos en grupos de diez ó doce por los pueblos de arriba. Entonces al grupo que se quedó en Gamut, dióseles por prisión la Casa-tribunal antigua, cuya cubierta de hierro distaba tan poco del piso, que, algunos días sobre todo á ciertas horas, abrasábanse como bajo el influjo de una quema. El español aquel D. Constantino Gonzalez no dejó un solo instante de hacer por los prisioneros, cuanto buenamente podía. Justo es que en estas memorias ocupen un lugar distinguido quienes, por socorrer á los menesterosos, no dudaron sacar la cara, arrostrando inquinas y persecuciones, por caritativos y fraileros.

Los que subieron á los otros pueblos, lo pasaron en un principio plus minusve lo mismo que nosotros en Tumauini. Solo hay que hacer una excepción: los de Reina Mercedes estuvieron siempre muy considerados de todos y con libertad absoluta, aun fuera del perímetro de la población. Sin duda el jefe local de este pueblo tenía dos dedos de frente y no quería pesase ninguna mal dición sobre su conciencia.

Al buen comportamiento del Presidente hay que añadir la hermosa conducta del almacenero de

Digitized by Google

la Tabacalera, quien desde la llegada de los Padres, desviviόse porque no les faltase un buen pasar, hasta salir él mismo de rancho en rancho con el fin de proporcionarles recursos. Los Padres á quienes cupo la dicha de ser destinados á Reina Mercedes, siempre sentirán su pecho, lleno de gratitud hacia D. Florencio Cué, quien no se ha perdonado sacrificio de ningún género—hasta el de desprenderse de su propia ropa—por hacerles más llevadera la prisión, endulzándoles las penas y desplaceres, que forzosamente habían de sentir.

Concluyamos ya estos párrafos de enojosas pequeñeces, lanzando cuatro anatemas contra las autoridades locales de estos pueblos: Cauayán y Angadanan. El jefe de Cauayán recreóse en el tormento de los prisioneros sobre todo en el del P. Domingo Campo, que, víctima de tantos atropellos y vejaciones, dió su alma á Dios la madrugada del 26 de Enero, murmurando frases de perdón para todos sus verdugos; y no se murieron los demás, gracias á D.ª Antonia Báñez de Mata, que valiéndose del prestigio que la rodeaba el desempeñar su marido un alto puesto cerca de Aguinaldo, entraba en la prisión, como Pedro por su casa, y poniendo de oro y azul á los badulaques de centinelas, daba á los Padres cuanto menester habían. Y no se circunscribió la caridad de esta mujer á mirar por los que penaban en aquel pueblo: díganlo sino los que estaban en Gamut, á quienes socorrió varias veces; sobre todo el P. José Prada, su cura que había

Digitized by Google

sido, con quien no sabía que hacer la pobre, para aliviar sus males.

En Angadanan, baste decir que el jefe local tenía á gloria que le hubiesen sido confiados cinco infelices Padres para en su martirio solazar crueldades de hiena, cual si pusiera una pica en Flandes con tan execrables villanías. Aquí fué, en Angadanan donde el R. P. Ex-provincial Fr. Juan Zallo, que con tan edificante resignación había sufrido el ser abofeteado en Aparri, con la estrechez del encierro en que se los tenía y los hambrones terribles que pasaban, sintió agravársele cruelmente la penosa afección crónica que había de dar en la tumba con su preciosa existencia.

En vano D. Eduardo L. de la Banda y el Padre Fidel Franco, sus asíduos y diligentes enfermeros, prodigáronle cuantos cuidados y desvelos podían, para ver de sacarle avante y reconstruir aquella naturaleza que se desmoronaba: hacia últimos de Julio de 1899, recrudeciéronse tanto sus dolencias que pidió ser confortado con los Santos Sacramentos y tras de breve agonía, pintada la resignación en su semblante, fué el día 28 del mismo mes á coronarse en el cielo por sus virtudes. (1)

---

(1) Cuando el decreto de libertad del mes de Febrero, una de aquellas farsas archinecias con que el Gobierno revolucionario quería cohonestar su injustificable conducta, bajó N. P. Zallo á Alcalá con varios compañeros, que luego de descubierta la añagaza, tuvieron que tornar á sus antiguas prisiones. Al P. Zallo ya no le fué posible subir. La tunantada del gobierno agravóle en su enfermedad, teniéndole postrado en cama por espacio de dos meses, durante los cuales el R. P. Fidel Larrínaga no se apartó del lecho del paciente, suministrándole

*

Digitized by Google

De los que tuvimos que repartirnos en los pueblos de abajo, los que más tuvieron que sufrir, fueron los que quedaron en Tumauini, (cosa que no dejará atónito á nadie, conocido como es el personaje con quien se las tenían que haber) y después los de Cabagan Nuevo. Estos últimos hubieran perecido de hambre y consunción en los primeros días si las tagalas D.ª Lorenza Roco y D.ª Balvina Yupanco, alias, D.ª Nena, burlando la extrema vigilancia de los guardias, no les hubiesen socorrido con cuanto buenamente pudieron.

Siempre hemos oído hablar á los Padres con elogio de aquellas piadosas mujeres, que en tanto los centinelas ponían de realce su educación grosera y su descoco sin medida, éllas, unas veces por sus criados y otras veces por sí mismas, les introducían por las ventanas de la prisión, con qué pu-

---

todo género de cuidados. Una sola vez le visitó el médico en Alcalá y eso porque D. Paulino Pomar se tomó la molestia de bajar á buscar al de Lal-loc. ¡Bastante caso hacía Fernando de médicos ni de medicinas!

Por el mes de Abril repúsose ligeramente de sus padecimientos, y D. Paulino alcanzó permiso de Tirona para trasladarle á la Colonia Agrícola de Sta. Isabel, donde con la asistencia diaria de un facultativo podría restablecerse por completo. A la subida para dicho punto detúvose quince días en Garita con el tabacalero de aquel barrio, su paisano D. Lázaro Aréchaga, hombre que venía desde algún tiempo prestando á los Padres de Cabagan Nuevo muy valiosos servicios, quien cuidó á N. P. Zallo con sumo esmero hasta su ida á Sta. Isabel, donde tras de varias alternativas de mejoramientos y postraciones, ocurrió el funesto desenlace que todos preveíamos.

Gracias á D. Paulino Pomar y al Administrador de aquella Colonia D. Eduardo L. de la Banda, cuyas bondades para cuantos padres subieron y bajaron por allí, no son para encomiadas en pocas palabras, consiguióse que las honras fúnebres se hiciesen con toda la pompa posible, y que en el Campo santo de aquel pueblo se le erigiese un modesto, pero sólido panteón, destinado á conmemorar su esclarecido nombre. R. I. P.

Digitized by Google

diesen los infelices matar el hambre que les consumía. Hay que advertir que estos Padres estaban bajo la férula de un menguado que, según el rumor público corría, con visos de completa certidumbre, era uno de aquellos sayones que habían martirizado á Piera. Y con esto queda dicho todo.

Verdad es que posteriormente amainó bastante su furia, pero esto fué debido al jefe local de Santa María, D. Luis Santos quien no se contentó con portarse como un digno caballero con los prisioneros que á él le habían confiado, sino que hizo extensiva su bienhechora influencia á los pueblos que pudo. Mas de cuatro veces, y en presencia de los Padres, hizo salir los colores al rostro á aquel valiente de cuño revolucionario. ¡Bien haya D. Luis que por su brillantísima conducta con los Padres prisioneros, se ha aquistado hondas y duraderas simpatías que para él y para su familia implorarán á menudo bendiciones al cielo!

Dediquemos también un cariñoso recuerdo á la familia de D. Juan Picó, quien supo explotar á maravilla los influjos que tenía con la gente catipunera, para con más holgura socorrer á aquellos desamparados padres, á quienes complacíase en sentar á la mesa en su propia casa. Dios le recompensará tan inestimables favores.

—Y ahora reanudemos la narración de lo que por nuestros propios ojos hemos visto.

Sacudido ya el polvo de los zapatos y pidiendo á Dios no volver á empolvarlos en Tumauini, sali-

Digitized by Google

mos la tanda, á la cual me tocó la suerte de pertenecer, para Cabagan Viejo, donde se fijaba nuestra residencia.

La mañana era ya algo entrada. En la distancia de 19 kilómetros que media entre Tumauini y Garita apenas surge un árbol que con su sombra aliviase nuestras fatigas de viaje, aislándonos por un momento de aquel ambiente, caldeado como el de un horno, que quemaba al respirarlo labios y pulmones. ¡Y qué figura sería la nuestra, cabalgando al través de aquel inmenso desierto! Porque hase de tener en cuenta que de los matalones en que íbamos, el que no estaba anquiderribado, era patituerto, ó faltábale un ojo y del otro apenas veía; estando todos ellos no menos enjundiosos y metidos en carnes, que si fueran rocines de molinero. Con lo que dicho se está, que nos hubiese sido mucho más cómodo haber apechugado con el de San Francisco. A buen seguro no se nos hubiese alongado tanto la jornada, ni el pícaro Febo hubiese encontrado tan propicio solejar en nuestra sesera.

Los ojos no andaban nada distraídos con el panorama de aquellos contornos. Doquier los mismos páramos incultos: á veces alguno que otro riachuelo, que precipita su caudal cristalino, fecundando con él las caprichosas márgenes, que culebrean á lo lejos, festoneadas de espesísima vejetación. Tal es la única variedad que ofrecen aquellos paisajes de anchurosas estepas, que amarillentas y calcinadas, dilátanse hasta los ribazos que sirven

Digitized by Google

como de esperontes á la gigantesca Sierra Madre. Allí sí, que se tendía con gusto la mirada. Álzase la sierra aquella á la región de las nubes, ondeando á los huracanes su gallarda cabellera de enormes árboles, despreciadores de los siglos. ¡Es de verla cortar con su cresteria negruzca el horizonte, guareciendo todo el valle de Cagayán de los tremendos maretazos del Pacífico, á guisa de malecón inmenso que, arrancando del Caraballo, nortease toda la costa hasta morir en Punta Escarpada! El día en que empiece á explotarse la riqueza de esta montaña, serán de ver todas aquellas dilatadas llanuras que besan sus pies, convertirse en pueblos prósperos y florecientes, ceñidos de platanares rumorosos y fertilísimos arrozales.

Al atardecer estábamos ya en la casa tribunal del pueblo de nuestro destino. La impresión del lugar no tuvo pizca de agradable; pero hubo de disiparse merced á la regular acogida que nos hicieron las autoridades. ¡Cuánto tiempo hacía que no nos avistábamos con gente cortés y educada, conocedora de los respetos que, más quizá que nuestro carácter sacerdotal, merecía la desgracia que negreaba en nuestra frente!

Aquella noche se nos obsequió con regular cena, pernoctando luego en una de las habitaciones del Tribunal, y al día siguiente fuimos conducidos á la casa que había de ser nuestra cárcel; la única techada de hierro en el pueblo y sin duda una de las mejores, pero demasiado triste por el lugar so-

Digitized by Google

ledoso y agreste en que estaba sita. Sus alrededores son un guayabal espeso por cima del que destácase la descuidada iglesia, en cuyas agrietadas paredes brotan mil haces de arbustos; y á la vera de la cual la alta y pardusca torre yergue su cúspide, ya amagando ruina, como protestando de mirarse en tanto abandono.

Allí ya se nos concedió un muchacho que nos sirviese, bastante rezongón, pero que rezongando y todo ejecutaba las obras serviles de umbral para adentro. La comida no era todavía nada abundante; mas ya no tuvimos que apechugar con la morisqueta de maiz, nada sana para no avezados estómagos, ni con la carne de gruñente, ya medio putrefacta, con la cual y á despecho del hambre, era punto más que heróico arremeter. En suma, que nuestra situación había mejorado un tantico.

A los pocos días de permanencia allí se nos permitió salir á paseo todas las tardes. Solía ser este por las calzadas del pueblo; pero francamente volvíamos á casa más tristes que habíamos salido. A las cinco de la tarde el aspecto de aquel pueblo es el de un Campo santo; las ventanas de las casas ya están todas cerradas y por las calles no transita humano viviente. Un airecillo gris, muy impregnado de humedad, que surge de los cercanos guayabales, hace que allí se albergue todo el vecindario, bastante antes de que descoja la noche sus cendales por aquel melancólico horizonte.

Viviendo pues allí monótona y tristemente, y

Digitized by Google

languideciendo de día en día la esperanza de recobrar la libertad, sorprendiéronnos las pascuas de la natividad del Señor. La gratitud que rebosará siempre en nuestro pecho hacia los ilocanos de Bingoán, uno de los ranchos de aquel pueblo, nos obliga á decir, que aquellos señalados días no transcurrieron tan tristes como pensábamos. Aquella querida gente, recordando nuestra costumbre de repartirles por noche-buena copiosos aguinaldos, desviviéronse porque este año no nos faltará nada á nosotros, trayéndonos hasta confites que más que por su sustancia, por el cariño que simbolizaban, nos supieron á mieles.

Por estos días vino también á visitarnos don Paulino Pomar, jefe de la Casa de la Isabela, de cuyos caritativos sentimientos hemos hablado ya algo, y hablaremos más en ocasión oportuna. Contónos cómo había socorrido á los Padres de todos los pueblos de arriba en la medida que le fué posible y que con el mismo objeto venía á visitarnos á nosotros. Efectivamente puso un telegrama á la factoría de Lal-loc, pidiendo efectos para nosotros y ordenó se nos trajese parte de los víveres que hubiese en el próximo almacén de Auitan. Dios había descendido á visitarnos. Aquello fué ya mejorar de lleno en lo relativo á subsistencias.

Pero no hay miel sin hiel en la vida: el día de año-nuevo, en que á algunos se nos permitió celebrar el santo sacrificio de la misa, fuimos sabedores de que el P. Román Toledo, prisionero en el

Digitized by Google

pueblo inmediato de Cabagan Nuevo, había exhalado su último suspiro, confundiéndose con el postrer aliento del año. Era el primero que rompía la marcha fúnebre hacia el cementerio.

Digitized by Google

CAPÍTULO X

Dolor cristiano.—Orgullo de nación.—Recuerdos y nostalgias.
—¡Filipinas!

Siquiera haya de ser tildado por algunos de sensiblero y quejumbroso, no quiero abstenerme de consagrar algunas líneas á esas congojas íntimas que surgen en el corazón y en el corazón desenvuelven toda su aflictiva grandeza, pasando del todo desadvertidas para los que nada saben deletrear en el abatimiento de una frente ó en la vaguedad melancólica de unos ojos.

En aquel pueblo que más que de morada de seres vivientes, tenía el aspecto de mansión de los muertos;—tantos eran el silencio y la soledad que reinaban en su recinto—parece que respiraban su ambiente propio las desventuras y los infortunios. ¡Cuántas veces en las nocturnas horas, negándose el sueño á plegar sus alas sobre nuestros párpados, nos incorporábamos sobre el tosco petate que de lecho nos servía, para rumiar á solas el pan del dolor y libar toda la amargura de nuestro silencioso martirio! Entonces, en la oscuridad de la noche, pero en pleno mediodía de la conciencia,

Digitized by Google

era cuando mas claro se veía á la Patria adorada, presa por la garra de inmensos torcedores, acreciendo infinitamente con la lividez de su rostro, donde el orto y el ocaso del sol se desposaban un día, la desgracia de tantos prisioneros, sus hijos, que arrastraban su mísera y haraposa existencia de calabozo en calabozo. ¡Ah! con qué dolor se recordaba allí nuestro antiguo descomedido orgullo, ahora pateado como los estropajos del arroyo; y nuestra inexhausta ambición de lisonjas y desvanecimientos patrios humillada ahora por el vilipendio y hasta por la rechifla.

Porque hay que confesarlo: nosotros aquí en Filipinas—y lo propio creo acaecería en las demás colonias que perdimos; pues lo que se toma con el capillo sólo se va con la mortaja—hacíamos gala continua de una grandeza que, sí tuvimos un día; pero que estábamos ya muy lejos de tener. Así quemábamos y contribuíamos á que se quemase incienso en las aras de nuestra vanidad y de nuestro orgullo de nación, aneciándonos de día en día; pero consiguiendo pasar á los ojos de nuestros colonos, como aquella raza de gigantes, que arrancaron á las olas el cetro de la mar, haciéndolas cantar un himno al imperio naciente de nuestras colonias; cuando si algo nos quedaba aún de aquellos próceres del valor y la fortuna, eran no más sus vicios quijotescos que parece mamamos de los pechos de nuestras madres y son uno de los rasgos más característicos de nuestra peculiar idiosincrasia. Por esto,

Digitized by Google

por esto era más crudo nuestro padecer, porque estábamos completamente caídos precisamente ante aquellos á quienes habíamos hecho formar altísimo concepto de nosotros. La vergüenza quemaba con llamaradas de fuego nuestras mejillas: porque ¿quién duda que es uno de los más grandes dolores de este valle de lágrimas la vanidad caída y pisoteada, retorciéndose convulsiva y mordiendo el polvo de su impotencia?

Pero lo que arrancaba más vivos y silenciosos ayes al corazón, eran sin duda alguna los recuerdos del hogar. Ya sé yo que el sentimiento de patria es mucho más grande que el sentimiento de familia; que debe arrojarse por las almenas la espada que haya de inmolar nuestros más ardientes afectos; que todas, en suma, las afecciones domésticas deben callar prudentemente, cuando así lo reclaman los patrios intereses; pero también sabe todo el mundo—y es una antinomia de nuestro modo de ser—que aquellas obran con más empuje en el alma, haciéndonos sentir, según los casos, padecimientos más vivos ó júbilos más intensos.

A medida que los años pasan, agrándanse y embellécense los recuerdos de la niñez y las ilusiones de la juventud. Yo no sé con qué prisma los mira la imaginación, que destácanse á su vista, mejor vestidos de encanto y más sugestivos de embeleso. ¿Qué extraño pues que al surgir como evocados por un conjuro de los escondrijos de la memoria, radiantes de lumbres y flores, y rebosando

Digitized by Google

poder fascinador, amargasen el torrente de nuestras cuitas, embraveciéndolo con aquel su ligero hálito, que, difundiéndose al través de los días, en distinta coyuntura hubiese oreado nuestro pensamiento y refrescado nuestra frente?

La madre que con el bálsamo de sus caricias había angelizado nuestra niñez; el nido caliente del hogar donde sentimos la impresión dulcísima de los primeros besos; el risueño valle donde, jugueteando como las brisas, coronábamos nuestra inocencia de margaritas y de rosas; la fuente cercana en cuyas aguas cristalinas corríamos á apagar la sed, cansados de bulliciosos juegos; el templo parroquial donde aprendimos á balbucir las primeras plegarias; el magnetismo inefable de esas amistades infantiles que, estereotipándose en la memoria, laten perennes en el alma; y quizá hasta las sonrisas de la gloria, sembrando y fecundando toda una flora de ilusiones en la mente, todos estos bellísimos recuerdos de pasados días, hirviendo atropelladamente dentro del alma, lejos de bañarnos en raudales de consuelo, no nos servían sino para acibarar nuestras penas y recrudecer nuestros quebrantos.

En aquellas estancias míseras donde encarcelados gemíamos, ni siquiera alentaba la esperanza, no ya de que resurgiese aquella edad dichosa, querida de las flores y besada por los céfiros; pero ni aun de volver á gozar una ternura de aquella madre, á sentir de nuevo el calor de aquel hogar,

Digitized by Google

á discurrir por aquel frondoso valle, á beber en aquella fuente, ni á hincarnos de hinojos en aquella iglesia donde paladeamos un día el primer maná de nuestra religión augusta. El reducido cielo que con sus diáfanos tules babía cobijado la escena de tanta dichas no volvería á extasiar nuestros ojos con sus encantos. Hacia atrás el horizonte de la ventura para siempre desvanecido, y enfrente la cerrazón de la desgracia, tronando amenazadora. Ni un rayo de luz que se filtrase por la densidad de la siniestra nube, y difundiese su claror sobre las lobregueces del alma. Fuera, el cielo preñado de fatídicas tormentas y dentro, rachas de pesimismo desconsolador, mujiendo como un torbellino. ¡Ay! Cuántas veces sentimos ese fastidio del vivir que pone el tóxigo ó el puñal en las manos de los suicidas! Y cuántas veces, si no nos desengañase la fe que palpitaba en nuestros corazones, no hubiésemos creído resabio de barbarie el poner término á una malhadada existencia!

No, no estamos haciendo retórica: no hacemos más que esfumar el cuadro de nuestros desmayos y de nuestros tormentos. Díganlo sino los miles de compañeros que arrastraron como nosotros las cadenas pesadísimas de una indefinida prisión; aunque mejor que los que sobrevivimos, podrían decirlo los muchos que sucumbieron, víctimas sí del hambre y los brutales tratamientos, que de todo hubo, pero más aún de esas torturas morales que abruman el espíritu, al soplo de recuerdos y de

Digitized by Google

ilusiones marchitas. Cuando las esperanzas mueren en el alma no mueren solas: muere también con éllas el enjambre de dorados ensueños, que viven del mismo aliento de su vida y las acompañan por todas partes á guisa de cortejo amoroso. El corazón queda vacío, pero con ese vacío que es más bien la carga insufrible de la existencia, la laxitud terrible del vivir, el vivir mismo de la muerte.

Pero veo que mi pluma va más lejos de donde mi pensamiento querría. Quizás me dejo arrastrar demasiado por memorias que anhelara, yaciesen envueltas en la mortaja del olvido. Nadie juzgue por estos semi-inconscientes desahogos que llegase el desaliento á entronizarse en nuestras almas. Sólo le conocen las débiles: no las que una vez y otra han sido martilleadas en el yunque de la tribulación.

Nuestro dolor inmenso no arrancó sino bendiciones, de nuestros labios. En la lucidez de nuestra conciencia sabíamos muy bien, que cuando se soporta cristianamente, el dolor no es infierno que abruma v desespera, es purgatorio donde el alma se purifica y se redime, metamorfoseándose en divina. ¡Bendito mil veces aquel dolor que lejos de ser para nuestros espíritus derrumbadero de la desesperación, fué más bien escala de lumbre por donde subían á confortarse con el ambiente de las edénicas alturas! Con tal que el corazón se fortifique en la virtud, ¿que importa que la tribulación are con hondos surcos nuestra frente? Bendita sí, aquella vida que, no obstante ser flujo y reflujo de

inmensas desventuras, vaivén perpetuo de tristezas abrumadoras, á cada hora en el martirio pasada, nos hacía ver germinar en el camino que atrás dejábamos, una nueva flor que engalanaría allende la tumba nuestra corona imperecedera!

Por aquellos días de aburrimiento indecible, considerando las sendas de perdición por las que, como potro sin freno, acababa de lanzarse el pueblo filipino, escribimos con lápiz en las márgenes de un libro de Augusto Nicolás la siguiente composición. Rogamos se nos permita copiarla aquí; ya que hoy se ha convertido en realidad desconsoladora lo que entonces no pasaba de tristísimo augurio. Si otros méritos no tiene, nadie por lo menos le negará el del generoso afán de un corazón noble que anhelaba detener al pobre país en los despeñaderos de abismo por donde bajaba precipitado.

¡FILIPINAS!

¡Cantara yo la espléndida techumbre
que tu suelo cobija y hermosea
como un manto tejido de alma lumbre;

—

ese sol que en tus cimas centellea
y en los torrentes vívidos te inunda
que su carro de luz relampaguea!

—

Digitized by Google

¡Cantara yo tu tierra floribunda
donde en raudales inexhaustos mana
Primavera su plétora fecunda;

esa vejetación rica y lozana
que te baña en color y poesía
como en rayos el sol á la mañana!

¡Cantara yo tu mar, tu mar bravía
que, al romper en tus plantas sus cristales,
te arrulla con su bárbara harmonía;

cantara, en fin, tus brisas matinales,
tus crepúsculos plácidos y hermosos,
tus magníficas noches tropicales!...

¡Cuál entónces mis versos sonorosos,
como el limpio cristal de una cascada,
fluyesen inspirados y harmoniosos!

¡Cómo entonces mi musa arrebatada
hasta donde tu cielo reverbera,
desde allí como alondra enamorada,

en divinas estrofas prorrumpiera,
cantando de tus dones el tesoro
con ritmos de perenne primavera!

Pero los días son m[illegible] de lloro,
no de adularte ¡oh pueblo fili[illegible]
á los ecos de cántico sonoro.

Digitized by Google

Mientras, cual desatado torbellino,
surque tu faz el rayo de la guerra,
alfombrando de escombros su camino;

—

mientras del llano á la escarpada sierra
el acero traidor rompa tu entraña
y en sangre inunde tu bendita tierra;

—

mientras no enfrenes esa impía saña
que hoy ceba tus instintos destructores
en tantos hijos de la madre España;

—

mientras al Dios del Sinaí no implores
que tienda un velo á tu reciente historia,
nunca esperes ni aplausos, ni loores.

—

¿Porqué engreírte con la vana gloria
de ver á tu Metrópoli vencida,
ciñéndote el laurel de la victoria?

—

Aquí España cayó como el suicida
á quien del goce lúbrico el veneno
poco á poco arrancando fué la vida.

—

No surgió un solo ánimo sereno
que al presentir tu arrollador embate
se lanzase á morir, honrado y bueno.

—

¡Sí, bien lo sabes tú! No hubo combate
en que el león ibero haya lucido
el bélico furor que en su alma late.

Digitized by Google

Por viles redes de traición prendido,
en tus manos cayó como el cordero
en los mercados públicos vendido.

—

No fué el atleta histórico, el guerrero
que cae en medio de la lid sangrienta,
herido al golpe de mortal acero.

—

¡Me estremece de horror la vil afrenta!
Espúreos hijos, para quienes nada
es todo el odio que en el mundo alienta,

—

traición hicieron á mi patria amada,
mancillando su honor que aun esplendía
con vivos resplandores de alborada.

—

¡Ay! si pudiese con la sangre mía
borrar ese baldón de tu memoria,
¡hasta la última gota vertería!

—

No, no brotó en los campos de la gloria
el árbol de tu triste independencia:
nació como un aborto de la historia,

—

surgió como un hedor de pestilencia,
como el miasma mefítico de un lago,
como el mal de una pútrida conciencia.

—

No espere nunca el lisongero halago
de inmarchito laurel tu saña impía,
nacida para el luto y el estrago.

Digitized by Google

Ni sueñes que la gloria te sonría;
que la revolución es el castigo
que Dios á un pueblo delincuente envía.

—

¡Abandonaste el amoroso abrigo
del árbol de la Cruz! ¡Al cielo heriste
cuando más tierno te llamaba amigo!

—

Si esa loca embriaguez do te sumiste
no te deja pensar, y en tus enojos
no ves el duelo que tu tierra viste;

—

mañana cuando acaso abras los ojos
¡ay de tí! si al mirar tanto delito
no caes, llorando, ante la cruz de hinojos.

—

Hoy llora sola en el altar bendito
y tu retorno á la virtud espera,
brindándote su amor que es infinito.

—

Mas si persiste tu mortal ceguera
y concita sus rayos vengadores
con tus instintos de indomable fiera;

—

quizá á torrentes sin consuelo llores
y nadie escuche la profunda cuita
con que tus grandes crímenes deplores.

—

La fiebre de odios que tu pecho agita,
ya es más que fiebre, vértigo iracundo,
cráter que horrores sin cesar vomita.

Digitized by Google

¿Porqué, porqué, escandalizando al mundo,
se ensaña hasta en el mismo sacerdote
tu rencor despiadado y furibundo?

—

¿No temes, dí, que el exterminio brote
del seno impuro de tu equicia tanta
y con sus alas de huracán te azote?

—

¡Tú profanando el ara sacrosanta!
¿Y no temes el sordo terremoto
que hace al suelo crugir bajo tu planta?

—

De el divino temor ya el freno roto,
¡por qué escabrosidades te derrumbas
en los abismos del futuro ignoto!

—

¿Será que en la catástrofe sucumbas?
Yo á veces en mis sueños te imagino
lúgubre albergue de ignoradas tumbas.

—

Corre y desarma ya el furor divino
que como rayo vibrador estalla
sobre tu frente, pueblo filipino.

—

Ya ese alarido de impiedad acalla,
con que ruge el volcán de tu demencia
encendido en los campos de batalla.

—

El cielo aun tiene para tí clemencia:
esa incredulidad ficticia arroja,
ruin gusano que pudre tu existencia.

Digitized by Google

No seas no, como la débil hoja
que arrastra á su merced el cierzo frío
que en otoño los árboles despoja.

—

Sé cual la narra de tu bosque umbrío
que, al ascender por el azul sereno,
lanza al baguio valiente desafío.

—

No desarraigues nunca de tu seno
el Árbol santo que hoy tu furia ataca,
ni en tu ser inocules más veneno.

—

Busca en la fe bendita la trïaca
que si la ronca tempestad conjura,
también la eterna indignación aplaca.

—

El astro de la fe radiante y pura
puede tan solo enderezar tu rota
á un porvenir de gloria y de ventura.

—

¡Fuera el júbilo necio en que hoy explota
tu entusiasmo de pueblo redimido
que hierve como un mar que se alborota!

—

El pájaro que vuela de su nido,
cuando aun el vuelo remontar no sabe,
cae por sus propias alas oprimido.

—

No sea símil de tu historia el ave.
No, al sacudir tu cuello una coyunda,
otra más dura y más servil lo grave.

Digitized by Google

Que esa necia alegría que hoy inunda
tus entrañas, no sea precursora
de una total desolación profunda.

—

¡Ay del navío cuya frágil prora
á los mares intrépida se lanza
sin una inteligencia directora!

—

Si aun para tí florece la esperanza
y ser feliz y venturoso quieres,
sabe que con el crimen no se alcanza.

—

No la infinita cólera exasperes:
de tu heredada fe al pisar el manto,
¿no ves el daño que á tí mismo infieres?

—

Torne á lucir el templo sacrosanto,
vuelve á adorar su redentor emblema,
¡ó reinen por doquier luto y espanto
y flagele tu rostro el anatema!

Digitized by Google

CAPÍTULO XI

Agradable sorpresa. — Esperanzas desvanecidas. — Filosofías rancias.—¡Alcalá, otra vez!—¡Sin nombre!

Cosa es bien fastidiosa por cierto ir ensartando memorias y memorias, todas con el mismo cariz tristón, como hijas gemelas del genio del infortunio, concebidas y dadas á luz al soplo febril de reveses y desengaños. Veamos hoy de interrumpir esa serie monótona y trazar una página alegre, á ser posible. El 4 de Febrero iba á ser una fecha memoratísima en los fastos de nuestra existencia. En oficio del Jefe Provincial se nos mandaba incorporarnos con los demás Padres en Cabagan Nuevo, con objeto de embarcarnos todos juntos para Aparri, donde ya nos esperaba el vapor que había de restituirnos á la libertad. Apenas podíamos creer en tanta dicha.

¡La libertad! esa joya no bien vendida en todo el oro de la tierra, según el poeta del Lacio, iba á brindarnos otra vez su aliento divino, y á borrar de nuestra frente todas las sombras. Gozaríamos de

20

Digitized by Google

nuevo de la dulce presencia de adorados seres y nos embriagaríamos en sus ósculos y abrazos. Íbamos otra vez á formar parte de reuniones queridas, á regalar nuestros pulmones con otros ambientes, nuestros oídos con otras armonías y nuestros ojos con otros cielos. Naceríamos de nuevo á ese mundo fascinador donde se plantean y resuelven todos los problemas sociales; á esa arena candente donde se riñen todas las lides de la inteligencia y todos los combates del corazón; romperíamos de nuevo lanzas en pro de la verdad, de la religión: del lábaro de todos los ideales que engrandecen y dignifican al hombre. Íbamos á ser arrancados á aquella caricatura de la vida donde, aparte de ciertas místicas elevaciones del alma á Dios y ciertos mariposeos de la fantasía en torno de los patrios lares, vejetábamos miserrimamente, como acorchados hongos, viendo con ojos doloridos deslizarse el estío de la vida, la plenitud de la existencia entre las hediondeces de una cárcel, sin más consuelos que los de otro mundo en nuestras desventuras y nuestros pesares. ¡Y qué hermosos modelos de estátuas de la melancolía haríamos á veces en aquellos calabozos, dejando caer unos sobre otros las miradas muertas como las de las verdaderas estátuas!

¿Que si en aquella vida no había combate? Y tanto que le había y aceptísimo á Dios. Pero jóvenes que éramos la mayor parte ¿cómo no había de bullir en nosotros el anhelo de combates más fructíferos, de asistir por lo menos á esas acalo-

Digitized by Google

radas contiendas, donde se cruzan los aceros de opuestos sistemas; de encontradas leyes y de enemigos dioses; á ese palenque de los cerebros humanos, donde al rudo choque de las ideas, saltan constelaciones de luz, que desdoblan y ensanchan los horizontes de la vida? Dios exige del hombre que allí, donde Él lo coloca, esté tranquilo y resignado; pero no siempre complacido y satisfecho. Lo contrario sería negar esas inflexibles exigencias del corazón que, en tanto peregrina por la haz de la tierra, jamás dejará de sentirse aguijoneado por estímulos irresistibles de ascensiones y perfeccionamientos.

¡La satisfacción y el júbilo que se derramaron por nuestro pecho á la llegada á Cabagan Nuevo y estrecharnos con aquellos compañeros de prisión, á quienes en días de Dios pensábamos tornar á ver! ¿A quién no le ocurren aquellos diálogos divertidos y corrillos animados en los que, después de tantas esquiveces, con tan viva efusión parecía sonreirnos la fortuna? Todo aquel día lo pasamos bulliciosamente, cambiando relatos de la prisión y saboreándonos de que la tribulación, pasándonos por su estrecho tamiz, hubiese purificado nuestros espíritus de malezas y levaduras. ¡Cómo se trasformaban ahora en veneros de alegría todos los dolores con resignación sufridos!

Mas ¡ay! por la tarde corrió de boca en boca por el pueblo la infausta noticia de que las hostilidades entre americanos y filipinos habíanse roto;

Digitized by Google

y la noticia no era un rumor á humo de pajas: constaba por telegrama oficial. Nuestro gozo en un pozo, pensamos. Para aplacar las iras celestes teníamos mucho que heñir todavía.

Con efecto tras de aquel fatal telegrama, no se hizo esperar otro, poniendo en suspensión el decreto de nuestra libertad... Adiós, dulces ilusiones muertas antes que nacidas, adiós, soñados y casi saboreados abrazos, adiós esperados y desvanecidos júbilos. Otra vez á la prisión á devorar penas y más penas. Otra vez á ver la mano negra del pesimismo escarabajear en la imaginación algo misterioso é indescifrable, pero fatídico como el canto agorero de un ave nocturna. ¡Dios santo: y cuán duramente pruebas á las almas que quieres! Empero yo bendigo esa mano invisible que tan abundantemente siembra el dolor en este valle de lágrimas. Yo veo pendiente de sus dedos el hilo de oro que eslabona y dirige todos los acontecimientos, aclarando con sus fulgores el dédalo de la historia. No esa raza del norte, educada entre sumas de mostrador y cálculos de agiotaje y ansiosa de arbolar en este país su estrellada bandera; no las intemperancias de los hijos de este suelo, impacientes por respirar á pulmón henchido auras dignificadoras de libertad; no el hado, deidad fantástica, parto de la imaginación antigua, para jugar con los hombres, escudada con el cetro de las caídas súbitas y de los encumbramientos repentinos; Dios, Dios es quien desataba sobre nuestras

Digitized by Google

cabezas toda aquella lluvia deshecha de males. No es que increpe blasfemo su Providencia infinita: en mil pedazos rompería antes la pluma. No es que asienta á esas protestas involuntarias que en horas de tedio surgían no sé de dónde, intentando asaltar el castillo de la razón fría y serena: nunca ese endriago de rebeldía asomó su catadura por mi mente. Es que el alma necesita creerlo así, porque así es la verdad pura y neta. Ni una hoja seca se desprende en el otoño del árbol marchito sin la premoción divina y ¿querríamos que sin esa misma premoción rodara el hombre por las escarpaduras de la desgracia?

Hay reflexiones que se imponen á un espíritu cristiano, asaeteado por el dolor. La ira de Dios no relampaguea nunca sobre los hombres sin ser antes por ellos concitada. ¡Desdichado el que, alzando la vista al cielo, no lea escrita en sus celajes la causa, si para otros recóndita, para el clarísima, de sus azotes y sus castigos. Allá se las hayan los que en estos leves desahogos trasluzcan hipocresías y fingimientos, ó lo que sería más malo, una voluntad rehacia á los fallos divinos, un tufillo de impiedad, reñido con el carácter del sacerdocio. A mí me basta esa dulce calma que difunden por el corazón, atajando más de cuatro veces, mis torturas morales, estas añejas y si se quiere egoístas filosofías. ¡Y en cuántos ulteriores trances habíamos de tener que acudir á ellas, como á un refugio salvador, como á una playa guarecida, donde tomar aliento,

Digitized by Google

nautas desamparados á merced del divino enojo en un piélago sordo, pero amenazador.

Hasta el 23 de Febrero permanecimos en Cabagan Nuevo, politiqueando al menudeo sobre la ruptura de hostilidades y echando pestes y venablos contra los provocadores de ella, que habían hecho se quedase en agua de cerrajas lo de nuestra *expulsión* del país. Este día fué el destinado para que regresáremos á nuestras respectivas prisiones.

Los de Cabagan Viejo salimos á caballo muy de madrugada para Auitan: cambio de cárcel que obedecía á una gracia alcanzada del jefe provincial. Ni comparación admite el aspecto de este barrio con el del pueblo por lo divertido y bullicioso. El clima mucho más seco y templado, no es tan expuesto á los cambios bruscos de temperatura que enervan y socavan las complexiones más fuertes. Lamiendo, podría decirse, los muros de la barriada, si esta tuviera muros, deslízase el río que con sus aguas y con su nombre bautiza al Valle, aumentando la variedad y hermosura de aquellos contornos. Por lo que se ve, respecto á topografía habíamos ganado mucho, pero más habíamos ganado en lo relativo á nuestra situación moral. El Delegado de policía recibiónos muy cortésmente, acompañándonos á la casa que había de ser nuestra prisión. Habló un rato con nosotros familiarmente, estando en sus palabras muy amable, sobre todo cuando nos dijo, que teníamos libertad

Digitized by Google

para salir á paseo á cualquier hora que se nos antojase y por donde fuese de nuestro agrado. Y así fué la verdad: pues lejos de andar quisquilleando por quítame allá esas pajas, como sucedía en otros pueblos, se complacía en visitarnos y pasear con nosotros, de igual modo que el delegado de Justicia D. Agustín Miró. Este roce frecuente hízoles formar concepto distinto del qne tenían de los frailes, haciéndoles sentir por nosotros honda simpatía, aquistándose éllos á su vez nuestro duradero cariño.

Y aquellos eran los hijos del viejo Dimas, cuyo solo apellido intimidaba á más de cuatro compatriotas, como si fuera el de uno de aquellos apócrifos y ceñudos inquisidores con que enriquecieron el arte estrafalario algunos noveladores latebrosos. Y en Dios y en mi ánima que no trató de erigirme en apologista de este hombre, cuya conducta con los Padres prisioneros de Ilagán fué el reverso de la de alguno de sus hijos con nosotros. ¿Cómo ha de haber una pluma que se atreva á dedicar una alabanza á quien gloriábase de ser miembro de la masonería, complaciéndose en decir que había tenido engañados á los Padres dominicos, quienes juzgábanle un santo varón, logrando que se declarasen abiertamente sus protectores en la causa que por masón y filibustero, quiso instruirle el malhadado Piera?

En general puede decirse que todos los prisioneros de la cabecera fueron los que más han pade-

Digitized by Google

cido. El viejo Dimas, como vulgarmente se le conoce, hizo, mientras duró su mando, que respirasen ambiente de sobresaltos y de terrores. Hasta corrió por Ilagán el rumor de que gente, por él asalariada, trataba de sorprender á los padres prisioneros y asesinarlos una noche! No negaremos que con alguno que otro compatriota nuestro se haya conducido decentemente; ¿más qué significan algunas gotas de agua clara en el pozo de cieno que simboliza su conducta?

Mas dejemos tan enojoso tema y volvamos á nuestro barrio. Fué tanto el hondo cariño que en él, y aun más en los limítrofes, se nos cobró; era tan viva la afición que llegaron á profesarnos aquellas buenas gentes, que si á ellas les hubiese sido dado, hubiera transcurrido nuestra prisión sin cuitas y sinsabores. Por esto, junto con Sta. María y Reina Mercedes, ocupará el lugar preeminente entre todos los lugares donde hemos vivido.

Por nada se conocía que fuéramos prisioneros de guerra, más que por el abatimiento que se reflejeba en nuestra frente, proyectado por la incertidumbre de lo porvenir en que flotaba nuestro espíritu. No es que al retrogradar la mente por lo pasado, sintiésemos resquemor ninguno de conciencia, pero sabíamos muy bien que en revueltas sociales hasta la inocencia más pura suele pagar tributo de sangre á las pasiones entronizadas.

Digitized by Google

Por enojoso que nos sea, no hay más remedio que volver á hablar de Alcalá. Cuando partimos para Ilagán, quedaban allí el Sr. Obispo y varios padres; y es preciso contar lo mucho que sufrieron.

No bien nosotros hubimos salido, trasladáronlos del convento á una casa particular con prohibición estricta de moverse de ella. Los groseros policías que les pusieron de guardias, siguieron cometiendo con ellos desvergüenzas indecibles, acabalando el plan de torturas en que el famoso Fernando les había impuesto.

En el mes de Noviembre pasó por allí Villa de bajada á Lal-loc, y como el bicharraco este siempre que visitaba á los Padres, tenía por norma hacer alguna valiente asonada, dió una gran tunda de culatazos con un fusil al virtuoso Padre Hilario Estévez, Secretario del Sr. Obispo, hasta dejarlo sin sentido en tierra, ayudándole en tan honrosa fazaña un hijo de Fernando, harto más vil y rastrero que el autor de sus días, y otro de los de Dimas, que después se atrevió á profanar, ciñéndola á sus hombros, la muceta del Señor Obispo, contoneándose burlescamente con el sagrado ornamento. Oh! las gracias de la revolución...

Cuando la visita de Aglípay al Señor Hevia con el objeto de sorprender la buena fe del ilustre Señor, había llevado consigo una porción de seminaristas para que se les fuesen conferidas las órdenes, y como quiera que, á pesar de la condescendencia hasta el exceso del Sr. Obispo, al

Digitized by Google

gunos de aquellos neófitos no podían ser canónicamente ordenados, estos en vez de culparse á sí mismos por la fama deshonrosa que doquier les seguía, sospecharon en sugestiones de varios padres, declarándoles una persecución satánica, y sembrando contra ellos calumnias y rencores.

Así las cosas llegó uno de aquellos fingidos decretos con que jugueteaba neciamente el Gobierno de la República y el Sr. Obispo y Padres de Alcalá fueron llamados á Camalaniugan. Tratábase de embarcarlos á todos no sé para dónde. Y ya aquí ocurrió un suceso que requiere ser contado con cierto espacio.

Imposible hallar en el diccionario término suficientemente duro para calificar lo que el día 4 de Febrero, cuando ya la noche se desplegaba sobre Filipinas, como para hacer el sucedido más trágico, ocurría en la casa de un capitán pasado de Camalaniugan. Pudiese eludir la tarea de consignar en estos recuerdos tan ruidosa salvajada; mas sería traidor á la empresa que he acometido, de hacer que en ellos se trasluzca y refleje el carácter eminentemente sectario de esta raquítica revolución.

No dudo que voy á dejar correr la pluma sobre un punto resbaladizo, donde á mi pesar, podría ofender la delicadeza de alguien. Protesto pues, que no es mi ánimo zaherir á persona alguna determinada, que no trato de exacerbar animosidades y rencores que nunca debieron haber existido: y sí solamente de afear y envilecer los ruines sentimientos del Ca-

Digitized by Google

tipunan que, creyérase, porfiaba por cubrir con cieno de deshonra á la raza que lo había engendrado.

Ya hacía varios días que en Lal-loc juntábanse de callada los seminaristas rezagados, en derredor de cierto clérigo que ocupaba un puesto elevado en la pretendida gerarquía castrense. Parece ser que los aspirantes al sacerdocio, olvidados de aquel sabio refrán: quienes piensan meter el diente en seguro, topan en duro, intentaban que el Sr. Obispo no se embarcarse sin ordenarles antes á todos de presbíteros. Pues bien, fruto de aquellos conciliábulos fué una carta misteriosa,—ignoro por quien redactada y escrita—que había que entregar á Tirona para que él recabara del Sr. Obispo las susodichas ordenaciones. En tonos bien duros y comprometedores debía estar concebida, cuando nadie quería ser su portador. Por fin arriesgóse uno de aquellos levitas, más atrevido y resuelto que los demás, y partió presuroso á Aparri, entregándosela al General. Leyóla Villa que acababa de llegar de Ilocos y exclamó: «para Obispos y frailes me pinto yo sólo que es una maravilla. Dejádmelo de mi cuenta.»

Sucedía este lance la mañana del día cuatro en Aparri; ahora bien, por la tarde estaban ya Villa y Tirona tomando el fresco en una casa de Camalaniugan. Cuando ya anochecía, mandó Villa á un oficialete á buscar al Sr. Obispo quien al poco rato llegaba acompañado del P. Angel Corugedo.

—Buenas noches—les dijo cortésmente el señor Obispo.

Digitized by Google

—Buenas—contestó Tirona. Y como Villa pasase á la sala, añadió, siga V. con Villa. Pasó pues el Sr. Obispo á la dicha sala, y ya dentro, le dijo aquella alimaña: vas (sic) mañana mismo á ordenar á los seminaristas. Contestóle el virtuoso Señor humildemente, pero con entereza apostólica, que de ningún modo le permitía su conciencia realizar un acto que sería á todas luces anticanónico. A las insistencias y amenazas de aquel desvergonzado, contestó que antes se dejaría matar; pues tenía muy presente el *¡non posumus!* de los sumos Pontífices. Entonces le asió fuertemente del brazo y empujándolo á otra habitación más lejana, como queriendo pasase desadvertida la escena, le abofeteó, incriminándole su hermosa entereza. No paró aún aquí: le arrebató su propio bastón, y le apaleó reciamente hasta rompérselo en el brazo derecho que, magullado y medio roto, tuvo por más de dos meses completamente impedido.

¿A qué decir los puntapiés y empellones, con que arrojóle al suelo varias veces, hasta cubrirle desde los pies á la cabeza de contusiones y heridas? ¿A qué describir los saboreamientos de hiena, que sentía aquella furia sectaria, cuando cansada ya de maltratar y escarnecer, interrogaba al doliente mártir con satánico descoco: «¡Ola, Pepito! ¿qué tal te sientes?»

Bien sabe Dios que no pongo de bulto las cosas, antes bien omito muchísimo porque repugna trazar ciertos horrores que espantan y aturden,

Digitized by Google

sobre todo cuando de ellos ha sido víctima persona tan sagrada como la de un venerable Sr. Obispo. ¡Quédense, quédense los permenores de tal atrocidad, ignorados en el fondo de aquella execrada estancia, donde quizá resuenen eternos los ecos de tales azotes!

En vano el P. Corugedo llamaba la atención del Sr. Tirona, sobre lo que le estaba estremeciendo; en vano le hizo ver que lo extra-salvaje de aquel crimen haría borrar el concepto que de civilizados pudiesen tener en el mundo. Dicho señor excusábase con que Villa tenía instrucciones privadas del Gobierno, como si un gobierno aunque fuese tan procaz y bárbaro como el filipino, se atreviese á ordenar la estupenda animalada—hay que llamar á las cosas por su nombre—de injuriar y maltratar á un Prelado dignísimo y anciano, más que de canas, coronado de virtudes.

Y como si no bastara de salvajadas, hechas en tan bondadoso Señor, todavía quiso Villa coronar su hazaña con un golpe característico de su bravura, dando orden de que se le aislase de los demás padres que le acompañaban, y se le recluyese en la peor casa que hubiese en Camalaniugan, con prohibición estricta de darle más clase de alimentación que agua y morisqueta. Y efectivamente recluído se le tuvo tres días en una casucha de mala muerte, donde no le faltaron padecimientos que ofrecer á Dios. Gracias que una hermana del Jefe local de aquel pueblo se escurría, como

Digitized by Google

Dios le daba á entender, en el tugurio aquel, llevándole alguna cosa de sustancia con que quitarle el hambre, y algunos medicamentos con qué curarle las heridas. ¡Cuánta bondad en el indio no maleado y cuánta miseria y cuánta reprobación en el ya corrompido!

Quiero pensar que los llamados como Aarón no midieron la trascendencia de su carta de Urías; que tan endiablada infamia brotó espontánea de Villa, como brotan de limoso pantano las morbíficas emanaciones; que fué amasada solamente por los instintos satánicos de aquel ser inmundo; pero jamás debió ser consentida por quien de ello quizá sienta hoy—por su bien nos alegraríamos—profundo arrepentimiento. ¿Quién duda que, se hace reo de un delito, el que debiendo evitar una catástrofe, no la evita?

La nueva propagóse rápida como el contagio y levantó en todos los corazones un grito de desaprobación que debió hacer temblar á quel monstruoso engendro de la masonería.

¡Quién había de decir á tan virtuoso Señor, que en una tierra donde tanto se le veneraba y quería; pues proclámanlo muy alto todas las provincias ilocanas, y testifícalo el mismo clero indígena y reconócenlo los propios perseguidores, había de ser iniquísimamente ofendido por un vil emisario de las sectas! Nosotros sentimos aquella desgracia como cosa más que propia; porque todos adorábamos en tan ilustre Prelado, cuya sobre-humana mansedumbre,

Digitized by Google

base de su carácter eminentemente apostólico y secreto de todas sus bellísimas prendas, nos hacía ver en él no sé qué de celestial y divino que nos traía en dulce contínuo asombro. Jamás en medio de los negros sinsabores que debían inundar su alma, le oyó exhalar nadie la más mínima queja. Cuando á su regreso á Alcalá, con el brazo encañado, le salieron al encuentro los Padres, apresuróse á decirles, atajando pésames y sentimientos: «ahora si que estoy lleno de satisfacción: al ver que á mí no se me había puesto la mano aún, parecía que me faltaba algo; como si aun no pudiese formar en las filas de los mártires de Cristo.» ¡Contra qué santo varón acababa de desatar sus iras aquella escurridura del espíritu sectario!

De nuevo en Alcalá enrabiáronse los seminaristas contra ciertos Padres. Algunos de estos fueron remitidos á Ilagan, con mandato expreso de que les confinasen en alguna ranchería de calingas, de las remontadas hácia el Sur de la Isabela. Gracias á que se consiguió dejarlos en aquella cabecera, pues de lo contrario, Dios sabe lo que hubiera sido de ellos entre gentes salvajes de quienes se cuentan hasta casos de antropofagía.

Los que se quedaron al lado del Señor Obispo en Alcalá, siguieron cercados de desventuras sin cuento. Apenas se atrevían á abrir las ventanas de la prisión. Algunas veces oyeron gritos en la plaza de «¡Mueran los Padres!» Y hasta llegó á sus oídos la versión de que el capitán

Digitized by Google

Fernando, con toda la patulea de compinches que le hacían la córte, trataba de sorprenderlos, y asesinarlos. Imagínese pues con todo este lujo de torcedores lo angustiados que vivirían aquellos infelices sin más esperanzas que las del cielo. ¡Qué pueblecito de.... oro!

Digitized by Google

CAPÍTULO XII

La prensa revolucionaria.—Todo por los frailes.—La campaña—Aglípay.—... De un folletón ilegible.—Ataques inesperados.

Ya no era tan absoluta la incomunicación, en que vivíamos, hasta leíamos un diario «La Independencia». Claro está que como todos los periódicos que encarnan una aspiración nueva, á esta sacrificaba de contínuo la imparcialidad que debe ser el numen de todas las campañas. Pero hay que confesar que algunas veces estaba redactado con sensatez y hasta con literatura. No podía negarse que allí colaboraba alguna pluma experta en las lides periodísticas; algún ingenio que no era bisoño corriendo cañas en los torneos de la prensa. Lástima que un día sí y otro también diese cabida en sus columnas á ciertos neófitos, que envueltos los ojos en telarañas de odios sectarios, se descolgaban con alguna insípida epístola, salpimentada de rancias cuchufletas, con un tufo de descrédito que tumbaba de espaldas y donde brillaba todo, menos la verdad y el buen decir.

Digitized by Google

Enhorabuena que un encuentro favorable se exagere en encendidos períodos hasta convertirlo en lauro de Munda; que se ponderen las dotes de un caudillo hasta hacer de él un Vencedor de Cannas; porque es un deber levantar el espíritu público y tenerlo en propicia tesitura para cualquier sacrificio que se le imponga. Con esto á nadie que sepa leer periódicos se engaña y se consigue un gran bien: el de que los ánimos no se amilanen con los reveses de la guerra y alienten con la esperanza de ceñirse un día los laureles de la victoria.

Con lo que nada provechoso se consigue es con hacerse eco de calumnias de baja estofa, cansadas ya de andar con muletas por el mundo. ¿A qué venía aquel afán archinecio de morder á las Corporaciones religiosas, culpándolas de todo el huracán de desventuras que mujía próximo á desencadenarse sobre filipinas? ¿A qué todas aquellas raheces invectivas, á raiz de la ruptura de hostilidades, aseverando que obedecía sólo á latebrosos manejos de los frailes y del Arzobispo Sr. Nozaleda? ¿A qué aquella insistencia estúpida en afirmar que los frailes estaban en evidencia ante el mundo ilustrado; que el más justificado desprestigio les seguía por doquier, diciendo al mismo tiempo, sin saltarles á la vista la contradicción, que removían á su grado los gobiernos de España y que jamás los prohombres de Madrid habían tenido valor para afrontar las iras frailunas? ¡Y cómo la dialéctica de la calumnia se encarga de derribar por un lado lo

Digitized by Google

que por otro con grandes sudores edifica! Mas lo que se intentaba era que se encresparan las animosidades contra nosotros y que volviera á inaugurarse una nueva época de vejaciones y maltratos. ¡Insensatuelos! ¿Contra quién iban á desatar la furia, al ver que fallían las esperanzas de que los Estados Unidos no abandonasen el robo de las Filipinas, ante el murmullo de la desaprobación universal y cejasen en aquella campaña de asolamientos, en que tal vez más el oro que la gloria, les había empeñado?

Los frailes provocaron la insurrección contra la Metrópoli; los frailes entregaron la plaza de Manila á los yanquis; los frailes pagaron los 20 millones de dollars, por los que en público mercado fueron subastados los moradores del país; los frailes eran los prototipos de la ignorancia, de la concupiscencia y de la tiranía, los fautores natos de todos los latrocinios y los causantes genuinos de todos los fusilamientos. En el campo de Bagumbayan humeará eternamente innulta la sangre de cien patricios derramada por los frailes! ¡Todo por los frailes!... hasta la indolencia ingénita de la raza y las urentes siestas del trópico!!

Verdad que en las pocas provincias donde los frailes tenían enclavada alguna hacienda, estaban mejor arreglados los caminos y resistían los puentes las riadas y no se pagaban con las setenas patentes y tributos y los bahais de los colonos eran trojes henchidos de quietud y de hartura; verdad que

Digitized by Google

donde había un párroco de influencia y arraigo—y no solían escasear—holgaban juzgados y jueces porque allí no asomaba nunca su jeta de sátiro la comezón de litigios; que la buenahombría del pobre no se explotaba por la autocracia del cabeza; que mientras en el convento hubiese posibles, en ningún hogar se padecía hambre. Todos estos y otros beneficios por el estilo que de los frailes recibían los pueblos, verdades son de á puño y que nadie puede poner en tela de juicio. Pero todos estos favores de perro chico engendraban demasiadas gratitudes; gratitudes que eran otras tantas cadenas con que se aherrojaba el cuello filipino para que más fácilmente se sometiese al yugo de la tiranía.

Los frailes, herederos y testamentarios á la vez de aquellos inquisidores oscurantistas que, por cortar á la razón sus alas de águila, sembraron á España de desolación y de espanto, apenas en el horizonte del saber despuntaba algún astro filipino, cuando contra el armaban todos sus lazos y trapantojos para hacerlo rodar desde la altura y ofuscar su resplandor con menosprecios y desdenes, cuando no lo condenaban á sufrir perpetuamente las inclemencias del ostracismo.—Con la frente inclinada hacia el suelo como si los indios no hubiéramos sido criados con el destino de los demás hombres, trabajábamos las tierras, regándolas con el sudor de nuestro rostro, para que el oro, fruto de tantas fatigas, entrase á talegas por oficinas y

Digitized by Google

conventos. Éramos como los siervos de la gleba de los tiempos medioevales: el estigma de proscripción de todo lo que fuese cultura, artes y ciencias, brillaba lívido en nuestras mejillas y las auras de la libertad no refrigeraban nunca nuestra sudada frente.

Tal es la hoja negra de los frailes lanzada al público por los que presumen de heraldos de la opinión; tales los gritos de cólera de cuyo repercutimiento en todas las tierras magallánicas, parecía haberse encargado el periódico «La Independencia» Ah! si pudiera interrogarse á la opinión verdadera del país. ¡Medrados quedarían esa chusma de gárrulos sediciosos que, mojando su pluma en virus sectario, estampan cuantas calumnias y patochadas les asaltan las mientes! Cómo les diría que bajo las tiranías ilusorias que tanto se decantan, vivíase cristiana y dichosamente, que nunca la mano del fraile estaba cerrada para el menesteroso; que el menosprecio y la persecución eran para el *Petrus in cunctis* que, parapetado en sus cuatro letras, quería sembrar el cisma en el pueblo; nunca para el joven que, nutriendo sus facultades de sólido saber, era la honra y orgullo de su cura, que gloriábase con sentarle á su mesa y cambiar con él sus más íntimas impresiones; que cuando algún funcionario público trataba de improvisar fortuna, merced á exacciones y rapiñas, el fraile era el único que le cerraba el paso en el camino de sus salteos, arrostrando de frente las iras del bandido y jugándose

Digitized by Google

con frecuencia el sosiego y hasta la parroquia. ¡Cuántos y cuantos Bartolomés de las Casas duermen completamente ignorados del mundo en los panteones de Filipinas!

Y no se me citen casos aislados contra todo esto que diría la opinión verdadera: en toda personalidad colectiva puede haber un miembro que no secunde como debiera los planes de su instituto. Con el epíteto que merezca ese miembro no debe calificarse á la sociedad. El crimen no es imputable sino al sujeto que lo perpetra. ¿Qué sería de todas las sociedades si se las hiciera solidarias del crimen de un indivíduo? El móvil de los plácemes ó de las maldiciones para una entidad corporativa, debe estribar sólo en sus virtudes ó delitos generales. Y la conciencia del país proclamará siempre muy alto que como corporaciones jamás las religiosas han cometido ningún crimen en Filipinas, á no ser que por tal se conceptúe el ansia de labrar la ventura del Archipiélago á la sombra eterna de la bandera española. Desde este punto de vista tienen razón los filipinos al decir que eran los frailes el más avanzado de los ejércitos que tenían que velar por estos dominios. ¿Pero qué penalista se atreverá jamás á tildar como delito el exaltado amor de la patria?

Ya Zorrilla, el mismo Ruiz Zorrilla en uno de aquellos momentos lúcidos de su caldeada inteligencia, y dejándose arrebatar de los impulsos de su corazón, á veces tan generoso, había dicho que «cada fraile en Filipinas equivalía á un escuadrón

Digitized by Google

de soldados». Todo un capítulo, si es que no un libro pudiera hacerse de otros testimonios tan elocuentes como el apuntado, y de hombres no menos exaltados y liberales que el leader de la Septembrina. ¡Y no obstante las calumnias tan groseras y las inculpaciones tan mal urdidas de «La Independencia», corrían como oro de ley por varias redacciones de periódicos peninsulares!

No se hubiera permitido desprestigiar al fraile con la maldita libertad de imprenta, que á la chita callando primero, y abierta y descaradamente más tarde atacaba las instituciones y hasta las creencias de más arraigo en el país; no se hubiera consentido que corriesen á sombra de tejado mil libelos ponzoñosos que llegaron, como las aguas de una inundación, hasta los más recogidos hogares, sembrando doquiera copiosa semilla de virus corruptor, y Filipinas nunca se hubiera perdido. Hoy ya ninguna persona sensata lo duda: el desprestigio de los frailes estaba en razón directa de la necesidad de piezas de artillería.

¿Y querer descargar en ellos tanto baldón y tanto crimen? Lo que eran aquí los frailes, el sostén más firme de nuestra dominación. Eran como la columna fortísima de un gran edificio. Todo el peso de la techumbre, de las arcadas y aun de los mismos muros sobre ella estribaba y consistía. Lo que sucedió fué que con los vientos de reformas liberalescas empezó á combatírsela paulatinamente, sin echar de ver que la techumbre se desmantelaba,

Digitized by Google

y cuarteábanse los muros y toda la fábrica se destrababa y desrobustecía, y que no serían menester rudos embates revolucionarios para dar con el edificio en tierra. Así sucedió en efecto: el gran edificio colonial rodó rápidamente como desquiciado por un terremoto y ¡cosa admirable! sólo quedó en pie aquella columna fortísima, sacudida y malparada, pero aún firme para dar un mentís á tantos espíritus menguados que fingían creer poderse precindir de ella; más aún que era el único obstáculo á que el edificio campease espléndido y orgulloso, señoreando los espacios. ¡Así el tiempo eterno enemigo de la calumnia, se encarga de echar por tierra los castillos de arena que los calumniadores lanzan á los aires!

Y ya que la péñola, deslizándose á la ventura, se ha metido á censora de la prensa filipina, toquemos antes de volver la hoja, otro género de ataques: ataques bruscos é inesperados más que por esto mismo carecen de plan estratégico y no tienen el empuje arrollador de los que entre las brumas de lo porvenir se dejan vislumbrar por algún presagio. Me refiero á las desarrebozadas diatribas que partían del elemento clerical.

Y cuenta que no es mi objeto borrajear ni una sola cuartilla sobre la campaña—Aglípay: por mi palabra honrada aseguro que no he tenido estómago suficiente para echarme al coleto aquella

Digitized by Google

serie de pedestrísimos artículos, tan necios y sin sustancia con que, ya en los estertores de la República, trataba «La Independencia» de justificar los atentados de aquel apóstol en embrión que pretendía sostener en sus hombros de cariátide griega toda la pesadumbre de la iglesia filipina en medio de la revolución desatada. Dejemos al padre Aglípay titularse á papo henchido Vicario General Castrense—¡ni una tilde menos!—y girar la visita *jure proprio* á todas las iglesias, soñando con púrpuras cardenalicias. ¿Qué importa que excomulgado vitando como él lo era, y no pudiendo tener en la Casa de Dios el más leve átomo de jurisdicción, actuase nada menos que de pontífice sumo? Para defender toda su gestión ¿no estaba allí toda aquella estrafalaria campaña, donde se ignoran las más rudimentarias nociones de Derecho canónico, donde la Moral se arrastra por los suelos como un mugriento estropajo y donde hierve un volcán de rencores inícuos, desbordándose en lava de cismas y de blasfemias?

¡Y que no causa asco y risa á la vez, aquel boceto de hierofante, irguiéndose como sierpe herida contra su excomulgamiento y conminando, *petit Luther*, al Sr. Arzobispo con estamparle en la frente el rayo del anatema! Con tan estúpido alarde ¿quien sabe? acaso el pueblo filipino le creyere dotado de la fantasía brillante y el ingenio impetuoso y arrebatado con que avasallaba y seducía á las turbas el famoso fraile alemán. Por de

Digitized by Google

pronto él se atrevía á motejar á un Sr. Arzobispo, emborronando columnas de periódico con injurias y denuestos. ¿Que no podía hacerlos pasar por chistes y donaires graciosos? En cambio todo el mundo los tenía por burdísimos insultos, más dignos de la bocaza de un mozo de mulas, que de los labios de un sacerdote.

Campaña es aquella tan descabellada que me atrevo á afirmar que «La Independencia» no estampó en sus columnas nada tan bajo, tan inmundo y tan depresivo de la República, entre tanto fárrago y tanta necedad como allí llovían de la región nublosa de mil cerebros desorientados. Mentira parece que entre el hervidero de bobalías que se metieron á *literatear*, haya que poner en última fila á todos los que desfloraban asuntos clericales.

Lo cual no quiere decir que el clero filipino deje ó no de tener una brillante literatura. Por esas calles de Dios anda ahora un folletazo terrible, editado con bien poco gusto estético, en cuyas páginas con gran maravilla de quien lo hojea,—leerlo es imposible, pues es más indigesto que una Novela de... Justiniano—se habla de una literatura,—llamémosla malayo—filipina, por llamarla de algún modo, con sus respectivas etapas de florecimientos y decadencias.

Aunque yo tengo para mí que esa literatura es como el tercer huevo de un cuento, que no por ser muy sabido, deja de encerrar mucha filosofía, que viene como de perlas, en el presente caso.

Digitized by Google

Êrase un joven que volvía de las aulas universitarias, con gruesa balija de ergos y de atquis en la mollera, y ansioso de dejar turulatos á sus padres con sus primores de dialéctica esgrima. Pues bien, hallándose sentados á la mesa, como viese dos huevos, pasados por agua en un plato, escondió uno con presteza, é interrogó á su padre:

—¿Cuántos huevos hay en el plato?

—Uno—le contestó.

Volvió entónces al plato el huevo escondido y

—¿cuántos huevos hay ahora?

—Dos—contestaba el padre.

—Antes había un huevo, ahora hay dos; es así que dos y uno son tres, luego son tres los huevos del plato—arguía el sabiondo hijo.

Admirábase el padre porque sus ojos solo veían dos huevos, en tanto que el agudo ingenio de su ilustre vástago, le demostraba que eran tres, cuando la madre resolvió de plano la cuestión, dando un huevo á su marido, cogiéndose ella el otro y diciendo al doctor sutil, «el tercer huevo te lo comes tú.»

Ahora bien esa literatura malaya que sólo nuestro folletista conoce es un tercer huevo que le regalamos muy de grado para que con su pan y todo se lo coma. Justo es que se premie la gloria de tan maravilloso descubrimiento; si bien no dudo se tendrá por muy premiado con ser el único dichoso mortal que explaye su fantasía por el pensil de flores poéticas de esa retemona literatura.

¡Le digo á usté que cuando un pobre diablo

Digitized by Google

no tiene que hacer hasta con literaturas imaginarias espanta las moscas!

Pero en fin perdonémosle el gazapo de esta literatura: lo que no se le puede perdonar de ningún modo, es el hacerse eco de aquellos *relatos* que copia en la segunda parte—hay que advertir que el consabido folletón tiene la mar de partes —aquellos relatos, digo, de sucesos no menos imaginarios que los poemas de aquella literatura, (que es, como quien dice, una ínsula barataria,) con los cuales han querido ensambenitar á los ilustrados religiosos del Seminario de Vigan cuatro cholas encanijadas. ¡Mire V. que se necesitan tragaderas!...

Mas olvido que era mi ánimo no romper una lanza con los desbarajustados paliques—Aglípay, y estoy ya metiéndome en harina de otro palicazo en que nada me va ni me viene. Dejémoslos á todos que duerman tranquilamente entre el polvo de desprecio que se aquistaron—paliques y autores —ante el juicio de toda persona honrada; que estoy bien seguro de que no habrá nadie que al leerlos, (si hay cristiano que los lea) deje de hacer la rechifla correspondiente de tantas estulteces hacinadas sin concierto, tantas invenciones tan sandiamente hilvanadas, tanto descomedimiento cismático y tanto ruido de pedantería. Tamañico estaría el pueblo filipino, si en su seno no contase con hombres de más fuste que los que tuvieron la osadía de lanzarse al palenque revolucionario, como los únicos capaces de combatir la borrasca que se de-

Digitized by Google

sencadenaba contra la religión; como los Noés que conducirían el arca de nuestra fe, triunfante y serena, en el diluvio donde naufragaba el dominio español.

Las invectivas que queríamos tocar, siquiera fuese de pasada, son las de ciertos sacerdotes, quizá los más mimados por el clero regular, y por ende, en quienes se abrigaba esperanza de tener un apoyo en medio de la desgracia que apesgaba nuestra frente. Sin el más mínimo rebozo propalábase que los coadjutores de los frailes en las parroquias no gozaban de ningun prestigio, de ninguna consideración; que el despotismo del cura los aniquilaba como sacerdotes y hasta como indivíduos. ¡Qué enérgicas protestas debían levantarse en el alma de muchos de éllos, al leer tamañas calumnias! Porque era preciso cerrar los ojos para no ver lo que les estaba aconteciendo en los azarosos días de la República. No ya sólo los Jefes Locales los miraban muy de reojo, anegándoles en desdenes y menosprecios, sino que hasta el último funcionario público, hasta el último soldado de la revolución, se creía con derecho para pedirles cuenta hasta de los sermones que dirigían al pueblo desde la cátedra sagrada. De algunos sé yo, á quienes desde el tribunal les exigían razón de los honorarios que cobraban, mandándoles especificar hasta el último ochavo y amenazándoles de lo contrario con las terribles iras del Gobierno. ¿Qué prestigio, digásenos ahora, habían de tener en los pueblos unos curas,

Digitized by Google

convertidos en maniquíes de tribunales que, al verse impunes de tantas fechorías, crecíanse tanto que, como uno de esos pobres curas nos dijo, el día menos pensado le iban á pasar un oficio preguntándole con qué se desayunaba? ¡Vaya las consideraciones de que la República rodeó al sacerdocio filipino!

Antes siquiera se le tenía respeto y los curas españoles eran los primeros en guardárselo y en velar porque todo el mundo se lo guardase. Que los sacerdotes indígenas eran *criados del fraile*, quien de tal modo les restringía la esfera de acción, que sólo se servía de éllos, cuando era menester llevar los auxilios de la religión á barrios lejanos y sin más camino que un barrizal inandable... ¡Impostura vilísima! Jamás el fraile, á no ser que estuviese imposibilitado, permitía que se hiciere sus veces, en faenas apostólicas que él consideraba sacratísimas: sabía muy bien que su sola presencia infundía esperanza y alegría en el hogar donde entraba, y juzgaba hasta cargo de conciencia privar de estos consuelos á la morada del dolor.

No, el fraile no abusaba del coadjutor de ningún modo. Lo que hay es que las parroquias eran demasiado grandes y de penosa administración y el párroco veíase forzado á compartir los trabajos parroquiales.

Tales son las inculpaciones con que la prensa revolucionaria descolgábase á diario, exornándolas á veces de hojarasca petulante y perifollos de novela. Y es que lo que se buscaba, era recrudecer la per-

Digitized by Google

secución contra nosotros. Algunos no estaban satisfechos, con que, sepultados en una prisión inmunda, se nos hiciese á sol y á sombra daños y travesuras sin cuento. Increíble parece que los llamados á consolar dolores y enjugar lágrimas se complaciesen en sembrar de espinas el erizado camino de nuestra desgracia; en fomentar por medios inícuos los odios que rugían, ávidos de sangre, sobre nuestras cabezas; en caldear la atmósfera que tronaba, cargada ya de flúido exterminador sobre tantos infelices.

No obstante, no han faltado buenos sacerdotes, muy contados por desgracia, que mantuviéronse un tanto fieles á la librea que brillaba en su frente.

Para estos no debe escatimarse ninguna alabanza; mas para los que, olvidando su misión, entregáronse á ambiciones desatentadas, hollaron todo sentimiento religioso, desoyeron todo grito de la conciencia, holgándose en confundirnos y envilecernos, el perdón más absoluto, dado desde lo íntimo de nuestro ser, y el olvido más completo de todos los males que nos causaron. ¡Harto tendrán los pobres, si Dios trueca su corazón y esclarece su conciencia, con el cadalso moral del remordimiento que torturará incesantemente sus espíritus!

Digitized by Google

CAPÍTULO XIII.

¡Un año de cautiverio! (páginas escritas en la prisión).—Augurios realizados.—Los asesinos de una hermosa.—

«¡Un año de prisioneros de guerra! ¿quién lo había de creer? En los últimos suspiros del siglo que se va, casi en la aurora del que viene, unos cuantos miles de españoles —¡casi nadie!—arrastramos más la vida que las cadenas por las hediondeces de las cárceles, renovando ante la faz del mundo la era de hierro de los cautiverios de Berbería, cuando los cogidos en la lid, leían al sepultarse en tétrica mazmorra el terrible verso del cantor gibelino:

Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate!

Porque ya hace un año, que, al ver sustituir la bandera española con otra de fatídicos colores, cara á cara contemplamos impávidos la de la muerte; ya hace un año que á cal y canto nos cerraron sus puertas la libertad y la alegría; un año que nos han negado sus refulgencias el cielo y sus encantos la naturaleza, un año en suma, que lloramos cautivos. Diríase que el drama de complicadísimo

Digitized by Google

nudo, cuyos protagonistas somos nosotros, no tiene desenlace.

Cuando los hijos del siglo que viene, al estudiar la historia del que se va, tropiecen con un dato tan elocuentemente revelador de barbarie, llenarse han de asombro y al excogitar las causas del anacronismo, no podrán menos de hallarlas en los ribetes que de salvaje y primitiva tiene nuestra civilización en medio de sus refinamientos de cultura. América, pregonándose ante las sociedades árbitra de prisioneros de guerra, que de hecho no eran suyos; España, atándose las manos en el bochornoso tratado de París con ramas secas de olivo..., Filipinas, insensible á los lloros y lamentos de mil madres desamparadas y sacrificando á su torcida conducta la simpatía universal; las grandes Potencias europeas contemplando indiferentes tan inícuos atropellos, todas han contribuído á nuestra ruina y todas siguen labrando nuestra desgracia. Y todo esto ¿no es más que crueldad, barbarie y salvajismo?

Y no se injustifican estos eufemismos donosos con que las generaciones futuras ensalzarán á la presente, con un lavarse las manos, diciendo ser imposible nuestra redención, vista la tenaz actitud de los insurgentes filipinos: podrá convencernos América de que en efecto hoy nada puede abogar por nosotros; pues bastaría que ella indicase una cosa para que Filipinas hiciese la contraria; pero sea lícita esta pregunta: ¿se veía en la misma imposibilidad, cuando estaban á partir un piñón, pro-

Digitized by Google

digándose mútuamente desde las columnas de los periódicos lagoterías y sahumerios de amartelados amantes? Dése de barato que nada le es hacedero á España, en pro de sus deventurados hijos ¿porqué se arrojó en brazos de plenipotenciarios ineptos?... Que poderosos acorazados enemigos amenazaban reducir á polvo todas nuestras costas. ¿Y sólo han de ser las alianzas internacionales para cuando puedan acarrearnos la ruina y el descrédito? ¿Tanto le hubiera costado á nuestra codiciada amistad deshacer su tonto y perjudicial aislamiento en un instante determinado? Respecto de Filipinas... no hablemos sobre este punto respecto de Filipinas. Mas esa Europa de blindadas entrañas ¿qué podrá decir en su abono? ¿qué puede disculparla? A la más leve nota diplomática cerca de Aguinaldo, serían rotas nuestras cadenas y francas las puertas de nuestras cárceles. Que aquella nota sería un reconocimiento implícito de beligerancia. ¿Y por esto se iba á desplomar el cielo? Tanto importaban ciertos resquemores? Nada: que no se puede cohonestar el crímen, y lo es, poder redimir y no hacerlo á diez mil desventurados que lloran en injusto cautiverio. ¡Ni que fuéramos turcos se nos tendría en tanto abandono!

Y no es lo peor el que hayan pasado doce meses cabales desde nuestro encarcelamiento: lo peor es que estamos lo mismo que el primer día; que el horizonte no se despeja por ninguna parte; que ni una sola letra alcanza á descifrar la mente en el

Digitized by Google

libro de lo porvenir; que después de mil cálculos, todos fallidos, sobre el día deseado de la libertad ya la imaginación ni fantasea siquiera, cansada de decepciones. Vivimos como presas de un paroxismo, de una estolidez, de un sopor en que casi ni se siente ni se piensa. Los días sucédense á los días mustios y desazonados, ó por mejor decir, nosotros somos los que mustios y desazonados pasamos los días. El espíritu, agotadas sus fuerzas, parece dormir en el fondo del cuerpo, indiferente y materializado. El corazón late, mas con esos latidos de autómata que son más bien el funcionamiento de una máquina; nunca tan exacta la frase de Selgas: el corazón no es otra cosa que la regadera del cuerpo humano».

Quizá esté haciendo auto-biografía, pero creo sencillamente que, por lo menos algunas horas, nadie dejaría de caer en aquel estado morboso; aquel como agotamiento de virtud pasiva y atrofía completa de las potencias intelectuales. Por soñador que hubiese sido nuestro cerebro, ya ni una ilusión en él reverdecía: semejaba al árbol seco, marchito por el rayo, que aun se tiene en pie, rígido y yerto, mas por debajo de cuya corteza no ha de correr más savia y en cuyas ramas ni han de brotar más flores ni madurar más frutos.

¡Sería de vernos, sobre todo cuando al cerrar de la noche, nos dejamos caer en unos banquillos de mala muerte que decoran la estancia, á la exigua luz de una candileja, que viene á ser como el esfumino de aquel cuadro de inanición y abur-

Digitized by Google

rimiento! Pensando ahuyentar el tedio, dialogamos á veces sobre cualquier quisicosa ya discutida y resobada, y damos de bruces en el veneno donde pensamos hallar la triaca: por fas ó por nefas el final obligado de aquellos paliques viene á recaer sobre España, sobre aquella España que parece tener en completo olvido á diez mil hijos de madres españolas... y como las esponjas en el mar, empápase el alma en el de nuestra amargura, é inconscientemente como ellas nos dejábamos llevar á merced de las olas. ¿Si seremos nacidos para triunfar de la adversidad, cansando sus inclemencias? Pues la venceremos, que en la vida nada hay que no sea deleznable y caduco, ¡hasta el sufrir!

Pero y tú, pueblo filipino; ¿hasta cuando consentirás que ese gobierno satánico, concite la cólera divina, que tantas calamidades te acarrea? Esperas en vano que la vieja Europa desate sus labios, fulminando el veto á un pueblo poderoso que parece tener íntimas complacencias en alfombrarte de escombros y cenizas:

Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

Y lo que dijo el vate del individuo se puede decir de todo un pueblo; qué importa á Europa la inmolación de Filipinas en el ara sangrienta de ajenos intereses?... Además ¡son tantos tus crímenes! Ah! si tus pasiones desenfrenadas no hubiesen roto los vínculos de entronque que debieron ser indisolubles entre hijos de una madre misma, no tendríamos ahora que llorar sobre tu malhadada suerte,

Digitized by Google

los que á pesar de los pesares aun dejamos latir hacia tí un amor encendido. Olas de tristeza resbalan por el espíritu, cuando me pongo á pensar lo que será este hermoso suelo, no bien hayan enverado los campos tras la estación de las lluvias. El genio de la ambición y del orgullo no complacido, lo han acollarado de máquinas de guerra y el día que empiecen á vomitar su aliento de destrucción, tornarse han los pueblos en necrópolis, yermos serán el monte y la llanura, sobre los campos feraces en vez de amarillear los sembrados, negrearán las huellas del incendio, asentará doquier sus reales el estrago y quizá hasta este cielo fulgentísimo se vista de crespones fúnebres en señal de luto. Para gobernar á un pueblo contra su voluntad, es forzoso conquistarle' y el genio de la conquista—no se quien lo ha dicho,—es como un río desbordado que en vez de negar y fertilizar; asuela y destruye las anchurosas campiñas».

A quien, estando al día de la prensa manilense, sepa los estragos espantosos de que el ángel de la desolación, encarnado en varios caudillos revolucionarios, va dejando duraderos surcos por donde quiera que pasa, á buen seguro no habrá de parecerle cargado de sombras el augurio trascrito, que, el aniversario de nuestro cautiverio, hacíamos desde el fondo de la prisión. Cuanto á las águilas de la gran República de América les ha quedado por desolar, lo talan y arrumban hoy los desalmados hijos del pacto de sangre, que quisieran ver tro-

Digitized by Google

carse en mustio y asolado yermo este hermoso paraíso del extremo Oriente.

Espeluznan y anonadan los relatos, que nos hacen los periódicos, de la campaña destructora del chino Paua, deudo muy próximo de Emilio Aguinaldo· Quema y arrasa pueblos, asuela y destruye plantíos y sembrados, viola doncellas, casadas y viudas, asesina niños, mozos y ancianos. Nada hay que este Limahón redivivo respete. Parece un mesías, suscitado por el infierno, para aquietar los manes sanguinarios de aquel famoso Pirata.

Y por si esos hijos de Lacandola desmayasen en su campaña de asesinatos y atropellos, ahí está para llenarlos de animosidades y enconos, para sugestionarlos á inducirlos á más vandálicas escenas, esa prensa, aún menos infame que inhumana, órgano vilísimo de la desesperación de un puñado de imbéciles, que con retorcimientos de impotencia rabiosa, escupen y necean en soflamas incendiarias, cuyo fruto no es otro que la desolación que hoy extiende por las campiñas luzónicas el más aterrador de los imperios: ¡el imperio de la muerte! No, no hay que culpar demasiado á ese tropel de nefarios bandidos, hidrópicos de incendios y de sangre. Son ellos sí, los que pintan ese cuadro de barbarie y de salvajismo que contempla la humanidad atónita; pero no hacen más que de pinceles. Muévense sugestionados por una idea, por una locura. Esa idea, esa locura no son hijas de sus cerebros· Se las inspiran entre halagos de sirena, esos mis-

Digitized by Google

mos que á su merced las benefician y explotan ¿Cómo acertaría yo á decir la influencia perniciosa que esos periódicos alcanzan?

Porque es mi constante pesadilla: que esta revolución desatentada, más que á los que lidian con la espada en la mano, es debida á los que esgrimen sediciosas plumas.

Un día—era el día del atentado de Fieschi,—en un abrir y cerrar de ojos, hallóse Luis-Felipe rodeado de cadáveres y heridos que, revolviéndose en propia y ajena sangre, estremecían los cielos con ayes gemebundos. Un periodista contemplaba á una de las víctimas, mujer joven y hermosa, los bucles en desorden sobre la tersa frente. Habíanla tendido sobre una mesa de mármol de un café vecino al lugar de la catástrofe. Por la boca de la espantosa herida que un pedazo de plomo había abierto en su seno, habían brotado las entrañas, que calientes y palpitantes, yacían sobre la misma mesa..... El periodista sintióse presa del vértigo, y como loco desorientado, dióse á corretear por calles y avenidas. «Redacción del Nacional,» leyó en el frontispicio de una casa. Nuestro hombre entra, narra lo sucedido al único redactor que allí había con el colorido brillante con que solía hablar siempre; retrátale con papética frase el cuadro de la mujer hermosa y disparando sobre su compañero dos miradas como dos saetas:

—¿Sabes tú quienes han sido los asesinos de esa mujer?—le dijo.

Digitized by Google

—No—

—Con que no lo sabes. ¡Está bien! Te lo vengo yo á decir: ¡los asesinos somos nosotros!

Cogió la pluma con que trazaba sus incendiarios artículos, la estrujó entre sus crispados dedos, y aplastándola de un puñetazo, arrojóla furioso al suelo. ¡Aquel día murió un gigante para la política disolvente! Raimundo Brucker, el autor simpático de «Les Docteurs du jour», convirtióse de lleno al catolicismo.

¡Ah! si estos politicuelos manilenses, que desparraman á granel gérmenes de destrucción, manejando como ellos manejan el halucinamiento del indio, tendiesen una mirada escudriñadora por esos sus natales campos y colinas! Bajo el humo de los incendios que anublan este cielo brillante, en medio de los cadáveres insepultos que infestan el ambiente, tendida sobre holandas de tupido césped, yace también una mujer hermosa. Por los cielos de sus ojos rasgados y negros, cruzan como relámpagos tristezas infinitas. Con su caballera luenga y sedosa, cubre la nublada frente donde los encantos tropicales yacen dormidos. Ante no sé qué representaciones espantosas como los delirios de un moribundo, agítase de cuando en cuando nerviosa y convulsa como una epiléctica......

¡Y bien! soflameros impúdicos: ¿quienes son los asesinos de esa hermosa?...

Pero no pidamos peras al olmo: ¡No alienta ningún Brucker en las redacciones de Manila!

Digitized by Google

CAPÍTULO XIV

Decaimiento de ánimo en los filipinos.—Ecos de la guerra.—Volverán!—Llegó el día suspirado.—D. Paulino Pomar.

Ya en los filipinos hogares no se respiraba aquel ambiente de guerrero entusiasmo que se respiraba á raiz del asesinato de Luna, cuando divulgóse el rumor de que Emilio se ponía á la cabeza de sus huestes, para llevarlas á la victoria: ya habían dejado de ser escuelas de guerra en donde toda la familia se aleccionaba para el combate. El ardimiendo por la independencia que había volcanizado tantos espíritus, ya estaba completamente apagado; ya nadie creía que la idea de patria saltara al fin por las montañas de obstáculos que se le oponían, semejante á los torrentes caudalosos un punto comprimidos que á la postre se desbordan, hinchendo de plétora de vida los gérmenes recónditos en el seno de la tierra: la atmósfera que en las provincias tagalas caldeaba el fuego de la artillería yanqui había empezado á respirarse en el pacífico valle de Cagayán.

Las noticias de la guerra que se recibían un día y otro por los inválidos que de ella volvían,

Digitized by Google

espantaban de puro desconsoladoras. La mayor parte de los pueblos eran tomados sin ofrecer la más mínima resistencia á sus invasores. La imaginación india, de suyo tan exaltada, oía cañonazos por todas partes. Terrible flota de acorazados hacía todos los días ostentación de sus máquinas de guerra por los contornos de Aparri. Doquier reinaba un pánico espantoso.

El desenlace de la tragedia se aproximaba. Ó nuestras cadenas iban á ser rotas, ó nuestra sangre inocente derramada. Por de pronto, hacía ya algún tiempo que la palabra «reconcentración» resonaba siniestra en muchos oídos y que el desaliento iba señoreando muchos ánimos. Sin embargo hacía ya mucho tiempo que habíamos ofrecido á Dios el holocausto de nuestras vidas y esto con una conformidad á la que el golpe de martillo de la tribulación había dado temple de acero. Recalcitraría la carne instintivamente; pero el espíritu estaba pronto y hasta ávido de batir sus alas hacia regiones más puras.

Así las cosas, los primeros días de Noviembre, recibimos todos los españoles orden de embarcarnos para los pueblos de abajo. Según rumores que se acentuaban de hora en hora, nuestra libertad era un hecho: el Sr. Tirona nos embarcaría en el primer vapor que llegase á Aparri y mientras tanto, quedaríanse los seglares en Tuguegarao y los religiosos nos repartiríamos en los pueblos de Iguid, Amulung y Alcalá. Si la alegría que ya tanto tiempo

Digitized by Google

alentaba tan lejos de nuestras almas, querría volver á brindarnos sus júbilos y sonrisas? Si el horizonte, tanto tiempo oscuro para nuestros ojos, volvería á irradiar resplandeciente de lumbres y colores? Lo cierto es que aquel levísimo rayo de esperanza que nunca nos abandonó, agrandábase, agrandábase como pugnando por convertirse en sol que disipase la tenebrosidad de nuestro espíritu.

Despedímonos de Auitan, de aquel barrio donde tantas simpatías nos habíamos aquistado y donde tanta gratitud habían sembrado en nuestras almas, sobre todo las familias Purganán, Mesa y Nolasco que se condujeron con nosotros hasta rumbosas y espléndidas.

La despedida fué triste. Nuestra casa—aquí ya no se podía considerar como càrcel—fué invadida de hombres, mujeres y niños, que venían á darnos su adiós entrañable. ¡Cuánta afición nos habían cobrado aquellas pobres gentes! No era posible dejar de sentir honda ternura, viendo derramarse por nosotros tantas lágrimas. Y conste que hablamos á ley de caballeros. Cuando salimos en dirección al río donde nos esparaban los *barangayanes*, la calle estaba llena de gente que no había cabido en casa. Volveremos á vernos pronto, nos decían muchos, porque VV. volverán: no hay duda ninguna ¡volverán!

Allí de los redactores de ciertos periodicuchos que hoy vomitan por Manila la bilis de mil calumnias, afirmando estúpidamente que no se nos quiere en un pueblo, donde sabe todo el mundo

Digitized by Google

que se nos adora. Si pensarán que la neurosis rabiosa que envenena sus almas, ha logrado ya inocularse en todos los pechos filipinos; que la maledicencia, atributo de mentecatos y de ruines, tan fácilmente se abre sendero hasta corazones honrados; que así como así se borran los recuerdos de tres siglos de amparo y protección que proclaman hasta las piedras del arroyo. No, no conseguirán que el amor al Padre se extinga en Filipinas, las columnas de esos papeles donde se hace gala de un decir callejero y avillanado. Ni una tilde de deshonor hará caer sobre las Corporaciones religiosas esa prensa filipina, que no es ni filipina ni prensa, sino infeccioso desaguadero á donde van á parar todas las excreciones sectarias. Para echar abajo reputaciones seculares necesítase algo más talento que el que tienen esos inmundos percebes.... Porque la verdad, á juzgar por las chilindrinas y bufonadas de que salpimentan sus columnas los aludidos papeles, debe colaborar en ellos cada pedazo de zacatero!

—A los dos días ya llegábamos á nuestro destino los últimos, es decir, los que íbamos á Alcalá; pues á este ya cansado cronista tocóle la china de ir á ese pueblo. Las cosas habían cambiado bastante, hacía algunos meses, debido á los buenos trabajos del diácono D. Ambrosio Mina, cerca de Tirona. Ya los Padres celebraban misa y salían á paseo y eran visitados y socorridos de la buena gente, esto es, ya Fernando no asomaba su jeta por el convento, aunque no le faltaban intenciones.

Digitized by Google

Pasamos allí algunas semanas y el vapor no venía y la imaginación dábase de nuevo á brujulear de pesimismo en pesimismo. El día 27 llegó un telegrama en que se nos decía estuviésemos preparados para marchar por Itaves al Abra, pues así lo reclamaban los intereses de la revolución. ¡Y qué risueño vuelve á aparecer en escena nuestro Fernando, trayéndonos la inesperada nueva! No podía el hombre contener la fruición que le causó el telegrama y desfogábala en gestos y sonrisas.

¡Al Abra por el distrito de Itaves! Cruzar á patita y andando tan escarpados vericuetos y en tiempo de lluvias! Los que conocían poco más ó menos aquellos caminos cortados cuando por un río, cuando por una torrentera, cuando por un fangal ó por el tronco gigantesco de árbol añoso, llenábanse de espanto; y á los que con penosas fatigas habíamos trepado por los Polis y el Baltan para sepultarnos en una misioncilla, enclavada en algún diminuto valle de los que forma la Gran Cordillera, se nos ponían los cabellos de punta. Aquello era mandarnos á la muerte.

Bien podía ser sólo una estratagema inicua para recabar de nosotros dineros imaginarios de que no disponíamos: algún trabajo de zapa se venía haciendo con tan descaminado propósito; pero sobre este asunto más vale echar unas cuantas paletadas de desprecio. No queremos que por nosotros salga á la superficie la deshonra de nadie. Lo cierto es que la tal orden estaba dada; que la revolución en

Digitized by Google

Cagayán tocaba en sus postrimerías, y que en desesperados instantes, como eran aquellos, fácilmente podían excitarse ciegos instintos que hicieran temer una hecatombe. Era pues harto natural nuestro desasosiego.

Mas á ira de Dios no hay casa fuerte; y Dios reíase en las alturas de los planes de los hombres, y por vías á los ojos de estos ocultas, enderezaba á nuestro rescate todos los sucesos.

Tras de la originalísima entrega de Bayumbón á las fuerzas americanas, una columna de negros, compuesta de cuatrocientos hombres, descolgóse de las montañas de S. Nicolás y penetrando por Cayápac en el Valle, corría provincia de la Isabela abajo, tomando sin resistencia todos los pueblos. (1) En vano

(1) Llamamos «originalísima» á la entrega de Bayumbón porque llevóse á cabo de una manera casi inverosímil El General D. Fernando Canon. hombre de honrada conducta y de generosísimos sentimientos, tuvo siempre muy cerca de sí á los PP. Agustinos Carlos Valdés, Felipe Lazcano, Pedro Quirós y Victoriano Gallo, y á los PP Dominicos Maximino Fernández y Luis Carazo, cuyos sabios consejos se complacía en seguir, pidiéndoles parecer en todos los asuntos. Hacía ya tiempo que dicho Sr. Canon meditaba la manera como poner en libertad á todos los prisioneros españoles que tenía en Nueva Vizcaya, haciendo caso omiso de la orden que tenía de reconcentrarlos en los montes. Comprendía los males inmensos que orden tan salvaje reportaría á los infelices cautivos y no quería cooperar á semejante crimen. Cuando ya los americanos se habían hecho dueños del Caraballo, nombró una comisión, presidida por el R. P. Carlos Valdés á cuya prudencia y rectitud confió las condiciones de rendición de la plaza y el modo de que no sufriesen ningún daño sus queridos prisioneros. Efectivamente la comisión salió para Bambán á esperar á los americanos, el P. Valdés mandó que se arbolasen las banderas española, americana, austriaca (era austriaco uno de los individuos de la Comisión) y de la Cruz Roja; y después de una entrevista parlamentaria con los jefes americanos, quedó zanjado á gusto de todos el capítulo de condiciones. ¡Un fraile presidiendo una comisión revolucionaria para rendir á los americanos una plaza catipunesca! ¡Cómo donde quiera que haya conciencias honradas como la del Sr. Canon, se respetan y hasta se imponen el saber y la virtud!

Digitized by Google

les salieron al paso tres ó cuatro compañías revolucionarias, mandadas por dos coroneles: en el pueblo de Naguilián fueron arrolladas por los negros, quienes sin pararse siquiera á contar los muertos en el campo del combate, continuaron su carrera de triunfo, plantándose en muy pocos días en los alrededores de Tuguegarao. Los bárbaros habían llegado á las puertas de Roma.

Comprendiólo así el jefe de las fuerzas insurrectas del Valle, y reuniendo á sus oficiales en consejo, hízoles ver la necesidad de rendirse. Con algunos miles de cartuchos, cargados con pólvora detonante y unos cuantos hacezuelos de flechas de caña, no se iba á parte ninguna, como no fuera á los montes á desparramarse en pequeñas guerrillas y tener que saquear pacíficos poblados, haciendo vida de salteadores. La perspectiva no agradó á nadie y Tirona, izando en una lancha bandera de parlamento, salió con rumbo á un buque de guerra que estaba siempre á la vista, donde con el coronel Sir William concertó la entrega de Aparri. Aquel mismo día que era el once de Diciembre, apresuróse Tirona á participarnos que estábamos en libertad absoluta. Hasta con frialdad recibimos nosotros tan grata noticia. Y era que estábamos en Alcalá y no podía haber aquí para nosotros espontánea alegría.

Y no es que en Alcalá no hubiese mucho que amar y bendecir; que allí viven (y Dios haga que muchos años sea) D. Mariano Canillas, español in-

Digitized by Google

sular, á quien se deben muchos favores; las familias Ponce y Antonio Pablo que contribuyeron con cuanto podían á endulzar nuestra reclusión; y especialmente los hermanos Catral (D. Segundo y D.ª Bárbara), cuyos servicios al Sr. Obispo y Padres que allí penaron, ni contar ni ponderar se puede: sobre todo los de esta última, verdadera hermana de la caridad, cuyo espíritu de sacrificio la hizo arrostrar injurias y vejaciones, llegando hasta ser escupida en la cara, por los canallas de policías. ¿Mas qué extraño se le escupiese á una pobre mujer, si Fernando llegó á escupir á su propio cura!

Pero en fin, si en aquel entónces no hubo alegría, sentímosla inmensa y colmada, el día 30 del mismo mes, cuando saliendo de Aparri á bordo del vapor «Uranus» perdíamos de vista aquellas tierras, teatro de un drama pavoroso, cuyo enredo de escena en escena se iba complicando. ¡Con qué efusión bendijo nuestra alma á Dios, cuando con la fantasía nos trasladábamos á los paternos lares que en breve iban á despojarse del luto de tantos meses, para desbordarse en júbilo y alegría! ¡Qué himno de gratitud brotó de nuestro corazón, cantando la Providencia infinita que de modo tan sabio y recóndito quebrantó las cadenas de nuestro cautiverio!

Y ese himno de gratitud brotará cada día de nuestra alma con intensidad más pura y ardiente. Desde el humilde rincón donde hoy respiramos brisas de libertad reparadora, tendemos la mirada por lo que fué el teatro sombrío de nuestros inmen-

Digitized by Google

sos pesares; y todo lo vemos convertido como en última madriguera donde la fiera revolucionaria escabullóse en busca de guarida. Apenas lo abandonamos nosotros, cuajóse como por encanto de insurrectos. Algunos de los españoles que confiados en garantías imposibles, quedáronse allí para velar por sus intereses, han sido ya alevosamente asesinados por los hijos de Lacandola. Hoy no alienta en todo el Valle un solo morador reposado y tranquilo. ¿Qué hubiese sido de tantos españoles, como allí gemíamos cautivos, si Dios, según su grande misericordia no nos hubiese hecho salvos, poniéndonos tan á tiempo á conveniente distancia de aquellos lugares? Nadie lo duda: nuestra sangre hubiese también corrido, junta con la de otros compatriotas mártires, atrayendo sobre este país desgraciadísimo las venganzas de los cielos y los estigmas de la historia. (1)

Díganlo sino las matanzas consecutivas de que todos los días ahora nos habla la prensa. Dígalo sobre toda la infernal hecatombe de Minalábac, que en los periódicos sensatos de Manila ha provocado una tempestad de indignación, que aun está rugiendo, cada día más preñada de maldiciones y de

(1) Entre las infelices víctimas, cuya sangre acaba de ser alevosamente derramada en el pueblo de Naguilián (Isabela) se cuenta á don Florencio Cué, aquel generoso almacenero de la Compañía Tabacalera que tan cristiana y abnegadamente se condujo con los Padres prisioneros en Reina Mercedes.

¡Dios le premie á él por tan bueno y virtuoso, y castigue á sus asesinos por tan viles y desalmados!

Digitized by Google

anatemas. ¡Qué página de gloria para la revolución filipina¡ Al verse doquier perseguida y acorralada por los soldados de América, embriagarse en la sangre de más de ochenta españoles desvalidos sin otro crímen que haber luchado hasta los últimos esfuerzos por la bandera bendita de su patria.

Ese derramamiento de sangre con que la revolución, escalando el ápice de la ferocidad, marca los confines del salvajismo primitivo, es el último brindis de las sectas por la destrucción y el aniquilamiento de Filipinas. La frase con que el gran trágico se despide de la mujer de York parece como que forcejea por brotar parodiada de la pluma. ¡Adiós, desventurado país, rey de los tristes destinos!

—Y aquí tracemos el panagírico del hombre que parecía estarnos consagrado por el cielo. Adrede lo hemos dejado para este lugar porque con más desahogo pudiese correr la pluma, desatándose en merecidas alabanzas.

Con toda justicia podría echársenos en cara la nota infamante de ingratitud, si en estas memorias, extracto de cuanto de notable nos acontecía, no consagrásemos un recuerdo á ensalzar calurosamente los cuari infinitos favores prodigados á todos los Padres por un español que no parece de estos tiempos de descreimiento y de indiferencia: por D. Paulino Pomar. Y decimos que nó parece de estos tiempos, porque en Filipinas los castilas de conciencia honrada á carta cabal, de acendrado y ardiente

Digitized by Google

patriotismo y en quienes brillaran con puros resplandores buen número de virtudes cristianas, eran diamantes de bulto que por sí solos constituyeran un tesoro. No obstante los diamantes existían: uno de ellos era D. Paulino.

Y cuenta que no fué preciso burcarlo: vino él á nosotros. Tan pronto como regresó de un viaje á Manila, allá por los meses de Octubre y Noviembre, puso en juego cuantos influjos le daba su cargo de Jefe de la Isabela, y recorriendo los puntos donde había Padres prisioneros, desde aquella fecha nuestro estado angustioso cambió notablemente en lo que á subsistencias respectaba.

Los almaceneros de la Compañía, poniéndose en contacto con nosotros, empezaron á suministrarnos cuantos víveres podían, con manifiesto pesar de algunos Jefes Locales, que sólo lo consentían á regaña dientes. Ya el hambre que, dormidos y despiertos, en forma de negra pesadilla, laceraba nuestro espíritu, estaba conjurada. Ya no tuvimos que batallar con los bodrios y comistrajos hedientes que, interpretando las miras y secundando los sentimientos humanitarios de la imberbe República, nos remitían las Casas Consistoriales.

Desde entonces hasta que Dios fué servido hacernos libres, la vida de D. Paulino es una vida de sacrificio y abnegación respecto de nosotros que no podrá jamás encomiarse dignamente. Recorría todos los meses nuestras respectivas prisiones y enterábase minuciosamente de nuestras nece-

Digitized by Google

sidades, desviviéndose por subvenirlas, y teniendo siempre para todos su ánimo generoso consuelos y esperanzas.

Que lo pasábamos mal porque en parte alguna se encontraban víveres? nuestro hombre escribía á los pueblos y sumando influencias y súplicas los víveres venían aunque fuese de las entrañas de la tierra. ¿Que en algunos pueblos abusaban de nosotros las autoridades locales, creyendo sus poderes sin límites? D. Paulino se iba al tribunal y sufriendo humillaciones que por sí no sufriría ante aquellos mostrencos de Presidentes, exponiéndose á veces á ser atropellado, no cejaba hasta conseguir solemnes promesas de que cesarían las arbitrariedades, viniendo entonces á traernos la nueva rebosante de satisfacción y júbilo como un general que acabase de librar gloriosísima batalla.

Cuando los españoles por temor catipunesco unos, por infundada ojeriza otros y por indiferencia impía los demás, retraíanse de nosotros, volviéndonos la espalda; cuando algunos quizá se bañaban en agua de rosas, viendo llover sobre nuestra frente toda una tempestad de desdichas, ¡qué altamente hermosa descuella la conducta de Don Paulino, afrontando sereno inquinas y aninadversiones por calmar los embates del infortunio que se estrellaban contra nosotros!

Pocas veces con más efusión habrá trazado ninguna pluma tan sentidas frases de alabanza; bien que resultan pálidas todas las ponderaciones y harto

Digitized by Google

menguados todos los encomios para un hombre que al vernos en tan completa desolación no se contenta con el deber de caridad para conjurar nuestra desgracia y pasa más allá, ¡hasta donde alienta el sacrificio!

Hubiéramos de vivir mil generaciones y el recuerdo del Sr. Pomar resplandecería siempre grabado con letras de oro en nuestra memoria. Porque D. Paulino forma ya como parte de nuestra entraña, como una fibra de nuestro corazón, como algo que palpita muy querido en lo recóndito de nuestro ser. Si muchos amenes llegan al cielo, á buen seguro no le escaseará Dios las bendiciones ¡Somos tántos los que le debemos la existencia! (1)

(1) Nos consta que el Sr. Obispo de Nueva Segovia y varios padres dominicos y agustinos, penetrados de sentimientos de gratitud, han elevado al Excmo. Sr. Marqués de Comillas una calurosa exposición encareciéndole los relevantes méritos de D. Paulino Pomar y felicitándole por contar entre sus empleados tan dignos y católicos sujetos. Harto merecedor es á tan alta distinción quien supo secundar tan á maravilla la ardiente caridad cristiana, timbre el más glorioso y el blasón de más valía de cuantos han hecho adorada en el mundo la persona de tan esclarecido magnate.

Digitized by Google

CAPÍTULO XV

A guisa de epílogo.—Pecado original de la Revolución.—Politiqueo.—¡Emilio Aguinaldo!—España á Filipinas.

Filipinófilo empedernido que no acabará de arrepentirse de sentir amor tan profundo hacia este país, así hermoso como malhadado, anhelaría vivamente que sus moradores grabasen con tipos indelebles en su memoria, la lección elocuentísima que á mi ver, se desprende de la serie de trastornos y reveses de toda laya, que han hecho de un suelo, donde por tan bello modo relucen los encantos de la naturaleza, una vasta morada de tumbas desiertas, donde la flor de la juventud filipina, duerme envuelta en el sudario de sus esperanzas, el monótono sueño del olvido. Y en verdad que no se ha menester inteligencia escudriñadora ni muy observador ingenio para leer de corrido sobre los folios de tantos campos talados, de tantas cenizas de pueblos, de tantos escombros de edificios, de tantas huellas de incendios, de tantos surcos de sangre, de tantos regueros de lágrimas. Cada árbol tiene que dar sus propios frutos; y el árbol maldito de

Digitized by Google

la revolución filipina, arraigando en la traición, desarrollándose en atmósfera de ingratitud, y creciendo á la sombra de torpezas y errores, ha dado también su propia cosecha: frutos copiosos de maldiciones y desventuras.

Totalmente desprevenidos, como por efecto de confianza excesiva en nuestro valor legendario, suelen sorprendernos todas las guerras; sin cuidarnos de artillar las plazas fuertes cuyas ventajas estratégicas podían hacernos triunfar de cualesquiera asaltos navales, no obstante la cerrazón que se venía formando en nuestro horizonte diplomático; echada ya en completo olvido la catástrofe del «Maine,» que nuestros durmientes estadistas debieron haber interpretado como terminante declaración de guerra; no bien el cablegrama de la ruptura de hostilidades con América fué anunciado por los papeles periódicos de Manila, los hijos de España que reflexionaban un poco y sabían que á pesar de la vergüenza de Biac-na-bató, la insurrección caviteña seguía ardiendo en diversos puntos, vieron el porvenir de esta colonia horriblemente comprometido y auguraron días de luto para la patria.

El Gobernador General de estas islas, perplejo y desavisado ante los riesgos que presentía, no halló otro medio para salir del paso y conjurar el conflicto, que entregarse de lleno en brazos de los hijos del país, excitar con desatentadas promesas el amor de estos á la Metrópoli, crear milicias Filipinas, brillantemente armadas, que hiciesen frente

Digitized by Google

al invasor en las respectivas zonas; darles en una palabra, el Archipiélago amenazado de una irrupción, esperando de su hidalguía que nos lo devolviesen tranquilo y pacificado. La torpeza era inaudita, y de aquí la potísima alarma de todos los peninsulares; pero la verdad es que el quijotismo andante de la superior autoridad debió haber levantado en las entrañas del país grandes sentimientos de fidelidad y avivar los rescoldos de su amor patrio, adiestrándose todos para dar al mundo un espectáculo que los hubiese cubierto de gloria. ¿Cómo se correspondió á las benevolencias de la Madre que osó en trances tan apurados, fiar en los sentimientos de sus hijos? La sierpe clava ingrata su agujón en el seno que la acaricia: Filipinas, sorda á los clamores de la conciencia que la denostaba, desgarró las entrañas maternales, engendrando primero y consumando más tarde la más pechera de todas las traiciones.

Conviene dejar bien asentada esta prevaricación primera: es el gran pecado original de la revolución filipina, pecado de traición que clamará siempre al cielo, deprecando ríos de sangre que lo borren de la tierra. Ríos de sangre corren abundosos: quizá la justicia quede vengada; pero como la naturaleza humana por el pecado de origen siéntese uncida al carro de la miseria, enroscado á su cuello el dogal de los dolores, así el pueblo filipino quedará, vasallo de la desgracia, sujeta la cerviz á un yugo cuya pesadumbre temo habrá de

Digitized by Google

dejarle exánime y rendido en mitad de la senda que había de llevarle, tal vez en no remotos días, á la realización de sus grandes ideales.....

La revolución no respiró más ambiente que el de ingratitud. No bastaron inconcebibles dádivas, ni halagadoras promesas, ni vínculos engendrados por tres siglos de dominación suavísima; no bastó la sombra augusta de una bandera á cuyo amparo cien generaciones habían vivido dichosas, ni siquiera los sacrosantos intereses de Religión que correrían terrible crisis: por cima de estas barreras de obstáculos saltó, sonriente de triunfo, la ingratitud; y aquellas armas que la abnegación y el sacrificio habían puesto en sus manos, convirtiéronse contra nuestros ejércitos y dispararon sobre nuestras tropas, acabalándose la más villana de todas las arterías, la más pérfida de todas las traiciones.

Por aquellos días aciagos menudearon ingratitudes descaradas y traidores ardides: nuestros pequeños destacamentos, desparramados como red de debilísimas mallas, unos en pos de otros fueron cayendo en manos de los comandantes de milicias: hacíase uso de las más viles armas, el asesinato, el soborno, el pronunciamiento. En muy pocas semanas, gemimos prisioneros todos los españoles de Luzón, pisando tierra que ya no era de España. En un solo puñado de tierra flotaba ya la bandera española: ese puñado de tierra era Manila, Manila que veíase acosada de todas partes. Fuera, del lado del mar la escuadra de Dewey, recostada sobre las olas de la gran

Digitized by Google

bahía, amenazaba día y noche, abrir las bocas de sus poderosas máquinas de guerra y sembrar por doquiera el estrago y la desolación. Por tierra, en derredor de los muros de la ciudad, estrechaban cada día más el cerco los ejércitos combinados de invasores y de insurrectos, fingiendo á cada instante dar el asalto decisivo, asalto por el que nuestras indomables tropas suspiraban con impaciencia, ávidas de inmolar sus vidas en aquellas trincheras, verdaderos altares del amor á la patria. Dentro, el espectro del hambre con su cortejo de horrores, tomando cada día catadura más espantosa y proporciones más funestas, y más dentro todavía... en el corazón de todos los españoles alzábase, arrollador é inexorable, el enemigo más temible: la desesperación de todo auxilio de la madre patria. ¿Envíos de fuerza de España cuando ya se veía rota y caída con la rotura y caimiento más ignominiosos? ¡Ni por ensueños!

Y Manila, la hidalga ciudad filipina, la gran perla de Oriente, rebosante de españolismo; el pueblo de los grandes júbilos cívicos y de los grandes festivales religiosos, que á las harmonías de sus cien campanas postrábase á los albores, orando recogido en los templos, y en sus tardes placidísimas regocijábase á los ecos sonoros de sus bandas de música, en calles y paseos, salones y teatros; ¡aquella Manila... encontróse de la noche á la mañana con que ya no era española, con que en sus muros seculares ondeaba otra bandera, con que por sus

Digitized by Google

plazas y sus calles paseaban tiesos y envanecidos los hijos de otra raza...

Desde el día aquel de tristísima memoria las torpezas y errores cometidos por los revolucionarios son sin número como las estrellas. Pone grima y arredramiento el tender una mirada retrospectiva hacia la maraña de crímenes y atrocidades de una historia, que por fortuna no alcanza dos años. Todas las revoluciones suelen encarnar un gran sentimiento: derrocar un mónstruo, que mónstruos son todos los tiranos de la tierra; luchar por el triunfo de ideas vírgenes, hacer que giren brisas de libertad en territorio determinado... En la revolución filipina el sentimiento de independencia es nada: el pillaje y el vandalismo lo son todo.

Mas ¿qué maravilla? Dejémonos de andar por las ramas revolucionarias, vayamos al tronco y veamos la plétora de vida que corre por debajo de su corteza. Desde luego se ve que el carácter de la insurrección era esencialmente anti-religioso. A los jefes de las tropas insurrectas habíaseles intimado esta consigna de las logias: «Id y barred de todos los pueblos toda sombra de religión. No quede en el país ni huella siquiera de que por él han pasado los frailes.» Véase cómo queda explicada aquella moda cursi del triángulo, distintivo de las sectas masónicas: en su sombrero el soldado, en la pechera el funcionario público, en los pendientes la mujer, ¡hasta en sus adornos el altar! Doquiera el triángulo. Imposible buscar

Digitized by Google

un cairel, una leontina, un anillo, un aderezo donde no se destacase la consabida figura. No importaba que disgustase á los pueblos en su mayoría, que la opinión—verdad del país execrase tan impíos móviles, que algunos de los caudillos de la revolución viesen que se caminaba al caos con tan descabellados procedimientos. ¡Ay del jefe que no fuere dócil á la consigna!

Y aquí séanos lícito politiquear un poco. A raiz de haber el Gobierno de la revolución declarado bienes nacionales las haciendas de las Corporaciones religiosas—como si tan guapamente se pudieran pisotear derechos que brotan de la naturaleza—decía en uno de sus sueltos «El Imparcial», que Emilio acababa de comprometer el éxito de su República, dando un paso en falso que había de acarrearle consecuencias desastrosas. El paso en falso estaba ya dado hacía tiempo. La cruzada más que inhumana y cruel de que habían sido víctimas los religiosos y en general todos los hijos de España por el solo crímen de haber hecho mucho bien á los pueblos, antójaseme que es el error más grande de la revolución tagala y el verdadero paso en falso que bastara á derribar, si es que había tenido consistencia, el edificio informe de la pretendida república.

Una vez que para España se había perdido todo, hasta la esperanza de volver jamás á desplegar su pabellón en estas remotas latitudes; si los hijos del país hubiesen respetado la religión; si

Digitized by Google

no hubiesen profanado sus templos, ni contundido á sus sacerdotes, ni saqueado los tesoros de las iglesias, ni embriagádose bárbaramente en la sangre nobilísima de nuestra raza civilizadora, entre los yankees que acababan de salpicarnos de lodo la frente, haciendo replegarse á nuestra bandera hasta ondear sólo en la península como un símbolo de inmensas desventuras (y que por ende habrían de inspirar á todos los hijos de España profunda antipatía,) y los hijos de este suelo, engendrados para el catolicismo y para la civilización por los sacrificios y abnegaciones de los hijos de España, la elección, entiendo que no hubiera sido dudosa. El apoyo de los hijos de España, hubiera coloreado con tintes de respeto el levantamiento filipino y resonado con ecos de simpatía en la prensa de allende los mares: la vieja Europa, no obstante el escozor natural que debe causarle la aparición de pueblos jóvenes; pues á cada estado que surge, siente un nuevo embate á su comercio y á su industria en todos los mercados del orbe, hubiera ido más allá de su protección meramente platónica, hubiera parado sus piés al coloso de América que con tanta injusticia y tan á poca costa quería engrandecerse, y ¿quién sabe? Quizá estemos *utopizando*; pero no vemos nada difícil que este desventurado país hubiese llegado á respirar el ambiente reparador de los pueblos libres.

Pero supongamos que no, porque el espectro destructor de la fuerza bruta no hubiese tenido obs-

Digitized by Google

táculos ni barreras; todavía á la revolución filipina le hubiese cabido un grande consuelo. Combatiérase hasta el postrer instante, y cuando los generales de América, parodiando al insensible general Sebastiani, anunciasen al mundo que «la tranquilidad reinaba» en Filipinas, en vez del grito de júbilo y alegría que hoy se escapa de todos los labios, allá en el santuario de nuestras conciencias, hubiérámosle entonado todos los españoles el más sentido cántico fúnebre. ¡Maldita la revolución, en torno de cuyos ideales muertos no hay unos labios generosos que murmuren una plegaria!....

Hoy son ya tardíos todos los arrepentimientos. Los pasos andados adelante ya no se pueden desandar. Filipinas se ha perdido para España, pero se ha perdido también para los filipinos. ¡Con lágrimas de sangre desearían llorar sus pasados errores estos hijos desnaturalizados de la madre España! Pero lo repetimos: es ya tardío todo arrepentimiento. Las águilas de la Unión ya no desclavarán su garra de la codiciada presa.

Nada les ha arredrado. Para que su dominación llegara á ser un hecho donde no podía menos de odiárseles, ha sido forzoso destruir sembrados fecundos, arrasar pueblos florecientes, incendiar bosques vírgenes, henchir de cadáveres los senos de la tierra, oscurecer con vapores de sangre los encantos peregrinos de un cielo radiante de hermosura, dejar por doquier reliquias y trofeos de la desolación más espantosa, del exterminio más iracundo. Y habían

Digitized by Google

de retroceder las águilas triunfadoras que acababan de derrumbar con sus alas al pueblo de más grandiosa historia que presenciaron los siglos? Cuando el aquilón enfurecido sacude y destronca el añoso y corpulento roble, ¿no había de arrancar de cuajo al mísero arbusto que intentaba pararle en su carrera?

Ved ya el hermoso Archipiélago, ayer vasto jardín frondoso que sonreía á los cálidos requiebros de su cielo abrasador, henchidos de bienandanza y hartura todos los albergues, alegres y regocijados todos los moradores; hoy páramo desierto, cuajado de despojos, donde reina el silencio de las últimas moradas, interrumpido sólo por el gemir del viento que aun las pavesas de incendios recién apagados calcinan.....

Cuando el pobre indio, llevado el azar hacia alguna colina, tienda desde allí sus ojos melancólicos por la llanura y sólo descubra restos mezquinos de lo que fué su alegría, su esperanza, su gloria, ¡en qué olas de amargura debe anegarse su pecho y qué espantosas imprecaciones deben pugnar por escapársele de los labios! Pero el cuadro más pavoroso desarróllase dentro de los hogares; aquí es donde unos pequeñuelos lloran á un padre que la revolución impía les arrebató á viva fuerza, dejándolos huérfanos y desvalidos; aquí es donde una esposa, ó por mejor decir, una viuda se arranca desesperada sus cabellos, por haberse dejado arrancar de sus brazos al esposo amante que la

Digitized by Google

brindó tan deliciosos días; aquí es donde una madre anciana, con mil huellas del dolor en la frente, queréllase en vano por haberle sido arrebatado el hijo de sus entrañas, que era el cielo y la lumbre de sus ojos.

Siempre había imaginado á la guerra sin entrañas, cruelísima; pero la he tenido que ver harto más feroz y despiadada. Los ciento ó mil jóvenes que el exterminio inmolaba en cada combate, suponían algo más que ciento ó mil vidas preciosas: suponían sinnúmero de ilusiones de repente marchitas. ¡Árboles floridos que coloreaban el amor y la esperanza, y veíanse de súbito mustios y yertos, cual si hubieran sido azotados por ráfagas deletéreas! Yo he visto al soldado del trópico abandonar su casita de caña, acurrucada en medio de espeso platanar: ¡allí quedaban su felicidad y sus amores! Él partió para la guerra, para una guerra injusta y desigual; sabía que iba á verter su sangre y no le importaba, porque le aseguraban que regaría las palmas de la victoria. Únicamente allá en la trinchera, cuando los plazos más estuosos, recordando su casita, su platanar y sus amores, se entristecía, lloraba, poníase á soñar... y cuando sugestionado por las nostalgias, creía escuchar la agreste endecha del platanar rumoroso, gozar caricias ansiadas y besos apetecidos, allá, á lo lejos, en las posiciones enemigas surgía blanca nube de humo, la tierra temblaba á la detonación espantosa y el pobre soñador caía despedazado por la bala cer-

Digitized by Google

tera... ¡Cuántas maldiciones deben surgir todos los días de los rústicos hogares contra el caudillo cruel que los ha colmado de tantos infortunios!

¡Emilio Aguinaldo! Jamás hubo un hombre tan funesto para Filipinas. Yo quisiera dedicarle alguna alabanza y no es posible. En vano se afana la memoria por buscar en la hoja de sus hechos alguno que merezca sincero encomio. Algunas veces le imagino haciendo esfuerzos titánicos porque á su pueblo oprimido sonría la libertad, engendradora de todo bien; me le figuro fanatizado con todo el fanatismo del Oriente, por una idea noble y levantada, y desplegando un corazón guerrero, formado al arrullo de las leyendas españolas: y su nombre semejante á una flor, exhala por un instante perfumes de simpatía; pero desvanécese el brillo fugaz de la imagen al soplo de la bárbara realidad, surge ante mis ojos la visión terrorífica de miles de asesinatos, atrocidades y actos de salvajismo, ejecutados al amparo de su prestigio, y la simpatía truécase en exaltada indignación y la ira, en que se enciende el alma, desataría sobre ese hombre rayos de celeste cólera.

Pudo llevar á su consejo á hombres de conciencia recta y de granados talentos y rodeóse de gente sediciosa que regulaba su conducta política según las exigencias de rencores sectarios. Los buenos filipinos que al verlo todo perdido para España, corrieron cerca de él para dar al torrente de la revolución cauce seguro que la llevase á ven-

Digitized by Google

turosa playa, tuvieron que regresar á Manila, corridos y desairados, con el alma desgarrada por fatídicos barruntos.

Diz que en su vida privada era varón muy bueno; que su alma generosa agitábase en ardientes impulsos de libertar á los infelices españoles; pero que tenía que comprimirse por lo impopular de su compasión.

Respecto de lo primero no seré yo quien afirme ni niegue nada: elógienle sin medida los dichosos que frecuentaban el sagrado de su hogar. Mas en cuanto á lo segundo ¡por los clavos de Cristo! no se nos juzgue tan sandios que vayamos á dar crédito á semejante pampirolada. ¡Impopular una medida por la que el pueblo, el verdadero pueblo filipino levantaba al cielo públicos é incesantes clamores! Dígase sin rebozo que Emilio temía la furia de las logias, que ensordeciesen de súbito el aura de gloria que por doquiera le seguía; que para conservarse al frente de la República, tenía que ser blanda cera susceptible de ser moldeada según las turquesas masónicas. Hechura de las sectas, tenía que supeditarse públicamente al espíritu sectario, ni más ni menos. ¿Porqué no ha de haber valentía suficiente para divulgar una verdad que en la conciencia de todos palpita?

La fortuna le sonrió muchas veces y no supo más que abusar de sus sonrisas. Pudo hacer muchos bienes á sus compatriotas y sólo les acarreó males sin cuento. En las alturas á que se vió ele-

Digitized by Google

vado, su cabeza se desvanecía y se llenaba de humo. Gloriábase de haber libertado á su pueblo de la tiranía, cuando en realidad le había impuesto un yugo que acababa con todas sus fuerzas. Sus actos de gobierno eran casi siempre actos de despotismo. Ganárase las simpatías de toda Europa, con sólo dar libertad á unos cuantos miles de infelices prisioneros, y las ha despreciado. El mundo no le perdonará nunca los atropellos y crueldades de que tantos inocentes fueron víctimas. La posteridad le colocará entre los mónstruos de traiciones y de ingratitudes; Filipinas le deberá siempre tributo de maldiciones; su memoria pasará execrada de padres á hijos, y en su sepulcro jamás mano amiga depositará recuerdo de flores.

No quisiera que apareciese excesivamente cargada de sombras la semblanza del hombre por quien se ha dejado sugestionar una raza numerosa, hasta el punto, y nada exagero, que al solo eco de su nombre se enloqueciera y exaltara hasta vibrar de entusiasmo como tocada por un resorte. Justo castigo que ese pueblo apure hay las amargas heces de su insensatez; pues creyendo trepar, rico de esperanzas por la pendiente de hermosos ideales, cuando soñaba tocar ya casi en la cumbre, donde habrían de sonreirle las ilusiones encarnadas, contémplase de súbito, arrollado por el alud de la fuerza bruta, y parte de sus hijos hecha añicos entre las rudas asperezas, ganadas con mil fatigas, parte teniendo que retroceder hasta las faldas de la

Digitized by Google

abyección donde no hallan propio ambiente sino el ilota y el esclavo...

Pero dejemos de apesarar por más tiempo á tan desventurada raza. No le ennegrezcamos más el horizonte de lo porvenir, de suyo harto negrísimo, con nuestros fatídicos augurios. Es llegada la hora de dar remate á estas memorias y no concluiré sin hacer antes á Filipinas un encargo: un encargo que le haría, no la España de hoy incrédula y desmedrada, hundida por sus desaciertos en un abismo de deshonra, sino la España arcáica, guerrera y creyente, la de Magallanes y de Rada, la de Legazpi y de Urdaneta, la que arrancó al seno de lo ignoto estas hermosas islas; que excogitó para sus moradores tan sabias y paternales leyes; y que dábase por muy recompensada de sus grandes desvelos y de sus grandes sacrificios pecuniarios con que el árbol de la Cruz llegase un día á cobijar todo el Archipiélago bajo su sombra.

La poca cultura española que hayamos podido dejar aquí en tres siglos de dominación, no dudamos habrá de ser muy pronto barrida por una civilización nueva. El carácter español, galante y caballeresco será en breve sustituido por un carácter utilitario y positivista; al harmonioso hablar de Cervantes sucederá el áspero idioma de Milton; á la expansión y vivacidad de los hijos del Mediodía la gravedad y ensimismamiento de las razas del Norte; al espíritu latino, avezado á volar por las regiones del arte, el espíritu anglo-sajón que sólo

Digitized by Google

halla propio desenvolvimiento en almacenes y factorías. A la vuelta de algunos lustros quizá no quede nada que recuerde nuestro paso y que haga bendecir el nombre de España. Digo mal; quedará siempre algo, lo más precioso que dimos: la religión.

Hemos oído decir cien veces que dado el poco arraigo de la religión católica en el país, el día en que Norte-América lo domine á sus anchas, todo él se tornará protestante sin que se necesiten propagandas ni apostolados. Algo nos preciamos de conocedores del país, y creemos firmemente que el protestantismo no hará aquí nunca prosélitos. Un templo sin retablos, sin imágenes ni hornacinas no habla á la imaginación, no hiere la fantasía y el indio solo ama lo que le encanta, lo que le deslumbra. Donde se queme incienso á la vanidad sólo consiguen triunfos la seducción y el encantamiento. El clima de los trópicos no se presta fácilmente á las frialdades de la Pseudo-reforma. Los resplandores de este sol, al filtrarse por las ojivas, quieren alumbrar algo más que paredes mustias é hileras de escaños vacíos.

Si en el cielo no hubiera santos, el indio los inventaría para postrarse ante ellos, erigiéndoles altares. Más fácil juzgo la resurrección de genealogías aniteras, que la propagación iconómaca del protestantismo. El cielo filipino irradia demasiados destellos para que bajo él puedan cobijarse las insulseces y vaguedades de las nieblas. Lo que

Digitized by Google

sí es muy de temer, es que la pigmea diosología malaya torne á alzar su catadura de endriago de los rincones y escondrijos, donde con todas sus ñoñeces yace justamente olvidada.

Y este es el encargo que la vieja España tiene que dar á sus desnaturalizados hijos: que velen porque los horizontes cristianos que hoy los abrigan, no anochezcan jamás con las sombras de caducos dioses. Recuerden que al amor del templo cristiano pasaron centenares de generaciones sonrientes y bienhadadas; que sobre las alas de nuestra religión augusta volaron millones de sus antepasados al cielo: piensen que sólo nuestra fe podrá mitigar las honoas desventuras que sobre ellos desate el infortunio; que sólo el sacerdote cristiano con el hálito de su caridad ardiente puede despertar la honda apatía que señoréase del indio próximo á exhalar su último aliento: apatía que le haría morir sin saber cómo ha vivido. Si, después de haber perdido tan hermosa colonia, la enseña de la Cruz sigue estrechándola con sus brazos; si el cieno de las ambiciones y de las ingratitudes humanas no logra cegar el torrente de aguas vivas, abierto en este suelo remoto por las Corporaciones religiosas, la católica España sentirá hondo consuelo en sus inmensos pesares, al ver que Filipinas tendrá eternamente que bendecir su nombre.

FIN

Digitized by Google

APÉNDICES

Digitized by Google

Digitized by Google

APÉNDICE I

ACTA DE RENDICIÓN DEL PUEBLO DE APARRI

Hay un sello que dice: Tribunal municipal de Aparri=Cagayán=En el Tribunal del pueblo de Aparri provincia de Cagayán á veinticinco de Agosto de mil ochocientes noventa y ocho, constituídos en el mismo de una parte D. Mariano Pérez de Guzmán y Pardo, Teniente de navío y Capitán del Puerto de Aparri, y D. Salvador Piera, Teniente de la Guardia civil, Comandante de la sección establecida en este pueblo, de acuerdo ambos con las autoridades civiles aquí presentes; y de otra don Eliseo Arzadón, Teniente de las fuerzas enemigas acampadas en la orilla opuesta del río, acordaron: que habiendo sido intimada la rendición de las fuerzas y entrega del armamento existentes en este pueblo, en el término de dos horas bajo apercibimiento de bombardear la población que será tomada por las fuerzas enemigas, ascendentes á dos mil hombres trasportados en el vapor *Compañía de Filipinas*, careciéndose en este pueblo de medios de defensa y de ejército que pueda permitir

Digitized by Google

esperar en la victoria de las armas españolas, ni una defensa honrosa, teniendo en consideración las escasas fuerzas que hay, los peligros á que se expone una numerosa colonia peninsular indefensa y un pueblo leal, de intentar una resistencia inútil, los abajo firmados acordaron la rendición de las fuerzas y entrega del armamento al enemigo, el que ofrece solemnemente bajo palabra de honor el respeto y consideración debidos á honor, vidas y haciendas de los peninsulares, los cuales quedan desde este momento en plena y absoluta libertad de trasladarse con sus familias á donde tengan por conveniente. Igualmente acordaron las partes que los militares al deponer las armas queden en su calidad de españoles en libertad de dirigirse á donde les convenga. Así lo acordaron los comparecientes, obligándose á su fiel cumplimiento, bajo su palabra de honor.=Mariano Pérez de Guzmán=rubricado=Salvador Piera=rubricado=Eliseo Arzadón=rubricado=Es copia íntegra de la original.

Digitized by Google

APÉNDICE II

DISTRIBUCION DE LOS PADRES PRISIONEROS

SEGÚN ORDEN DE VILLA, COMANDANTE MILITAR DE LA ISABELA.

CORDÓN

RR. Padres Dominicos:

Juan González.
Florentino Fernández.
Dionisio García.
Niceto Marcos.

CARIG

Padres Dominicos:

Julián Malumbres.
Pedro Pérez.
Cipriano Rodríguez.
Juan Recio.
Mariano Velasco.

ECHAGÜE

Padres Dominicos:

Bonifacio Corujedo.
Isidoro Rodríguez.
Juan Gómez.
Braulio Prieto.
Victoriano Martínez.
Julián Silva.

Digitized by Google

Padres Agustinos:

Mariano Ortiz.
Fidel Franco.
Felipe Barba.
Casimiro Castro.

ANGADANAN

Padres Agustinos:

Juan Zallo †
Ricardo Deza.
Victoriano García.
Aquilino García.
Gavino Olaso.

CAUAYAN

Padres Dominicos:

Domingo Campo. †
Manuel Candela.
Marciano García.
Miguel García.
Fidel Mata.

Padres Agustinos:

Francisco la Banda.
Gregorio Cabrero. †
Venancio Aguinaco.

REINA MERCEDES

Padres Agustinos:

José Vázquez.

Digitized by Google

Clemente Hidalgo.
Paulino Fernández.
Mariano Lorenzo.
Antonio Blanco.

NAGUILIÁN

Padres Dominicos:

Mariano Gómez.
Manuel Blasco.
Atanasio Idígoras.
Joaquín Camblor.
Enrique Platero.
José Serres.
Plácido Martín.
León Yagüe.
Pedro Linacero.
Daniel González.

GAMUT

Padres Agustinos:

Lisardo Villanueva.
José Prada.
Pedro Ibáñez. †
Urbano Álvarez.
Mariano Rodríguez.
Ricardo Cantero.
Gaudencio Castrillo.
Gregorio Palicio.
Juan López.
Nicolás Merino.

Digitized by Google

ILAGÁN

Padres Dominicos:

Romualdo Aguado.
Manuel Blanco.
Segundo Rodríguez.
Lucio Urroz.
Venancio Peña.
José Menéndez.
Genaro Pérez.
Juan Cruz de Zaballa.
Deogracias García.
Miguel Bonet.
Primo Calzada.
Eugenio Aguerrizábal.

TUMAUINI

Padres Dominicos:

Ildefonso Barba.
Buenaventura Matía,
Ramón Zubieta.
Ignacio Zatica.
Pedro Vicandi.
Juan Tejedor.
Isidro Fernández. †
Francisco Marín.

Padre Agustino:

Angel Oyanguren.

Digitized by Google

CABAGAN NUEVO

Padres Agustinos:

Ricardo Alonso.
Francisco Ornia. †
Inocencio Vega.
David Diez.
Cirilo Ayala.
Juan Arrate.
Bonifacio Fernández.
Juvencio Hospital.
Cecillo Güemes.
Román Toledo. †

CABAGAN VIEJO

Padres Agustinos:

Marcelino Ceballos.
Manuel Argüelles.
Patricio Bernabé.
Emilio Seisdedos.
Emilio Fernández.
Graciano Martínez.

SANTA MARÍA

Padres Agustinos:

Manuel Foj.
José Foj.
Baldomero Arranz
Juan García Villalaín.
Ildefonso Villanueva.

Digitized by Google

Joaquín Santos.
Luis Rodríguez.

TUGUEGARAO

Padre Dominico:

Cipriano Diez.

ALCALÁ

Ilmo. Sr. Obispo D. José Hevia.

Padres Dominicos:

Sr. Provisor, Fr. Casimiro González.
Secretario: Fr. Hilario Estévez.
Dionisio Casas.
Santiago Capdevila.
Alfredo Colinas.
Calixto Prieto.
Francisco Bueno.

Padres Agustinos:

Fidel Larrínaga.
José R. Cabezas.
Leandro Collado.
Juan Callejo.
Antonio García.
Pedro Martínez.
Luis Villanueva. †

APARRI

P. Dominico:

José Brugués.

Digitized by Google

ÍNDICE

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

APR 25 1914

Digitized by Google

Oc 8111.12
Memorias del cautiverio (paginas d
Widener Library 005985864
3 2044 082 382 490

Digitized by Google